

Cuentos bárbaros y delicados

10 (714-41)



JAIME HAGEL ECHENIQUE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

10 (774-41)

CUENTOS BARBAROS Y DELICADOS

Jaime Hagel Echenique

Es propiedad

Derechos reservados para todos los países

Inscripción N° 21268

Santiago de Chile, 1959

Impreso y hecho en Chile.
Printed and made in Chile.
Editorial Del Pacífico, S. A.
Impresores.

Jaime Hagel Echenique

Cuentos bárbaros y delicados

A vertical barcode sticker is located on the left side of the page. The text "OR" is printed vertically to the left of the barcode lines.

OR

Santiago de Chile, 1959

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Visita de Imp. y Bibl.

11 AGO 1959

Depósito Legal

Amable compañía

INVIERNO. Eran las cinco de la tarde. El día estaba frío y nublado. Salía de un cine.

—Parece que va a llover —dijo una voz tranquila de hombre.

Era preciso tomar el bus para llegar a donde vivía, pero me encontraba triste y caminé.

¿Y si fuera a un rotativo o a leer revistas viejas en algún negocio de libros usados? Es muy fría la pieza de mi pensión. En fin . . . ya que estoy caminando . . . Llegaré a las seis y media. La caminata me hará entrar en calor. Calor, ¡qué voy a sentir calor! Es todo tan frío cuando uno no tiene a nadie.

Obscurecía con rapidez. Se iluminaron los faroles de las calles. A la luz de sus pobres rayos amarillos se vislumbraba la tenue llovizna que había comenzado rato antes. Apuré el paso. De tener plata compraría una botella de aguardiente. Los almacenes y restaurantes se veían semivacíos y

acogedores. Frente a la cerrada puerta de una iglesia, un limosnero me estiró la mano. Lo miré y me encogí de hombros.

—¿Ni un cigarrito?

Le di uno y se lo encendí. Se puso de pie y me acompañó, caminando a mi lado, agachado, con las manos enterradas en los bolsillos de los pantalones.

—¿Por qué no se compra un paraguas? —me preguntó.

—No sé.

—Así no se mojaría la cabeza.

La lluvia era cada instante más gruesa y tupida.

—Y todavía queda todo el invierno —dije.

Al llegar a una esquina me colocó, con suavidad, una mano en el hombro.

—Hasta luego. Gracias por el cigarrito.

Dobló, perdiéndose por una estrecha callejuela. Me sentí mejor. Algo menos triste. Me detuve en la esquina y esperé el bus.

En la pensión me aguardaba una carta.

¡Hace tanto tiempo que nadie escribe mi nombre! Se nota que el sobre ha sido abierto y vuelto a pegar. La dueña de la pensión, sin duda, la señora Raquel. Bien, qué le vamos a hacer. Leamos. El sobre tiene un membrete. Un abogado. ¡Un abogado!

Tuve que leer cuatro veces la carta. A la segunda sonreí. A la cuarta reía. Al mismo tiempo se abrió la puerta y entró la señora Raquel, también riendo. Después de todo ella había leído.

Alguien me regalaba dos casas. Una amiga de mi pobre madre. Apenas la recordaba. Había muerto y yo heredaba.

El abogado, a quien la buena señora había dejado una gran suma de dinero con la condición de que me cuidara, lo arregló todo. Arrendó una de las casas y me mandó a vivir a la segunda. Le dije que estaba bien y que no necesitaba que me cuidara.

Salí, con mi maleta, en busca de la casa en que viviría. Según el abogado estaba amoblada. Me costó encontrarla. Era un subsuelo, mitad bajo tierra, mitad sobre el nivel de la calle.

Introduje la llave, mi llave, la primera llave de mi vida, y abrí la puerta. Oscuridad completa en el interior. La cerré y me quedé de pie, inmóvil, mirando la negrura. El silencio era absoluto. ¿Cómo sería todo? Estás en tu casa. Mi casa. Respiré el aire con olor a viejo y a polvo. Palpé la pared y encontré el interruptor de la luz. Una araña de bronce de cuatro ampolletas se encendió. Un pequeño salón. Alfombra roja, muebles, un reloj de pared, un estante con libros, un piano cubierto por una especie de chal, cuadros, una lámpara de pie, floreros . . .

Me gustó mucho. Todo antiguo. Pasado ya de moda sin duda. Pero muy poco usado. Caminé. Qué placer esos mis primeros pasos allí. Miré los postigos de madera barnizada que cerraban las ventanas. No. Jamás los abriría. ¡Nada de afuera aquí! Al lado del piano una mesita con partituras.

Mis ojos se desviaron al pasillo en penumbras. Encendí su luz. Cuatro puertas. Una cocina, una sala de baño, el comedor (cuarto que no usaría), y el dormitorio, mi dormitorio.

Estaba amoblado con una marquesa enorme, un velador, ropero, cómoda y peinador. A los pies del lecho una pequeña alfombra. Sobre su cabecera un crucifijo. Abrí el cajoncito del velador. Un lápiz y un almanaque de ocho años atrás. La cama estaba preparada. Tres frazadas y sábanas. Inquieto, levanté la almohada. Me equivoqué. No había nada. Abrí el primer cajón de la cómoda. Vacío. Enseguida las puertas del ropero. Sonreí. Un paraguas. Miré mi reloj. Las diez de la noche. Fui al salón a tomar mi maleta, que contenía todo lo que hasta entonces era mi único haber. Apagué la araña. Maleta en mano, en el pasillo cerré el interruptor del mismo. Había dejado sin luz el dormitorio, de modo que me encontré en la obscuridad.

—¿Estás contento? —me preguntó la voz más agradable que recuerdo haber escuchado en mi vida. La voz de una viejita cariñosa.

—Hacía mucho tiempo que no estaba contento —respondí caminando a ciegas. En el dormitorio, lo primero que hice fue encender la lámpara.

La vi. Sin duda era una persona que había muerto en esa casa. Pero no la veía entera. Ante mis ojos tenía una cabellera de anciana, una nariz y unos anteojos detenidos en el aire, flotando sobre el suelo, casi a la misma altura de mi cabeza.

No tenía cuerpo, orejas, ni ojos, ni nada. Salvo pelo, nariz y anteojos. Miedo no sentía. Todo lo contrario, tranquilidad. Me gustaba la presencia de ella. Era lo que me faltaba. Lo peor había sido la soledad.

Me acosté estremeciéndome de frío y felicidad entre las frescas sábanas. Dormí como cuando niño . . .

Y comenzó mi nueva vida. La dicha que nunca tuve. Salía de casa sólo dos veces a la semana para comprar víveres. Me sentía a mis anchas allí. Sobre todo con ella haciéndome compañía. Leía, dormía, soñaba, conversaba con ella, y más que nada, no volví a sentir aquel horrible frío. Cuando me echaba en la cama, me contaba cuentos. Jamás me habló de ella misma. Si había vivido allí, cuándo había muerto, si era la amiga de mi madre. Le gustaba la música. Para complacerla, tanto como por mi propio agrado, volví a estudiar piano. Pronto pude interpretarle sus piezas favoritas, ingenuas y simples, como las escenas de la infancia de Schumann y los vales de Chopin. El piano era excelente. Un Blüthner. El viejo salón vibraba con el encanto de la música de Chopin.

Eran sólo una melena, unos anteojos a la antigua, de delgado marco metálico, y una nariz, todo lo que veía de ella. No la cambiaría por nada, ni a ella ni a la casa. Nunca había sentido esa sensación de agrado, de seguridad y de confort tan profundamente como entonces.

—Está lloviendo. Ponte una frazada sobre los hombros. No te vayas a resfriar.

Y yo obedecía. Con una enorme frazada puesta a modo de chal me sentaba frente al piano. Las notas y acordes de “Ensueño”, “Cerca de la estufa” y “Vals del adiós” se confundían con el ruido que hacía la lluvia en la calle.

Vivía en paz. Basta no meterse con el mundo para vivir así. Cuando leía lo hacía en voz alta para que ella me escuchara. Charles Dickens era nuestro escritor favorito.

Llegué a salir de casa sólo una vez a la semana. En una de ellas el almacenero me dijo:

—Se vería mejor si se cortara esa barba.

Una empleada doméstica rió y exclamó:

—Y si se lavara y cambiara de ropa.

La pobre gente no soporta que uno no les dé importancia. Cómo iba a preocuparme de ellos si era feliz. Feliz y sobre todo tranquilo. Compré muchos víveres esa vez. Quería salir lo menos posible de casa. Una vez al mes sería ideal. Las personas de la calle me hacen daño. Me siento desnudo, desvalido. Me da frío en la calle. Entonces, al abrir la puerta de mi casa el frío se acaba. Era como un bálsamo. La melena, los anteojos, y la nariz, flotaban a un metro sesenta del suelo, esperándome en medio del abrigado salón, entre los viejos y cómodos sillones, bajo la araña de bronce, al lado del reloj de pared, siempre detenido y amigo, sobre la alfombra colorada.

Recibí una carta. Poco me interesaban las cosas de los demás. “Los vecinos del primer piso se permiten rogarle que no toque el piano a medianoche . . .” Tonterías. No la leí entera.

Se acabaron los víveres, pero ella me acompañó a la calle. Era la primera vez que lo hacía. Nunca la había necesitado tanto. Caminamos en silencio hasta el almacén. Allí, mientras pedía, una pareja ya madura me miraba con curiosidad. El almacenero les hizo un guiño. Yo me sentía tranquilo con ella a mi lado.

Al llegar a casa, justo cuando abría la puerta, me abordaron tres personas: dos mujeres y un hombre. Mis vecinos del primer piso. Hablaron. Me hablaron.

— . . . y si por lo menos tocase “piezas”. Pero lo único que sabe hacer usted es apretar y golpear las teclas sin ton ni son . . . Además anda . . .

Entonces ella, con su voz cariñosa, me dijo: —Entremos.

—Sí —le respondí— Entremos, pues va a hacer frío.

Las tres personas me miraron asustadas y sorprendidas.

—¿A quién le habla?

Ella (su pelo, sus anteojos y su nariz) se introdujeron en la casa.

—Sí —le dije, entrando a mi vez— voy a prepararme un pan con mermelada.

—Pero este hombre está loco —gritó una de las vecinas.

—¿No le viste los ojos? Y esa barba. ¡Y cómo huele!

Cerré la puerta. El exterior desapareció. Qué alivio. Llevé las provisiones a la cocina.

No presentía, en mi dicha, lo cerca que me encontraba del final de todo aquello.

El día ese, golpearon fuerte a la puerta.

Abrí.

El abogado y otro tipo, acompañados de los vecinos que hablaban chillonamente.

—Al fin vinieron.

—Es peligroso. Imagínense... un incendio... tienen que encerrarlo. Yo no sé...

—... Irresponsable... Llévenselo...

Se cerró la puerta. Adentro quedamos ella, el abogado y el tipo que trataba de ser agradable. El tipo era un psiquiatra. No tenía ni qué decirme lo.

—No se preocupen —les hablé sonriendo—. No voy a incendiar el barrio, ni a matar a toda la población. Estoy completamente sano.

—Vamos de todas maneras a mi clínica —me propuso el psiquiatra— para que se tranquilicen sus “buenos” vecinos.

—Está bien —respondí vacilante— pero vamos con ella.

—¿Dónde está ella? —preguntó el doctor.

—Aquí pues. ¿No la ve? Claro que su aspecto no es nada común.

—Ya lo creo que no es nada común. Muy bien. A ella también la llevaremos entonces. ¿Vamos?

Y fuimos.

La sala del psiquiatra era muy limpia y tenía una cama de cuero muy fresca y cómoda. El abogado no estaba ya con nosotros.

—¿Sabe dibujar? —me preguntó.

—No sé si sé . . . creo que no.

—Bueno, algo sabrá. Aquí tiene papel y lápiz. Dibújela. Dibuje a ella.

Era fácil.

—Bien, joven barbudo —exclamó contemplando el dibujo—. Tiéndase en esa camita de cuero. Va a escuchar cosas que no le van a gustar. ¿Me oye? Y usted no se va a levantar. ¿Me lo promete?

—Conforme.

—Jugaremos limpio, mi amigo cavernario. En primer lugar, le mentí en su casa cuando le dije que la veía. Lo hice para que viniera. A ella no la ve nadie. Son ilusiones suyas. Sólo usted la ve. ¿Me oye?

—Sí. Y me tiene sin cuidado que no la vean. Existe. Eso basta.

—No se levante. Se lo explicaré. Usted estuvo mucho tiempo solo. Demasiado tiempo. Nadie puede vivir solo. Y se solucionó ese problema inventándola a ella.

—No mienta. Yo no la inventé. Juegue limpio. Ella se me apareció sin que la llamara y sin que hubiese pensado jamás en ella.

—Dígame . . .

Creo que perdí el conocimiento. Fue como caer en un pozo y luego ver cómo una estrella gigan-

tesca reventaba y se convertía en cientos de estrellas chicas que brillaban y se apagaban. Brillaban y se apagaban. De pronto abrí los ojos y vi el techo de la sala. El psiquiatra seguía preguntando lo mismo.

—Contésteme. De quién era el pelo. La melena ¿de quién era? No me diga que no la conocía. ¿De quién era el pelo? ¿De quién es el pelo?

Cerré los ojos y vi un relámpago. Los abrí inmediatamente. Me dolía la cabeza. Estaba mareado. Sentía deseos de vomitar. El pelo. ¡Qué idiotez!

—¿De quién era el pelo? ¿Mmmm?

Me encontraba mal. Sufría. Estoy sufriendo. No. Por favor.

—El pelo —gritaba, pues parecía que estaba perdiendo la paciencia. Estaba enojado el doctor.

—El pelo ¡Y la nariz! De quién era la nariz. De adónde sacó la nariz. ¿Me va a decir que no la había visto nunca? De adónde. ¿De quién? Y los anteojos. Los anteojos . . .

No pude aguantar más con los ojos abiertos. Los cerré. Tenía sueño, pero no mucho. Quería escuchar el final del cuento. El patito feo. Estaba sobre las rodillas de abuelito. El tenía una pastilla de menta en la boca. Era un cisne el patito feo. Qué bueno. Tenía los ojos azules mi abuelito. Deben haber estado muy gastados, pues usaba anteojos. Anteojos con marco metálico. Todo comenzó a moverse. Alguien vaciaba tinta sobre todo. Tinta fea y negra. Tinta arrugada. Tinta horrible . . .

—Cálmese. Calma. Trate de dormir. Quédese tranquilo.

—No puedo dormir —entonces vi que estaba afeitado y que me habían puesto otra ropa. Ropa limpia.

—Si no quiere dormir no importa. ¿Está muy enojado conmigo?

—No —le mentí.

Seguramente había dormido toda la noche, y ahora estábamos en otro día.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No —volví a mentir.

Quedamos en silencio. Un minuto. Dos minutos. Tres . . .

—De acuerdo —exclamé—. Estoy enojado. Deme agua. Y si le echa un calmante, mejor.

Me senté para beber. No lo vi, pues estaba sentado detrás de mí. Me volví a tender. La cama de cuero ya no estaba fresca.

—¿Por qué no abrió la maleta?

—¿Qué maleta? No tengo ninguna maleta.

—Yo diría que sí. Bien. Dejemos eso. Dígame: ¿de quién era el pelo?

—Yo ya lo sabía casi todo.

—Ya recuerda, ¿no es cierto?

—Sí. Ya recuerdo. ¿Puedo irme?

—El pelo era de mi madre —dije. Sentí miedo. Un miedo terrible. Me ahogaba de miedo.

Me sentó a la fuerza, luego me tendió.

—Tome.

Bebí. Ahora tenía calmante.

—No hay por qué inquietarse. Se sentía solo y creó, con tres facciones de personas queridas, ese ser.

—Estaba muy solo, doctor. Pero no sé por qué no abrí la maleta. Ahora recuerdo. Mi maleta.

Las imágenes desfilaban por mi mente. En la maleta estaban las fotos de mis familiares muertos. El las vio seguramente. La nariz, ¿de quién era la nariz? Los anteojos eran de mi abuelito. La voz era de la vieja cocinera de casa, cuando yo era niño. El pelo era de mi madre. Pero, ¿de quién era la nariz?

Conversamos largo rato. Me senté y él se sentó a mi lado. Era grande y con mucho pelo negro. Son buenos tipos los psiquiatras. Es cuestión de saberlos tomar. Vendería la casa en que había vivido y, por supuesto, trabajaría. Viviría un tiempo en la casa del abogado. Me dio un sandwich. Tenía hambre. Vimos mis fotos. El pelo era el de mi madre, desde luego. Pero, ¿de quién era la nariz? El tratamiento había durado casi una semana. Un cigarrillo, por supuesto. Ya no le guardaba rencor. El estaba cansado. Había trabajado mucho, el buen doctor. Nos despedimos muy amigos. Le miré la nariz. No. No era la de él.

Ha pasado el tiempo. Trabajo y vivo en un departamento que arrendamos con un compañero de oficina. La gente y yo nos llevamos. Voy al cine. Juego billar con mis compañeros. La esposa de

uno de mis amigos quiere casarme con una de sus primas. Me gustan las partidas de fútbol y a veces participo en ellas.

Ayer, mientras desayunaba, vi, flotando a un metro sesenta del suelo, la nariz. ¿De quién será?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Una noche inolvidable

CREO que no le ha sucedido a nadie lo que a mí la noche del doce de junio del año pasado. La culpa de todo la tuvo el horrendo canalla que aún sigue pirateando por el mundo con el nombre de Eduardo Muñoz (alias "Trutruca").

Cuando recapacito y pienso en todas sus andanzas y fechorías me pregunto: "¿Qué le importa a este hombre su salvación eterna?" Nada. Absolutamente nada.

Cierto día de junio, Eduardo se dejó caer a tomar once con nosotros, pues es amigo de la casa. Nos quiere tanto, que cada vez que viene se lleva algo para recordarnos. También fue Felipe, un muchacho serio y formal a más no poder.

Estábamos en lo mejor conversando, cuando Eduardo cambió bruscamente de tema y dijo que nos convidaba a comer al restaurante más caro de Santiago. Trabajo y tiempo nos costó a Felipe y a mí el reponernos de aquella sorpresa. En nuestra

perra vida habíamos visto a Eduardo convidando. “¿De dónde demonios habrá sacado plata este gallo?” me pregunté en el máximo de la perplejidad. Eduardo andaba toda la vida apurado de dinero, y cuando tenía, no acostumbraba gastarlo en cosas semejantes. Pero Eduardo sonrió indulgentemente ante nuestros asombrados rostros e insistió en llevarnos al comer al lugar más encantador de Santiago.

Nos convenció y quedamos de acuerdo para hacerlo el sábado que venía. Iríamos acompañados de tres hermosas jovencitas, pues Felipe telefonó a nuestra vieja amiga Mary, la que nos prometió acompañarnos junto con dos amigas.

Llegó el esperado sábado.

Alrededor de las nueve de la noche pasamos a buscar a Mary junto con sus dos amigas.

Llegamos al restaurante y entramos al comedor. El maître nos salió al encuentro y nos ubicó en una mesa. Esa noche el diningroom estaba muy concurrido.

Yo no dejaba de mirar un tanto pensativo y atónito a Eduardo, que sonreía y conversaba despreocupadamente con su habitual desparpajo.

El maître, un tipo alto y gordo en flamante smoking, nos preguntó con su voz de tonto grave qué nos íbamos a servir.

—Pidan lo que quieran —dijo Eduardo, mientras tomaba una de las listas del menú.

Nadie se atrevía a decir nada, por temor de

pedir algo demasiado caro para el bolsillo de Eduardo. Este rompió el silencio:

—¿Qué les parece una entrada de langosta?

Casi me fui de espaldas. La proposición fue aceptada.

—Entonces —dijo el maître— seis entradas de langostas.

Anotó en sus apuntes y desapareció.

Al rato apareció un mozo con los platos. Media langosta con mayonesa para cada uno.

“Esto va a costar un dineral”, me decía para mi capote. Mientras tanto, Felipe, muy entusiasmado con una de las amigas de Mary, estaba más locuaz que nunca.

De pronto, y aparentemente sin motivo alguno, Eduardo se atoró debido a una risa sorpresiva. Cuando terminó de reirse solo, me miró picarescamente. Cosa que bastó para que fuese presa de una terrible sospecha. La duda comenzó a poseerme, y bien pronto ésta se transformó en certeza. Me entregué a las más pesimistas conjeturas. Mis conclusiones fueron las siguientes: “Este sinvergüenza no tiene plata. Dios nos ampare. Lo mejor que puedo hacer es irme”. Y dispuesto a materializar mis intenciones, exclamé:

—Me siento mal. “Compermiso”.

Traté de ponerme de pie, pero Eduardo me sujetó con las piernas por debajo de la mesa, pues había comprendido que yo me había dado cuenta, y me dijo bajito:

—Tú te quedas aquí hasta el desenlace.

Mary y sus amigas estaban encantadas saboreando un plato de sopa de tortuga, mientras escuchaban la suave música y mundana conversación de Felipe . . . , del formal y circunspecto Felipe, que no tenía idea de lo que se aproximaba.

Eduardo comenzó a explicarme a "sotto voce" de esta manera:

—Mira, en mi postre voy a echar una barata que tengo en una caja de fósforos en mi bolsillo. Entonces reclamamos, alegamos furiosos y nos retiramos indignados. ¿Qué te parece?

—No seas bruto. Esa es "re vieja".

—Es que no nos queda otra.

—Haz lo que quieras. Aquí nos van a llevar presos a todos.

Después de este breve coloquio, seguimos aparentando tranquilidad. Es decir, yo aparentaba tranquilidad. Lo que es Eduardo, estaba tranquilo de hecho. No necesitaba fingir absolutamente nada.

Felipe, a todo esto, se sentía en el cielo. Encantado con el convite y las niñas, miraba de vez en cuando a Eduardo y le sonreía como diciéndose: "qué gran muchacho es". Y Eduardo le respondía con otra no menos encantadora sonrisa. Yo contemplaba indignado ese espectáculo, pero bien poco era lo que podía hacer.

Llegó la hora de los postres. La mayoría pidió helados con frutilla. Eduardo pidió un budín. Y yo, que ya me había resignado, queriendo hacer

una humorada, pedí para mí solo una torta de novios. Toda una torta de novios.

Para qué decir lo que gozó Eduardo al escuchar este pedido. Y qué hablar de la cara que puso el maître.

Eduardo y yo nos miramos y nos sonreímos ampliamente. Creo que fue en ese instante cuando Felipe empezó a sospechar.

Un mozo llegó con los postres de mis amigos, y, más atrás, entre tres mozos, traían una enorme torta de novios que produjo expectación en el público, y desesperación en Felipe, que había comprendido lo que iba a pasar.

Estábamos comiendo los postres cuando vi que Eduardo tenía cara de espanto y que se restregaba los dedos nerviosamente.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en voz baja.

—Se me arrancó.

—¿Qué se te arrancó?

—¡La barata, animal! ¡La barata!

—¡Por Mahoma! Eduardo, búscatela.

—No hay caso, no está. Se fue. Estamos fre . . .

—¿Qué les pasa? —interrumpió Mary, extrañada por nuestra actitud y misteriosa conversación.

—Este . . . hum . . . no pasa nada, je, je, je.

Y Eduardo, haciéndose el despreocupado, comenzó a conversar con las niñas. Les contó que en estos últimos tres meses había estado haciendo vida de campo. Lo que era mentira, pues Eduardo en estos últimos tres meses había permanecido en

Santiago, fluctuando entre la borrachera parcial y la borrachera total.

Al rato Eduardo sacó un papel de su bolsillo, escribió en él unas líneas y luego se lo pasó a Felipe. Escrito iba lo siguiente:

“Vamos a decirles a las cabras que se vayan primero y que nos esperen afuera. Luego nosotros nos abrimos paso a puntapié y silletazo limpio hasta llegar a la puerta.

Te abraza:

Eduardo”.

Una vez que lo hubo leído, Felipe sacó su estilográfica y escribió en el reverso del papel una breve contestación. Y se lo pasó a Eduardo. Este la leyó. Decía lo siguiente:

“No me atrevo. Cariños.

Felipe”.

—Bien —exclamó Eduardo, después de haber terminado su café —¿Qué les parece un bajativo?

—Magnífica idea —dije yo.

—En verdad, me hace falta un trago —anotó Felipe abatido.

Consultamos a nuestras compañeras y éstas marcaron sus preferencias por un anís.

Con un gesto, Eduardo llamó a un mozo y le pidió los bajativos, diciéndole que trajese, además la botella.

Al rato apareció un garzón con el pedido.

La conversación la llevábamos Eduardo y yo. Felipe vaciaba copa tras copa.

—Creo que ya es hora de irse —propuso Mary.

—Bueno. Salgan ustedes primero y espérennos afuera. “Nosotros ya vamos” —dije, dirigiéndome a las niñas.

Acto seguido las damas se pusieron de pie. Nosotros, galantemente, también. Pero nos volvimos a sentar en seguida.

El maître, al ver salir a las jóvenes, se acercó a nuestra mesa y colocó sobre ella un platito con un papelito: “La cuenta”.

Los tres nos miramos y luego miramos al maître y le sonreímos malignamente.

—Bien, bien, bien —exclamé suspirando.

Y en menos que canta un gallo. Eduardo se levantó y le tiró la torta de novios en plena cara. Felipe, más asustado que un gato, se levantó y apretó a correr a todo lo que daba rumbo a la puerta. Yo hice otro tanto, pero un mozo se me lanzó en forma de piquero al cuerpo. Lo alcancé a esquivar y salté arriba de una mesa. Caí en el medio, con los dos pies dentro de una gran sopera repleta. Desde ese lugar vi a Felipe que tenía en su mano derecha un enorme pavo asado, rebosante de grasa y aceite. Lo blandía como un sable, mientras gritaba y silbaba como si estuviera arriando vacas. Rápidamente salté al suelo y volví a correr. Tres mozos se me fueron encima. Antes de que me agarraran, me arrimé a una mesa y comencé a tirotearlos a quemarropa con cuanto pillé en

ella. Luego tomé una bandeja con locos y empecé a avanzar hacia la puerta, mientras bombardeaba a los mozos con locos en mayonesa y en salsa verde. Para qué decir cómo quedaban sus elegantes smokings.

De pronto sentí la extraña sensación de estar en el infierno. Una vieja me estaba vaciando una hirviente sopa de callampas en la cabeza. Me di vuelta y le tiré un loco, que le pegó en pleno ojo.

El comedor era un verdadero campo de batalla. Las mujeres gritaban. Por el aire volaban toda clase de proyectiles. La batalla era general.

Más o menos a tres metros de la puerta me encontré con Felipe. Este último, aún con el pavo en la mano, y yo con la bandeja. De un salto, un mozo se puso entre nosotros y la puerta. Una langosta, tirada por alguna mano amiga, lo puso fuera de combate. De tres zancadas, Felipe y yo salimos de tan insano lugar.

La sorpresa de las jóvenes fue mayúscula al ver aparecer a Felipe con el traje hecho tiras, chorreando salsa de tomates y con un enorme pavo sostenido de una pata en su mano derecha. Y a mí en igual o peor forma. Con una bandeja en las manos, los zapatos repletos de sopa, el pelo revuelto y lleno de callampas.

A todo esto, el bochinche que se sentía en el interior del restaurante había aumentado. Y Eduardo adentro.

Ya dábamos por muerto a nuestro amigo, cuando, de pronto, se abrieron de par en par las puer-

tas del restaurante y apareció el perdido. Surgió Eduardo en mangas de camisa, botella en mano, con tallarines que le colgaban de todas partes. Al parecer fue blanco de toda una tallarinatta. Un pollo encajado en su pantalón a la altura del tobillo, y sonriendo, divertido.

Felipe no perdía el tiempo. Ya había conseguido un taxi.

—Arriba, muchachos.

—Expliquen, ahora. —Exclamó una de las amigas de Mary.

—Unos imbéciles que no querían pagar y armaron un bochinche padre —contestó Felipe.

Continuamos en silencio. Al rato, Felipe se puso a reír, y le dijo a Eduardo:

—La última vez que te vi dentro del comedor estabas trezado en un duelo de artillería con el maître.

—Y a mí una vieja maldita me vació una sopera en el mate —exclamé indignado.

—Eso no es nada —rió Eduardo—. A mí otra vieja casi me aturdió con una lluvia de duraznos frappé. Pero le llegó también su buen botellazo.

Pasamos a dejar a cada niña a su respectiva casa.

Felipe le dio entonces su dirección al chofer, y nos convidó, a Eduardo y a mí a pasar la noche en su casa.

Faltaba poco para llegar, cuando Eduardo le dijo a Felipe en voz baja:

—Vamos a tener que pegarle un botellazo al chofer, pues no tenemos plata.

—No —respondió Felipe—. Le regalaré el pavo y se quedará tan contento.

Así lo hicimos. Al principio, el chofer rezongó, pero después aceptó. Sobre todo, al escuchar a Eduardo (que al parecer estaba medio curado) proponer nuevamente —ahora en voz alta— “aforrarle” un botellazo y listo el pollo.

Y aquí termina la historia de esa famosa noche.

Conclusión: ¿Qué le importa a Eduardo su salvación eterna?

Nada. Absolutamente nada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Ella, esa bestia

ELLA, esa bestia anormal se había enamorado de mí. Tenía que encerrarme en mi pieza poniendo pestillo y tranca en la puerta durante las noches. Me estremecía de terror al pensar en que me sorprendiera dormido. Era una mujer monstruosa. Aún veo su figura grasosa subiendo, sudando, la escalera, con sus ciento cincuenta kilos, mascullando groserías, temblándole, con cada movimiento, las tres papadas y los cinco gelatinosos estómagos.

No era precisamente amor celeste lo que sentía ese repugnante hipopótamo por mí, sino que algo muy diferente. Sus ojillos de cerdo brillaban evidenciando deseos inconfesables.

Cuando desapareció una de mis fotos sentí un escalofrío. Corrí escaleras abajo (ella había salido). Entré en su cuarto. Allí estaba, con trece alfileres clavados en diferentes partes (tres de ellos en el marrueco del pantalón) mi retrato. Rápida-

mente lo tomé y le desprendí los alfileres. Una vez en mi pieza lo quemé.

Llegó brutalmente borracha, sacudiendo la casa con sus risotadas de lechuza. Calló de pronto, sin duda al no ver mi foto. En seguida, después de tres segundos de silencio, comenzó a escupir por entre sus cuatro dientes verdes cuanta nauseabunda palabrota conocía, intercalando amenazas como: “espérate nomás”, “ya vas a ver”. Coloqué en la puerta, para reforzar la tranca, el velador. ¡Por qué me pasan a mí estas cosas! Esa horrible, informe masa de carne, queriendo iniciar un romance conmigo. ¡Ah, es un sucio mundo éste!

En la mañana siguiente “me escapé”. Vamos por partes. Me despierto. Bostezo. Salto de la cama. Me dirijo a la puerta. Le quito la tranca, el pica-
porte, el velador, y la abro. ¡Zas! Allí, llenando todo el umbral, estaba esa bestia grasienta y sudorosa.

Aún estaba borracha.

—Ladrón —vomitó, agregando otra palabra— te metiste en mi pieza . . .

Era pretexto. Quería pelear para abrazarme. Su hocico estaba húmedo con la baba de la lascivia. Avanzó. Olía a ratón ahogado y podrido. Yo tenía la tranca en mis manos. Sus ojos, vidriosos de alcohol y lujuria, parecían no mirar.

—Al fin te tengo huachito —dijo con una voz que le salía del esófago.

Yo retrocedía espantado. Detrás de mí, la cama. Apenas me di cuenta, fue algo ordenado por mi

otro yo, no sé. El asunto es que le propiné un garrotazo con la tranca. Le di en el hombro. Ese fue el primero, pues me enardecí, desahugué mi pánico descargando una lluvia de palos sobre la mujerona en celo, que gritaba reculando. Desapareció de mi vista. Me senté exhausto en el lecho. La escuché bajar la escalera chillando y tambaleándose como un elefante herido.

No la vi en el resto del día. Seguramente se encerró y durmió su borrachera.

Cualquier ser comprensivo me justifica. Tenía que matarla. No había otra salida. Pues si esa insoportable especie de animal lograba sorprenderme . . . Y si dejaba pasar el tiempo, algún día lo lograría. No siempre iba a tener al alcance de mi mano una tranca para defenderme. Y así, a puño limpio, ¡ni qué hablar! Le bastaría con arrinconarme y dejarse caer sobre mí, para que yo desapareciera del mundo consciente.

No. Aquello no podía continuar.

Me decidí.

Fue realmente sencillo. Con sus temores, por supuesto, pero sencillo. Se encontraba en la noria. Estaba agachada mirando el fondo del pozo. Un pensamiento horrible me hizo estremecer. "Si fallas, eres hombre muerto". Me acerqué sigiloso. Ante mí, su trasero de paquidermo sin cola. ¡Y le lancé la patada! Mi pie, mi pierna, mi rodilla, desaparecieron en la masa blandusca. Me pareció que mi extremidad se hundía en aquel formidable culo sin que ella se moviera. Pero . . . cayó. El

agua estaba a ocho metros de la superficie. Como se demorara en caer creí que se había atascado en la mitad. Pero ¡Crash! Divino sonido ¡Crash!

Esperé un rato. ¡No terminaba nunca de tragar agua! Cuando terminó el glu glu glu, grité. Llegaron todos.

—Un vahido.

—Sí, no hay duda. Un vahido.

—Claro. Un vahido.

Tuvimos que instalar todo un sistema de grúa y usar ocho cables para sacarla. Jua jua jua jua.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Los errores se pagan

ES UN TERRIBLE PROBLEMA estar loco y creerse Napoleón, pues lo encierran. Pero el caso mío es mucho peor. Yo no estoy loco y no me creo Napoleón. El asunto es que soy Napoleón. Desde luego esto no se lo podía decir a nadie, pues me habrían tomado por loco y encerrado. El psiquiatra que me atiende dice:

—Si usted se cree Napoleón está salvado. Pero si usted ES Napoleón, la cosa va para largo.

Era terrible estar fingiendo todo el tiempo. Recuerdo que una vez en que, como acostumbro, tenía mi mano derecha en el pecho entre los botones de mi casaca de cadete de la Escuela Militar, observé fija en mí la mirada del psicólogo de la escuela. Rápidamente metí mis manos en los bolsillos del pantalón.

Jamás cometí una indiscreción, hasta que conocí a uno que me presentaron por Fernández. ¡Fernández! El muy pillo. Se trataba nada menos que

de Talleyrand. Sin duda pasaba por las mismas que yo. Es decir, fingía no ser el que era. Incluso cuando conversaba conmigo fingía ser Fernández. A pesar de que yo continuamente le cerraba un ojo y le daba codazos maliciosos.

Al fin, decidí terminar con esa inútil comedia entre los dos. Un día en que estábamos solos, le golpeé con fuerza la espalda y le dije:

—Con que es una lástima que yo sea tan mal educado.

El “Diablo Cojuelo” sonrió algo embarazado.

—Ah, mi buen Talleyrand —le dije— siempre te he admirado. Yo no sirvo para la vida de salón. Recuerdo que cuando estaba estudiando en Brienne . . .

Nunca había hablado de mí mismo a otra persona, de modo que esta vez me “lancé” como dicen en la escuela.

Y por eso me encerraron.

Me había equivocado.

Fernández era Fernández.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Hoy por tí...

Lo ENCONTRÉ después de beber y conversar con mis amigos artistas. Llovía y era de noche. Había bebido una botella, y mareado, aunque no borracho, me encaminaba a casa. Y lo vi. Se estaba muriendo. De eso no me cabe la menor duda. Tiritaba y gemía débilmente. Tenía sus ojos cerrados y el agua le corría por la empapada piel. Soy capaz de dejar morir a un hombre, pero no a un perro. Lo levanté colocándolo entre mi pecho y mis brazos. Así lo llevé a casa.

No era un perro fino. De porte mediano, tirado a chico. Como uno de esos perros que vemos desde el tren en las estaciones. Raza indefinida, con algo de fox-terrier aunque un poco más grande que éstos y no le habían cortado la cola. Estuvo cerca de una semana sin casi moverse en el cajón con paja que ubiqué en una especie de bodega. Al

principio comió casi sin parar vomitando a intervalos, luego su hambre se aplacó.

Al sexto día salió de su cajón. Le fué un poco difícil el volver a caminar normalmente. No se apartó de mi lado. Gemía y arañaba la puerta si lo dejaba afuera o en otra pieza. No le gustaba jugar. Echado a mis pies permanecía inmóvil mientras yo escribía.

Al décimo día de su llegada me trajo la primera cartera. Se levantó más temprano que yo, abrió la puerta de la bodega donde dormía y pasando por entre los barrotes de la reja del jardín, salió a la calle. Mientras tomaba desayuno miré a mis pies y no lo ví. Apareció en la tarde con una cartera de hombre apretada en su hocico. La depositó en mis manos y por primera vez le vi mover la cola.

Si yo hubiera tenido cola también la hubiera movido. El contenido de la cartera no era como para hacernos ricos, pero había lo suficiente como para comprarme tabaco, gin, y para regalarle una caja de pinturas a Roberto.

Dos días después me trajo la segunda. Digo "me trajo", pues las traía para mí. De eso estoy tan seguro como de que se estaba muriendo el día que lo recogí. Esta vez alcanzó para un queso (uno entero) y para un montón de tarros de sardinas en aceite que devoré con mis amigotes y él.

Luego vino la tercera, la cuarta y la quinta. Dejaba pasar dos o tres días entre cada una. La quinta fué la más gorda de todas. Casi alcanzó para publicar el libro de poesías de Manuel. Guillermi-

to pudo recuperar el impermeable que había dejado en un restaurante como pago, una vez que invitó allí a la única mujer del mundo. Yo me compré una pipa nueva y "él" se comió un kilo de filete.

¿Cómo demonios lo hacía? Lo ignoro por completo.

Nunca movía la cola o daba muestras de alegría, excepto cuando me entregaba las carteras. No era muy cariñoso. Sin embargo, a veces, mientras yo leía, colocaba su hocico sobre mi rodilla y me miraba a los ojos.

Y vino la sexta y luego la séptima cartera. La séptima fue la última. Con la plata de éstas me compré una máquina de escribir y un par de botellas de aguardiente para Pepe. Siempre quedaba una cantidad más que suficiente que gastaba en cosas de comer para "él". No era un gourmet, pero prefería un buen trozo de lomo al bofe o a los huesos.

Cuando desapareció la última vez, lo esperé todo el día. Al siguiente fui a la perrera. Allí estaba. Lo iban a matar. Me miró en silencio. Le acaricié la cabeza diciéndole "hola" con voz suave. Me besó la mano y me miró esperanzado.

No pude comprobar que era el dueño. Además había que pagar dos mil pesos para sacarlo y no los tenía.

Salí desesperado a la calle. Lo iban a matar. Iban a matar a mi perro.

—Ahora nos toca a nosotros —me dijo Manuel que me había acompañado.

—Te atreverías.

—¿Tú no?

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—En un micro.

Y nos subimos a una. Estaba bastante llena. Le eché el ojo a un hombre gordo y bien vestido.

—Manuel... Ese gallo... Ese la tiene en el bolsillo del pantalón... En el bolsillo de atrás.

—Corrámonos. Yo se la voy a sacar y luego te la pasaré a tí. ¡Mucho ojo!

Me puse al lado de la víctima y Manuel se colocó detrás. No quise ni mirarlo. De pronto al gordo se le vino el sombrero a los ojos. Se lo echó atrás con la mano. Al poco rato, el sombrero le volvió a caer sobre los ojos. Bastante molesto lo colocó de nuevo en su lugar.

—Estos micros son terribles —me murmuró agriado.

Le sonreí.

Por tercera vez el sombrero le bajó hasta los ojos. Angustiado se lo sacó.

—The little baby is in your pocket —me dijo Manuel.

—¿Qué?

—En la próxima nos bajamos, animal.

Le había sacado la cartera al gordo y en vez de dármela, la colocó en mi bolsillo.

Corrimos felices a la perrera. Reíamos y hablábamos al correr.

—¿Qué te pareció mi táctica? —me preguntaba mi amigo.

—No me di cuenta. Estaba tan asustado que no te miré.

—Así es que no te fijaste cómo le echaba el sombrero para adelante.

—¡Ah! ¿Eras tú?

—Claro pues, imbécil. Ni sospeché cuando se la saqué.

Ocho cuadras fueron las que corrimos. Llegamos sin aliento a la perrera.

No quisieron recibirnos la plata. Nos dijeron que ya lo habían muerto. Era mentira. Era sadismo. El hombre gozó al verme rogar por mi perro. No hubo caso.

Después me enteré que mientras le pedía el perro, estaba vivo. Lo mataron dos días después. Lo mató un carnicero y luego se lo llevaron al zoológico como alimento de las fieras carnívoras.

Y yo ni siquiera le había puesto nombre.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Un triángulo solucionado

SE LLAMABA Teresa. Era una de esas morenas de pelo castaño que tan frecuentemente encontramos en todas partes. Algunos la hallaban buena moza y otros común y corriente. Para mí su principal atractivo residía en su calidad de hija única (y por supuesto muy mimada) de unos padres sumamente ricos.

Jamás se me había pasado (ni se me ha vuelto a pasar) por la cabeza la idea de casarme. El asunto es que aquella vez la peregrina idea se alojó caprichosamente en mi mente... En esos tiempos, hace un poco más de dos años, me preocupaba terriblemente mi futuro económico. Había sido rechazado en la escuela de medicina y de la de veterinaria y estaba desesperado. El sólo pensar en trabajar en alguna oficina me hacía estremecer. Por otro lado, no era nada fácil conseguir un trabajo más o menos decente. Llegué a calcular que justo en diez años más moriría de hambre o de frío. No

digo esto para justificar mi interés netamente económico en Teresa, pues mi situación monetaria nunca ha dejado mucho que desear, pero yo pensaba en el futuro.

El otro se llamaba Ernesto. Ignoraba por qué cortejaba a Teresa. Quizá por las mismas razones que tenía yo. Pero era más seguro, a juzgar por su cara, que estaba enamorado. El muy ladino había adoptado la misma táctica mía. Ambos la convidábamos a partes caras y no le hablábamos una palabra de amor. Cuando uno les habla de esa cosa a las mujeres como Teresa, éstas desechan el matrimonio para comenzar aquel ridículo tipo de relaciones que denominan pololeo, los que se prolongan a través de los años. Mi táctica, y la de Ernesto, consistía en hacerse lo más simpático posible y gastar toda la plata disponible en ella, y cuando el asunto llegase a un climax ¡paf! pedirle que se case con uno.

Desde luego que más de una vez nos tocó salir juntos a los tres. Gracias a esto pude constatar, no sin inquietud, que ambos llevábamos el mismo terreno conquistado. Ella no mostraba mayor interés ni por él ni por mí. Al parecer ambos le gustábamos por igual. Obvio decir, que Ernesto notó lo mismo.

La cosa se complicaba. A Teresa le costaría decidirse. El momento para declararse se alejaba y cuando llegara, ella no encontraría qué contestar, en la duda.

Decidí tratar el asunto directamente con Ernesto. Uno de los dos debía dejar la vía libre al otro. Lo convidé a tomar onces al mismo café a que llevaba a Teresa. Convenía plantearle el problema en un lugar civilizado y público por si se arrebatava y se me ponía violento.

Afortunadamente mi rival resultó con más don de gente de lo que imaginaba, y, al parecer, tan interesado como yo en solucionar el problema.

Nos encontramos en el interior del café. El había llegado primero y pedido dos cafés helados. Me senté frente a Ernesto en la mesita que había elegido. Nos saludamos sonriendo y comenzamos a conversar sobre temas vagos. Comentamos la corbata escandalosa que llevaba un gordo que pasó por la calle, hablamos de cuán raros son los ingleses y de la vaca sagrada. Entramos a atacar el tema que nos había reunido, en forma metódica. Platicamos sobre los duelos a muerte con que frecuentemente se solucionaban estas encrucijadas y nos reímos. De esta manera llegamos a la cuestión principal. ¿Qué íbamos a hacer nosotros?

Terminados nuestros vasos de café helado pedimos dos tazas de chocolate y pasteles. Comenzamos a comer y a darle vueltas al asunto.

Estuvimos hasta tarde. Recordamos novelas, películas y casos reales que trataban de casos semejantes. En todos la solución había sido el duelo.

—Liquidemos el asunto —dijo de pronto mi rival, después de un silencio— ya tengo la solución.

—¿Cuál?

—El duelo.

—Sin duda el chocolate le ha caído mal. Es un producto algo cálido y no es raro que . . .

—No. Nos batiremos. Somos civilizados y no tenemos por qué acudir a armas asesinas. Propongo que nos batamos con vino.

—Ni una palabra más. Nos batiremos —exclamé. Y nos batimos esa misma noche.

Elegimos un bar adecuado y le preguntamos al dueño si uno se podía emborrachar allí tranquilamente, sin temor a ser despedido a patadas.

—No tengan cuidado señores, que para tomar es este lugar.

Pedimos diez botellas de vino tinto para empezar.

Y comenzó el duelo.

Nos tomábamos las copas al mismo tiempo, contándolas. Una, dos, tres, cuatro, cinco . . .

Cuando llegamos a la veintitrés mi rival dijo tuteándome:

—Qué te parece si descansamos un rato para hacer la payasada más cómoda, más amable, más . . . ¿ah? ¿Qué te parece?

Acepté encontrándolo muy lógico.

—¿Te gusta la Teruquita? —me preguntó cariñosamente.

—Claro, ¿por qué no me va a gustar?

—Te preguntaba porque a mí no me gusta.

¡Había dicho que no le gustaba! Comprendí que Ernesto se sentía mal y que estaba dispuesto, al parecer, a dar por terminado el duelo a mi favor.

—Entonces —exclamé— para qué seguimos tomando.

—Seguimos tomando —me explicó— porque yo la quiero por la plata.

¡El grandísimo calavera!

Y volvimos a llenar las copas.

—¿En qué número íbamos?

—En el veintitrés.

Veinticuatro, veinticinco . . .

Con la copa número treinta se agotaron las diez botellas.

—O sea —me peroró Ernesto— diez botellas sirven para llenar sesenta vasos, luego una botella llena seis.

Felicité a mi rival por su cálculo con un apretón de manos. Pedimos diez botellas más, ahora de vino blanco.

El barman hizo también sus cálculos y nos rogó que le pagáramos las veinte botellas en ese instante porque después las cosas se podrían complicar. Antes de comenzar habíamos convenido que el ganador pagaría. En vista de la intranquilidad del dueño le cancelamos a medias las botellas.

Y continuamos bebiendo.

Treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres . . .

Cuando llegamos a las cincuenta Ernesto me anunció:

—Gallo, me siento mal.

—Idem —le dije.

—Gallo parece que voy a . . .

—Gallo, vámonos —le interrumpí.

Llamamos al barman y le pedimos que nos ayudara a levantarnos de las sillas. El mentado estaba al corriente de lo que había que hacer en casos semejantes. Nos condujo hasta la puerta y desde allí hizo parar un taxi. Ernesto insistió en despedirse del atento barman con un abrazo. Yo también consideré que lo merecía y lo abracé afectuosamente.

Le di la dirección de mi casa al chofer.

Cuando llegamos, mi rival me dijo:

—Tú estás curado viejito. Déjame que te ayude a subir la escalera.

Entramos a la casa y abrazados subimos al segundo piso. Una vez en mi dormitorio nos despedimos. Lo escuché bajar la escalera a tropezones. Antes de quedarme dormido sentí el ruido del motor del taxi al partir. Intenté llegar a la ventana para hacer un postrer saludo a mi simpático rival, pero no pude.

A la mañana siguiente desperté con los gritos de la empleada. Había un hombre durmiendo a puerca suelta sobre la alfombra del living. Era Ernesto.

Dos días después teníamos otro duelo en perspectiva. Este era uno que no podía fracasar. Se trataba de atravesar la cordillera de Los Andes a pie. El trayecto sería desde la estación de "Los Andes" hasta Mendoza. El que llegaba primero ganaba. Cada cual podía ir acompañado y con el equipo que se le antojara, pero a pie.

Corría el mes de marzo y la aventura era posible. Yo poseo un magnífico equipo de excursión;

solamente tuve que adquirir un equipo completo para mi amigo Arturo, el único que se atrevió a acompañarme.

Ernesto también pudo conseguirse un solo amigo.

Nos reunimos en "Los Andes" y partimos.

La primera caminata fue hasta "Río Blanco". Arribamos de noche y no muy cansados, aunque las pesadas mochilas con los dichosos sacos de dormir nos molestaban bastante. Llegamos juntos.

En la mañana siguiente, cuando me despertó Arturo, Ernesto y su compañero ya no estaban. Partimos inmediatamente. Después de una incómoda caminata por el camino de autos, escuchando constantemente el fragor del río Aconcagua que se desliza todo el tiempo a cinco o a diez metros de la carretera, llegamos al pie del Juncal, cerro que había que subir para llegar a Portillo. Decidimos descansar una hora. Pasaríamos la noche en el Hotel de Portillo. Auto, camioneta o camión que pasaba le hacíamos señas para que nos llevase. Al fin el conductor de una camioneta ofreció llevarnos.

Nos subimos a la carrocería con todos los bártulos. Y continuamos ahora, sobre ruedas, nuestra marcha. Observábamos atentamente el camino de mulas que cortaba el camino de autos en las curvas por si veíamos a Ernesto y compañía, y bajarlos antes que nos descubriesen. No los vimos. Un kilómetro antes de Portillo nos bajamos para llegar a pie.

En el hotel, tomando cognac, encontramos a nuestros contendores. Es imposible que hayan llegado a pie en tan poco tiempo. Supongo que ellos deben haber pensado lo mismo de nosotros.

Al día siguiente, de madrugada, con un frío de los mil demonios, partimos rumbo a Caracoles, la estación que se encuentra antes del famoso túnel de tres kilómetros. Fue el comienzo de la odisea. A esa altura no costaba absolutamente nada fatigarse. En el túnel estuvimos a punto de ser arrollados por un tren. Pasamos dos noches tratando de dormir a la intemperie dentro de nuestros escualidos sacos y casi perecimos helados. Ni Ernesto ni yo encontramos auto que nos llevara. Nos rompimos los pies con el roce de nuestros bototos. La piel del rostro se nos resquebrajó y quemó con el viento y el resplandor de la nieve. Nos apunamos. En fin, no voy a recordar todos los terribles detalles de la marcha de horror que efectuamos. En ningún caso se trataba de mi primera excursión larga ni tampoco de Ernesto; ambos somos físicamente fuertes, al igual que nuestros acompañantes. Si hubiera sido de otro modo habríamos perecido.

Pocos kilómetros antes de Mendoza comenzó, realmente, a ser carrera la marcha. Arturo y el compañero de Ernesto, que se llamaba Mario, se quedaron atrás.

Mi rival cometió el error de no sacarse los pesados bototos. Caminábamos por camino pavimentado. Yo iba descalzo, pues los zapatones no sólo

me molestaban terriblemente las heridas que ya me habían producido, sino que también eran un peso considerable colocados en el extremo de las piernas.

Eramos dos espectros cuando entramos a Mendoza.

Gané por dos cuadras. La meta era el monumento de los héroes.

Caí exhausto. Ya nada me importaba. No recuerdo qué fue lo que siguió. Al parecer Ernesto llegó en mejor estado que yo y pidió un auto para que nos llevase a algún hotel.

Dormí exactamente treinta y dos horas, durante las cuales me despertaron cuatro veces para comer.

Descansamos una semana en Mendoza. Pensábamos estar menos, pero fue imposible conseguir avión antes. Volví feliz, y mi rival muy abatido.

En la casa me esperaba una tarjeta en la cual con letras de imprenta los padres de Teresa y los de un tal Rodolfo Otero, me convidaban al matrimonio que iban a contraer sus respectivos hijos.

Supongo, y esto me atormenta, que Ernesto recibió una igual.

¡Cómo se habrá reído este animal!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Yo no

EN VERDAD ambos éramos infelices. Pero yo había vivido, él no. Aunque ésas son estupideces. Lo que importa es el momento presente. El haberse realizado en otros tiempos no es ningún consuelo. Ahora solamente existía. Sobrevivía. Y me junté con otro. Un tal Manuel. El jamás había vivido. Pobre Manuel. Claro que sabía mucha filosofía, eso sí; había leído y pensado en grande.

—Mírame —me decía tratando de convencerme y de convencerse— soy monstruoso. Y apuraba, para darle patetismo a lo dicho, su vaso de aguardiente.

Entonces yo le decía que era lo de menos, pues antes, cuando yo vivía, me había enamorado de una jovencita fea una vez.

Lo que le pasaba a Manuel era que era cobarde.

Nos emborrachábamos todos los días. Todas las noches. En las tardes íbamos a ver actuar a Gloria. El único dinero que no gastábamos en alcohol.

Gloria era nuestro sol y nuestra luna. Era, ella, una joven alta, fuerte y rubia. Hablaba con voz ligeramente afónica, en tonos bajos, pero con entusiasmo. Tenía montones de amigos, sobre todo artistas, en su mayoría de teatro. De esa gente que se queja en verso, de esos otros que se dejan barba y escriben, en fin. Unos con auto y otros sin auto. Unos sin afeitarse y otros afeitados, con anteojos con marco de carey y sin anteojos con marco de carey. Peinados y despeinados, pero todos interesantes o buenos mozos o con dinero.

Yo no podía vivir porque no tenía dinero. Y Manuel no había vivido ni viviría porque era feo (según él) y porque era cobarde (según mi pensar). Tal vez se trataba de ambas cosas . . . Billetes no le faltaban, él era quien pagaba . . .

Yo no tenía un cobre. Ni uno solo. Y había estado acostumbrado a tener los bolsillos llenos. Cuando se termina la plata se termina todo. Se termina la alegría, la elegancia, se acaba la seguridad en el mirar, desaparece el desparpajo, los amigos también desaparecen, y uno no tiene idea de nada, pues las ideas también se van cuando se va el dinero. No queda nada ni nadie.

—Odio a las mujeres —me decía el pobre Manuel a veces. —Prefiero a los hombres. Me gustan. Un efebo. Acostarse con . . .

—Eres un arqueroso —le espetaba yo.

Entonces se reía con esa risa que tanto se parece al llanto.

Como él creía que las mujeres lo despreciaban (bueno, algo de verdad había en ello), pensaba desesperado por un poco de amor, en los hombres. Los homosexuales, por supuesto. Y éstos también lo desdeñaban, pues en la raza de los invertidos también existe el buen gusto, los bellos y los feos. Entonces Manuel decía:

—Odio a los hombres. Odio a las mujeres. Odio a todos. ¿Entiendes? A todos.

Y en seguida gritaba, pataleaba, insultaba a los demás. Yo trataba de sujetarlo. Siempre nos echaban a la fuerza cuando le venían estos ataques. En algunos bares no nos dejaban entrar.

Lo peor era cuando lloraba. Cuando lloraba sin estar borracho. Le ponía una mano sobre el hombro y le decía:

—Manuel, ¿qué pasa? Vamos a tomar algo por ahí, ¿ah? No seas tonto hombre.

Y él levantaba su cara llena de lágrimas descompuesta por la mueca del llanto y decía con un hilo de voz:

—Gloria, Gloria . . .

Y venían, luego, los sollozos.

Manuel no era rico, pero tenía plata suficiente como para mantenernos. El alcohol es un alimento de primer orden, su único defecto es que vuelve loco.

Gloria tenía que fijarse en nosotros. Tenía. Nos sentábamos siempre en la primera fila. Siempre. En el medio. Todo el tiempo en los mismos asientos. No nos perdíamos ni una sola función. Sola-

mente la mirábamos a ella. No nos dábamos cuenta del argumento ni de nada que no fuera ella.

—Mira, junta un poco de plata y anda . . .

No podía concluir. El terror, no el miedo sino el terror, era lo que se pintaba en el rostro de mi compañero. No se atrevía ni a comprar una prostituta barata. Nunca lo había hecho. No sé cómo había podido pasar veintiséis años sobre la tierra sin que hiciera nada, pero nada. Salvo beber, claro. Y también pensar por supuesto. Y se revolcaba y lanzaba alaridos de deseos.

Al quedarme sin dinero se me atrofió la voluntad. Todo se me derrumbó. Incluso la imaginación. El alcohol alimenta, alimenta todo, menos lo que uno quiere.

Cada día era peor. Ya no consolaba a Manuel sino que llorábamos juntos.

Cuando Gloria murió, no, en fin, lloramos, claro que lloramos, pero lo hacíamos porque no podíamos tenerla a ella (ni a nada). Gloria era el símbolo de todo lo que no teníamos. Llorábamos por eso y nos importaba un comino que Gloria se fuera al cielo o al infierno.

Fuimos al camposanto acompañando "sus restos". Manuel arrendó un taxi negro y le ordenó al chofer seguir el cortejo.

Colocaron el ataúd en un nicho que sería tapiado al otro día.

Cuando todos se fueron, nosotros nos quedamos. Yo me quedé porque Manuel se quedó. Y él se quedó porque es un repugnante.

Llegó la noche y cerraron el camposanto, y nosotros, que no éramos santos estábamos adentro.

No habíamos bebido. ¿Para qué voy a decir que habíamos bebido si no habíamos bebido?

Me senté en un banco a contemplar cómo Manuel tiraba el sarcófago de Gloria. Parecía una araña, pues es chico y anda siempre de negro. El ataúd cayó al suelo con macabro estrépito.

—¡Desgraciado! ¿Por qué no me ayudas? —me dijo.

Yo lo miraba sonriendo.

Cuando levantó la tapa, me levanté del banco, me acerqué y la miré. Nunca la habíamos tenido tan cerca.

Manuel, arrodillándose, hundió sus dedos en la rubia cabellera y luego, inclinándose más, besó, su primer beso (¡Tu primer beso Manuel!), la boca de la muerta. Luego levantó la cara y me sonrió con lascivia. Y siguió baboseando la boca de Gloria.

De pronto lo aparté con un empujón. Rió con sorna. Pasé mi pañuelo por las partes del rostro de la muerta en que había saliva, y luego, lentamente, uní mis labios tibios y palpitantes con los finos y gélidos labios de Gloria. Sólo un segundo.

—Vámonos de aquí, miserable —le dije quedo, pero con fuerza.

—No. No seas desgraciado, déjame solo con ella.

Me sentí mal. Muy mal. Corrí. Manuel se quedó solo con ella. Huí corriendo. El correr me calmó un poco. En la puerta cerrada estaba uno de

los jardineros o guardianes. Me retó antes de abrir y dejarme ir.

Me sería —y me fue— imposible volver a juntarme con Manuel. Tendría que robar para beber. Pero no fue así. Cuando algo se va, algo viene en su lugar. Y ese fue José. Un tal José que me ayudó en la misma forma que me ayudaba Manuel.

Una vez, semiborracho, me encontré con este último. Semanas que no nos veíamos. El también estaba borracho.

—No seas desgraciado —me dijo— acompáñame esta noche al cementerio.

Me estremecí, en serio, me estremecí.

—¿Gloria? —le pregunté espantado.

Rió con su risa esa.

—Estás loco. Anita. Todos los días hay entierros. Vamos, no seas desgraciado. Anita tiene los senos...

Lo detuve levantando las manos y moviendo la cabeza en señales negativas hacia los lados.

—No Manuel. Lo siento. Realmente lo siento. Lo siento. Adiós, ahora me voy. Créeme, lo siento de veras. No, eso no Manuel. Lo siento, en serio, lo siento. Yo no. Lo siento, palabra que lo siento.

No lo he vuelto a encontrar.

Con José nos emborrachamos constantemente.

José es igual que yo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Sospecho que ya no me quiere

ESTÁBAMOS, Carmen y yo, pololeando en una forma que parecía que no iba a terminar nunca. Sin embargo, cuando ésta se enteró de que yo dormía con el perro, no quiso saber ninguna palabra más de mi persona. El que duerma con el perro no quiere decir que pase la noche en la perrera. Pero Carmen, al parecer, lo tomó así.

Esta ruptura me dio como consecuencia una enormidad de horas libres. Me hice socio de un club de desarmadores de relojes viejos. También fui recibido como miembro activo en una secta de espiritistas. No obstante, estas ocupaciones no me divertían del todo. Comencé, poco a poco, a sentir nostalgia por cierta personita. Para ahogar la pena, empecé a juntarme con Alicia, a la que conocí en el club de desarmadores de relojes. Ella era una fanática en este asunto. En cierta ocasión le perdí una ruedecita mohosa, y fue una tragedia para el mundo, sólo comparable al incendio de la

Biblioteca de Alejandría. Alicia llevaba el pelo hasta los hombros, y le causaba tanto engorro que se pasaba el día echándoselo hacia atrás con la mano. Poseía un par de ojos negros tales, que cada vez que los miraba me temblaban las piernas. Porque, ¿quién es el que puede mirar impasible un buen par de ojos negros? El calavera de Toño, mi primo, me cuenta que él conoce un par de ojos que no se atreve a mirar. ¡Palabra de honor! Es difícil describir la admiración que siente mi primo por los ojos hermosos, las caras bonitas y por las pantorrillas bien torneadas. En una palabra, es lo que se dice un apasionado por todo el sexo. Esto lo llevamos en la sangre todos los de la familia, porque a mí me pasa lo mismo. Y, para qué voy a hablar de sonrisas. Una vez vi una tan deliciosa, que me mareó en tal forma, que estuve a punto de ser atropellado por una carretela. Alicia no lo hacía mal en esto de sonreír. Y no sé adónde habría ido a parar todo aquello, si no hubiese descubierto que Alicia se juntaba también con un tal Carlos Varela. El bendito era capaz de armar y desarmar un reloj con los ojos vendados y sin que le sobrase ni una sola pieza.

Cierto día recibí un llamado telefónico de una amiga de Carmen. Al siguiente recibí uno de Carmen. Me invitaba a una fiesta. Le dije que quizás no podría ir, pero que de todos modos estaría presente en espíritu. Dos días después conversaba con ella acerca de la fiesta. Noté algo raro en su mirada, que me hizo entrar en sospechas, cuando me

dijo que la tal fiesta no iba a ser precisamente eso, sino un "artist-party". Después, sin preparar el camino, a quemarropa, me anunció que yo diría una poesía en aquel "party". Me comunicó esto delante de su mamá, organizadora de la futura velada, de modo que ¡Maldita sea! no pude negarme. Además, un joven estudiante de alemán, latín y egipcio, llamado Eutidemo Carrasco, estaba próximo a ocupar mi lugar en el corazón de Carmen. Esto me decidió. Recitaría.

Una vez en casa revisé las páginas que me había entregado la madre de Carmen. Traté de memorizar algunas estrofas, y estuve a punto de morir intoxicado. Decidí aprenderme la poesía por el método yoga de memorizar (sólo aconsejable en los casos desesperados). Este sistema consiste en lo siguiente: en la noche, si es posible de luna llena, cuando uno ya está en cama, se debe tomar el texto que se quiere aprender, concentrarse y decir "ahora voy a leer . . . (aquí se dice el nombre) y las palabras quedarán guardadas en mi subconsciente. Cuando yo quiera recordarlas las recordaré. Mi subconsciente tendrá todo listo para cuando se lo pida". Dicho esto, se lee lo que se desea aprender. Mientras más fe se tenga en estas cosas, mejor. Se recomienda repetir las sugerencias después de la lectura. Estas deben decirse en voz alta, con los ojos cerrados y con los dedos pulgares presionando los oídos. (Al que practique estas cosas le aconsejo no decírselo a nadie).

Al día siguiente no quise hacer la prueba y ensayar para ver si había aprendido la poesía o no, pues, como dije, la fe es lo principal, y no se debe desconfiar.

Y llegó el día del mentado "artist-party". Al levantarme me preocupé especialmente de apoyar primero el pie derecho en el suelo, antes que el izquierdo.

A las nueve y media en punto de la noche, hice acto de presencia. La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Todo lucía iluminado. El ambiente estaba decididamente acogedor, aunque un tanto circunspecto. Si había tres personas menores de veinticinco años, eran muchas. En eso apareció Carmen, más bonita y atrayente que nunca en su traje de fiesta.

También estaba allí Eutidemo Carrasco, mi rival, aquel intelectual estudiante de, según él, egipcio y otras, no menos alarmantes lenguas. Llevaba un alfiler de corbata en cuyo extremo estaba pegado un trozo de vidrio descolorido, que él llamaba "diamante morfolítico". Como si eso pudiera significar algo. Me dijo que sólo existían dos. El Aga Khan tenía el otro. Usaba unos anteojos tan gruesos, que su erudición resultaba incuestionable. Se encontraba en medio de un grupo de personas que conversaban. El, de vez en cuando decía una que otra frase, que, por su arbitrariedad y completa falta de relación con el tema barajado, eran susceptibles de interpretarse como una paradoja, una agudeza o un chiste. Sus palabras eran

aprobadas con sonrisas, levantamientos de cejas y carcajadas.

Yo estaba sumido en lúgubres pensamientos, mejor dicho, presentimientos. Reconocía que en aquello de la poesía no las tenía todas conmigo. Para darme valor comencé a aceptar cuanta copa se me ofrecía. Carmen no me habló una sola palabra sobre mi próxima actuación, y yo hacía lo posible para no pensar en eso. Eutidemo Carrasco, mi impresionante rival, cuando me vio tomar una copa de una bandeja y apurarla, y luego tomar otra para repetir la acción, se ajustó su "diamante morfolítico", y se me acercó. Carmen, muy ocupada en atender a los invitados de su madre, me había dejado.

Eutidemo me tomó de un brazo y me dijo:

—Veo que usted es un buen bebedor. Venga. Le voy a preparar un trago que me enseñó cierto tabernero, cuyo establecimiento no quiero nombrar, para no escandalizarlo.

Me condujo al lado de un mueble que tenía la forma de un pequeño mesón de bar, el cual estaba repleto de botellas. Sacó dos, y las colocó sobre el mueble junto con dos vasitos. Una era de ron y la otra era de cherry.

—El ardor selvático de la embrujante Jamaica y la dulzura de la refinada Inglaterra —dijo, mirando hacia el techo, sumido en un extraño éxtasis poético. Yo le pregunté si había aprendido a hablar así en un libro, y si me lo podía conseguir en alguna parte. Pero él prefirió no escuchar la pre-

gunta. Y allí batimos el record de copas por minuto. Nunca he sido aficionado a beber. Sin embargo, cuando me acordaba de lo que tenía que hacer, no lo pensaba dos veces. Me tomaba de un solo sorbo el exótico embrujo de Jamaica, mezclado con la angelical dulzura de Inglaterra. Conté ocho copas, y me aburrí de contar. Todo aquello tenía como fondo la mundana conversación de Eutidemo, el cual, si mal no recuerdo, me contaba sus violentos y apasionados amores con no sé qué condesa francesa. Sólo guardo en mi mente cierta descripción, que creo que no favorece, como él creía, a la tal condesa. Esta tenía fuego en la sangre. Cuando un plato de comida no le gustaba, ¡paf! lo lanzaba por la ventana. Así fue como un transeúnte recibió una vez una costilla en plena cara.

De pronto, todo el mundo se replegó en el salón principal. La mamá de Carmen me vio y me hizo señas para que hiciera otro tanto. Mi rival y yo nos tomamos del brazo y nos encaminamos lentamente al enorme salón. Cuando caminaba, no sabía a ciencia cierta si era yo o la pieza lo que se tambaleaba tanto. Me senté en un sillón. Mi compañero desapareció. Frente a mí había un piano de cola. En ese instante hubiera jurado que eran dos (y, a ratos, me parecían tres). Pero, según me ha contado el viejo pecador de Eduardo, este extraño fenómeno óptico es un síntoma del estado en que me encontraba.

Se hizo silencio. La madre de Carmen anunció a alguien, y ese alguien comenzó a tocar el piano.

Me inclinaba hacia adelante, y lo veía todo negro. Me inclinaba hacia atrás, y lo veía todo blanco. A ratos me sentía liviano como un jilguero, y luego, pesado y soñoliento como un oso. No. Aquello no marchaba como debía. Una señora que estaba sentada a mi lado me observaba en forma curiosa e impertinente. Hasta creo que trataba de olerme. Las demás personas no se fijaban en mí. Ellas miraban y escuchaban al joven que, sentado frente al piano, interpretaba un nocturno de Chopin. Todas estas veladas con demostraciones de arte, son iguales. En ellas hay tres números, entre todos los otros, que son siempre los mismos. El joven flaco y ojeroso que interpreta algo de Chopin, la joven gorda que canta "The last rose of Summer", y el tipo melencólico, que, generalmente recita una poesía de Bécquer.

El delgado pianista terminó su nocturno. El desenlace fatal se aproximaba. Levanté los ojos y vi a la señora dueña de casa de pie al lado del piano. No sé qué es lo que estaba diciendo, pero me miraba a mí. A mis oídos llegaba un sonido semejante al ruido del mar. Miré a la señora y le sonreí. De pronto se me ocurrió que me estaba anunciando. Me levanté. Ella me sonrió y se fue a sentar. Caminé en la forma más solemne posible hacia el piano. Gran silencio. Comprendí que alguien pasaría allí un mal cuarto de hora. Todos los ojos se me clavaban expectantes y ansiosos. Una señorita estaba en el piano. Ella iba a interpretar algo así como una música de fondo para mis palabras.

Me coloqué en el lugar debido, al lado del piano, y miré con ojos desolados a los asistentes. La pianista comenzó a tocar suavemente, y me hizo una leve seña con la cabeza. Pero a mí se me había olvidado el título de la poesía. Pensé que podría ser lo mismo empezar por la mitad, pues tampoco recordaba la primera estrofa. Todo el alcohol que había ingerido principió a agolparse caprichosamente en mi cabeza. Me aventuré a lanzar una plácida sonrisa, pero ésta se heló en mis labios. El ambiente que me rodeaba invitaba poco para reír. Y aquellas personas no encontraban absolutamente nada divertido el que se me hubiese olvidado el título de la poesía. ¡En el fondo a mí tampoco me hacía mucha gracia!

Siendo tan abrupto y peligroso el camino de la vida, es notable imprudencia marchar por él con los ojos cerrados. Pero, en muchas ocasiones, si no se cerrasen, no se andaría.

Comencé a recitar la penúltima estrofa de la poesía, para salir del paso. Y luego, entusiasmado, empecé una en inglés, pero no pude terminarla. Intenté contar un chiste. Sentí que me tambaleaba, y ya borracho del todo, apoyándome con una mano en el piano y haciéndole con la otra gestos a la pianista para que parase de tocar, me puse a disertar sobre la mejor manera de tomar en la cama.

Entre carcajadas expliqué que debía colgarse sobre la cabeza del lecho un irrigador repleto de vino tinto. En seguida la cánula se debía llevar a la boca. Recomendé el método, especialmente para

el invierno. A todo esto, la concurrencia me miraba espantada. El padre de Carmen me observaba con ojos en los que se leía de manera inequívoca el lúgubre deseo, apenas contenido, de arrojarme por la ventana. Algunas mujeres gritaban, y uno que otro caballero me miraban sonriendo de oreja a oreja. Esto último me estimuló. Me pareció que mi éxito era rotundo. Que estaba haciendo furor. ¡Y vaya si lo estaba haciendo! Sonreí eufóricamente a mis auditores y principié a discursar en alemán, dando formidables puñetazos sobre el piano, e imitando el estilo genial de Hitler. El salón pareció venirse abajo. Gritos, carcajadas, retos, amenazas, desmayos, y qué sé yo. Me vino hipo. Varias personas me tomaron en brazos, mientras yo entonaba la canción del torero de la ópera Carmen.

No recuerdo qué vino después. Alguien debe haber ido a dejarme a casa, pues desperté en mi cama, y con un terrible dolor de cabeza.

De más está decir que después de esto Carmen no me ha vuelto a saludar, y lo que es peor, sospecho que ya no me quiere.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Veraneo

OSVALDO, un joven tímido, iba sentado, bastante inquieto, en el asiento forrado en cuero negro del tren, mirando por la ventanilla.

Sus padres estaban en viaje de placer por Europa, y a él lo habían dejado por no gastar en una persona, decían ellos, a la cual el viaje no le aprovecharía en absoluto. Osvaldo se preguntaba que por qué, pero nunca le preguntó a sus padres. Tenía diez y nueve años. Hijo único. En su casa, cada vez que había visitas de cierto rango a comer, a él se le mandaba a merendar en la cocina o en su pieza; así se acostumbraba a hacer desde que tenía tres años y el hábito no había variado.

Sus padres no estarían por un mes. Y Osvaldo, según lo convenido, se quedaría en casa o iría —si se le antojaba— al hotel del balneario (era verano) donde comúnmente pasaban las vacaciones en las temporadas veraniegas. Allí en el hotel

los conocían. Después ellos pasarían a pagar lo que su hijo hubiere consumido.

Osvaldo jamás había viajado solo. Se imaginaba de mil maneras el momento en que una vez llegado al hotel, le explicaría al administrador lo que sus progenitores habían acordado. Por un instante se arrepintió de haber dejado su apacible casa.

Ya instalado en su pieza del hotel abrió la enorme maleta negra que había llevado con ropa interior y su otro terno, el mejor de los dos que poseía. Se trataba de un antiguo terno de su padre, confeccionado con casimir inglés, que habían mandado dar vuelta y adaptar a su cuerpo. Los pantalones estaban bien, pero la chaqueta era demasiado corta, de tres botones y cuello chico, detalles que no concordaban con la moda vigente. El otro traje, el que llevaba puesto, era acomodado a lo que se debía llevar, pero su tela, barata. Además, ya tenía gastados los puños por el continuo uso. La indiferencia que sentían sus padres por él se reflejaba claramente en el vestuario del joven.

Llegó la hora de almorzar. Debido al estado nervioso en que se encontraba no tenía apetito alguno. Bajó titubeando al comedor. Se trataba de un hotel elegante y pequeño. En el comedor de amplios ventanales, con vista al mar, había seis mesitas con cuatro sillas cada una. Al entrar sintió todos los ojos fijos en él. Miró las mesas. Antes de esperar que un garzón lo invitara se precipitó hacia la mesa desocupada que se encontraba más

próxima, esforzándose por no mirar a nadie, y se sentó.

Más tranquilo, mientras almorzaba, paseó su mirada por sus compañeros de hotel. La mesa más cercana estaba ocupada por una familia. Madre, padre y una jovencita rubia, paliducha, delgada, de aspecto enfermizo. En otra había dos jóvenes de su misma edad, tostados por el sol, uno de ellos pecoso, vestidos con elegantes tenidas de deporte, y que reían —le pareció— en voz alta para llamar la atención sobre ellos. En una había una joven de diecisiete años, risueña, ojos brillantes, y de pelo castaño peinado en chasquilla y dos muchachitos de unos seis años junto con la madre de los tres.

Al terminar de almorzar, Osvaldo encendió un cigarrillo. No fumaba, pero quería empezar a hacerlo. Mientras aspiraba el azulado humo escuchó en la mesa del lado el nombre de Cecilia. Seguramente así se llamaba la jovencita pálida. La miró irse, pues se levantaron primero que él de la mesa. Caminaba agachada y tenía una pequeña espinilla bajo la boca. Luego salió él. Tropezó torpemente con la pata de una silla, y se fue a su pieza.

—Mañana mismo me voy de aquí —se dijo, tendiéndose en la cama para tratar de dormir.

A las cuatro de la tarde miró su reloj. Saltó de la cama. Tomó su traje de baño, lo envolvió en una toalla y partió a la playa.

Se tendió en la tibia arena para secarse al sol después de un breve baño. Divisó a los dos jóvenes

elegantes del comedor tendidos en la arena conversando y riendo.

Mientras se encaminaba al hotel pasó frente a una librería y compró un libro. Esperó la hora de comer leyendo y, esta vez, con el gran apetito que produce un baño de mar.

Al penetrar al comedor, ahora un poco más confiado, miró de cerca a la joven risueña de ojos brillantes, la de pelo castaño con chasquilla, de la mesa junto a la ventana. Pero desvió sus ojos inmediatamente. Los jóvenes elegantes lo miraban con sonrisa burlona.

Se sentó, incomodado. Esos malditos muchachos lo turbaban.

Pensó en cuán agradable sería su estada en el hotel si ellos no estuvieran, y deseó con toda su alma que se fueran.

Al día siguiente Osvaldo no se marchó. Ni siquiera se acordó que había pensado en irse. Tomó el desayuno en la cama y se levantó a las once de la mañana. Ese día y los que siguieron transcurrieron igual que el primero. Cada cuatro días Osvaldo se cambiaba de terno. Después de almuerzo dormía un poco y luego iba a la playa, sin chaqueta y sin corbata, pues todo el mundo lo hacía igual. Incluso algunos se presentaban en camisa a comer, claro está que él no se atrevió a hacer algo semejante.

Una cosa lo hirió a pesar de que aparentemente no había razones para ello. Cierta día al bajar al comedor vio a los dos jóvenes elegantes conver-

sando con la joven pálida, con Cecilia. Se sintió triste y despechado. Estuvo inquieto por esto todo el día y aun parte de la noche.

Días después los jóvenes elegantes ¡oh alegría! se fueron. Desde entonces Osvaldo se sintió mejor, más desenvuelto. Comenzó a mirar breve y furtivamente a Cecilia.

Una noche en que estaba en el comedor fumando su ya habitual cigarrillo después del café y mirando por la ventana, pues el vidrio reflejaba la cara delgada de Cecilia, vio cómo ella, de pronto, levantó la cabeza y fijó sus ojos en el vidrio mirándolo a él; y al descubrir que Osvaldo, a su vez, la estaba observando, bajó rápidamente sus ojos con expresión de susto. Osvaldo se estremeció de alegría, aspiró su cigarrillo, esperó un rato y miró, no el reflejo de la ventana, sino directamente a Cecilia. Clavó, preso seguramente, de un acceso de valor y entusiasmo, los ojos en ella. Cecilia no lo miró, pero él vio cómo crispó la mano en la servilleta. En eso se dio cuenta que era contemplado. Los padres de Cecilia lo examinaban fijamente, con ojos impertinentes y enojados, como si Osvaldo al mirar a su hija los hubiera ofendido. La jovencita risueña de ojos brillantes de la mesa de la ventana, también lo miraba, curiosa, desde su lugar. Osvaldo sintió que la sangre se le iba de la cabeza. Fijó sus ojos, como un hipnotizador, en la tacita de café que tenía en la mesa, y apretó, en un gesto inconsciente, su recién comenzado cigarrillo en el grueso cenicero de vidrio.

¿Por qué esa gente lo miraba? ¿Por qué los jóvenes elegantes miraban donde querían y nadie los reparaba?

Oswaldo estaba inmóvil. Su vista no se apartaba de la taza. No se atrevía a encender otro cigarrillo a pesar de morirse por hacerlo. Poco a poco la sangre volvía a su cabeza. Sus músculos se aflojaron. Seguramente ya no lo examinaban. Escuchó cómo se levantaban para retirarse los de la mesa de Cecilia. Elevó su mirada hasta ella, haciendo esfuerzos por parecer descuidado y aburrido. Ella lo miró, en una mirada que duró menos de un segundo, de pies a cabeza, desdeñosamente.

Al día siguiente fue a almorzar más temprano que de costumbre, sin motivo ni intención, simplemente bajó al comedor sin constatar que en los días anteriores hacía eso media hora más tarde. Consecuencia de esto fue que no vio a Cecilia en el comedor. Al salir, en la puerta, se encontró de mano en boca con ella y su familia. Al pasar, el brazo de ella rozó el suyo levemente, pero lo bastante como para que Oswaldo casi se desvaneciera de emoción.

En su dormitorio, descuidadamente y por primera vez, se fijó en el calendario. Cómo pasa el tiempo. Ya iba siendo hora de irse. Pasado mañana tendría que marcharse. En fin . . .

En el último día de su permanencia en el balneario hizo algo así como un desarreglo. Después de almorzar, en vez de retirarse a su dormitorio, tomó su libro, que había llevado al comedor, y se

fue al corredor del hotel, frente al mar. La terraza estaba solitaria. Osvaldo se sentó en uno de los largos sofás de mimbre y comenzó a leer perezosamente, algo soñoliento, contemplando a ratos el océano. Después de unos minutos escuchó los pasos de alguien que entraba al comedor. No levantó los ojos del libro. La persona se sentó a su lado, en el mismo sofá. Él posó la vista en los pies que se encontraban al lado de los suyos. Mujer. Calzaba sandalias de tipo romano, por lo tanto, joven. Elevó sus ojos y la miró de lleno. ¡Cecilia! Rápido, dominando la emoción, clavó los ojos en las páginas del libro. Ella tejía con lana y palillos. El corazón de Osvaldo latía con fuerza y él sentía las palpitaciones. El libro empezó a tiritar. No leía. Y entonces, con un enorme esfuerzo de voluntad, cerró el libro, se enderezó, cruzó sus piernas y con ojos estudiadamente soñolientos miró el amplio mar azul.

Al rato, tal como Osvaldo lo sospechaba, ella rompió el silencio. Lo hizo con voz tranquila y en un tono familiar:

—¿Qué hora es?

Osvaldo, apresuradamente, a pesar de estar preparado, pues esperaba de un momento a otro una frase de la joven, levantó su brazo izquierdo para consultar el reloj. El libro cayó al suelo. Miró a la joven, sin valor para sonreírle ni para dar el tono que quería a su voz, y respondió:

—Un cuarto para las tres —con la misma seque-

dad de un militar que le dice la hora a otro de menor grado.

Y la quedó mirando como quien contempla a un monstruo marino. Ella le advirtió, sonriendo casi imperceptiblemente:

—Se le cayó el libro.

—No me importa el libro —exclamó él, suspirando involuntariamente, cosa que dio a su frase la naturalidad que deseaba.

—¿No?

—No.

Y volvió sus ojos, que durante el breve diálogo se habían paseado por el rostro, la falda y las sandalias de la joven, al horizonte.

Ella había dejado de tejer. Sus manos reposaban sobre su regazo, y Osvaldo percibía en su mano derecha, que se encontraba a pocos centímetros de las de ella, el calor que irradiaban.

Osvaldo deseaba tanto como temía “hacer algo”.

Se esforzaba por recordar los relatos de aventuras galantes de sus compañeros de colegio. Aquellas audaces actuaciones sociales que se contaban sus condiscípulos, lo contagiaban dándole cierto valor, cierto entusiasmo casi deportivo. Pero sólo lograba evocar frases, sonrisas maliciosas, nada completo. Desechó aquel posible estímulo y decidió hacer lo que tanto temía y deseaba, a costa de voluntad.

¿De dónde sacó tanto valor? Ese ya es otro problema. El asunto es que nuestro héroe paralizó todos sus músculos faciales, dejándolos todos en

tensión. Sus ojos abiertos y sin pestañear, posados en el horizonte. Y su mano derecha se levantó y tomó una de las de ella. Cecilia trató de desasirse en una forma tan evidentemente equívoca que dio valor a Osvaldo para luchar y retenerla. Al mismo tiempo el intenso placer de sentir el contacto de aquella mano le hacía aumentar hasta el frenesí, desplazando del todo al temor, el deseo de apretarla. Al fin, la mano de la joven se dio por vencida. No sólo eso. Ambas manos se estrecharon con la misma fuerza. Osvaldo estaba prácticamente sin una gota de sangre en la cabeza.

No cambiaron una sola palabra. Ni siquiera una mirada. No, eso habría sido demasiado para él. Solamente las manos, ansiosas, mientras el tiempo pasaba vertiginoso, se movían una en la otra, apretándose, enlazándose, acariciándose, adoptando toda clase de posiciones, anhelantes, hambrientas, una de la otra.

¿Cuánto tiempo pasó hasta que se escucharon los pasos de alguien que se acercaba al corredor? Ella retiró bruscamente la mano que él tenía en la suya. Osvaldo hizo un leve, y a sabiendas inútil, esfuerzo por retenerla.

Cecilia se puso de pie, al mismo tiempo que entraban al corredor un niño seguido de su madre. Lentamente la joven, tal vez esperando que Osvaldo la acompañase, entró, perdiéndose, en el salón del hotel.

Osvaldo no hizo amago de seguirla. ¡Ya habían sido suficientes emociones!

Esa noche no se vieron en el comedor. Después de todo no tenían un horario fijo para cenar.

Y al día siguiente, muy temprano en la mañana, Osvaldo tomó el tren para su casa.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

El nivel número cuatro

NIVELES son los socavones o túneles de las minas que se encuentran en la falda de un cerro. Están ubicados uno arriba de otro, separados por más o menos treinta metros entre sí. El más alto recibe el nombre de "Nivel número uno". El que está debajo de éste el de "Nivel número dos" y así sucesivamente. Una mina de este tipo posee generalmente ocho niveles.

Esto no quita que haya algunas con tres u otras con veinte niveles.

* * *

Estaba pasando unos días, como convidado, en una mina de oro cerca de Til-Til. El campamento de la mencionada se componía de nueve casas o camarotes contruídos con tablas y latas, muy semejantes, por no decir iguales, a las casas de las poblaciones callampas. Tuve que dormir sobre un

arnero, el cual fue instalado en el interior de una de las casas entre sacos llenos de mineral, rumas de tarros de conservas, cajones con dinamita, barriles de carburo y atados de charqui. Amanecía con la piel del cuerpo marcada como galleta de oblea por el alambre del arnero. La cantidad de perros que había era casi mayor que la de hombres. Trabajaban la mina treinta mineros. Seis de ellos no podían acercarse a Til-Til ni a ningún otro poblado, pues eran bandidos buscados. Las mujeres eran solamente cuatro, tenían el rostro curtido y costaba adivinarles la edad. Lo único que delataba su calidad de mujeres eran el pelo largo y los vestidos. Las cuatro se ocupaban de "la cantina", lugar en que los trabajadores comían.

La mina en cuestión tenía ocho niveles. Todos se trabajaban, menos el número cuatro. Asunto que no me llamó la atención. Es común que uno o dos socavones no se trabajen, sea porque se hayan broceado, inundado o interrumpido por algún derrumbe grande.

Una mañana, acompañando al laborero, mi anfitrión, pasamos frente al nivel abandonado. Las malezas que crecían en la boca misma del túnel hablaban de una larga soledad.

—Este es el nivel más rico —dijo mi acompañante.

—Entonces, ¿por qué no lo trabajan?

El hombre se encogió de hombros y me explicó: Penan. Hubo un accidente en el cual murieron dos barreteros. Desde entonces se escuchan ruidos

raros y quejidos en su interior. El asunto es que ahí no se mete nadie.

El tono de su voz me dijo que él creía a pie juntillas en todas aquellas patrañas.

—¿Y usted no ha entrado?

—¡Chii! ¡Ni cagando!

Continuamos caminando, en silencio, hasta llegar al nivel dos, el principal. Allí había una fragua y un yunque, donde dos herreros reparaban y afilaban cuñas y barrenos. Varios mineros realizaban mineral en el suelo. El laborero preparó dos lámparas de carburo y me alcanzó una. Sin más se internó en la mina. Pero era otra la idea que zumbaba en mi cabeza. En vez de seguir a mi amigo comencé a descender por el cerro rumbo al nivel número cuatro. Es prácticamente imposible sentir miedo a las ánimas en un día de sol a las once de la mañana.

Me introduje en el túnel. Anduve ocho metros y el día se transformó en noche y el calor en frío. Tenía que avanzar semiagachado. El socavón no era alto, además de ser su parte superior bastante irregular. No costaba nada romperse la cabeza de un golpe. Todo estaba muy húmedo. Caminaba pisando sobre deteriorados durmientes en los que descansaban dos delgados y mohosos rieles de algún antiguo carrito. El túnel no iba en línea recta sino que ejecutaba una serie de recovecos. De cuando en cuando encontraba profundos piques cuyas oscuras bocas estaban a los lados de la línea. Algunos conservaban aún semipodridas escaleras

de patilla. Me habría internado unos doscientos metros cuando me detuve. Había caminado muy rápido para contrarrestar el brusco cambio de temperatura. Apagué la lámpara y permanecí inmóvil agudizando el oído. Podía estar una semana allí sin que mis ojos lograsen distinguir algo. Resultaba imposible acostumbrar la vista. La obscuridad era completa. De algún lado caían gotas de agua sobre un charco. Aparte de esto, el silencio era profundo. Volví a encender la lámpara y seguí avanzando.

Poco a poco comencé a ponerme nervioso. Estaba solo en ese extraño lugar. Hacía frío. El silencio interrumpido por las goteras era enervante. Sentí miedo de lo desconocido, de lo sobrenatural, de los espectros. El deseo morboso de salir corriendo y gritando se hacía cada vez más intenso. Seguí avanzando, ahora muy lentamente. Sentía el latir de mi corazón. Me hubiera sido imposible contar sus pulsaciones sin necesidad de apretarme la vena de la muñeca. De pronto escuché el lejano ruido de un martillo que golpeaba sobre un barreno. Fue como un bálsamo. Como por encanto el temor se disipó. Apuré el paso. A medida que me acercaba los golpes del combo sobre la barreta llegaban a mis oídos con más intensidad. Ya no estaba solo. Algún minero se animaba a entrar y trabajar el frontón. Después de todo aquél era el nivel más rico. Al rato escuché los golpes a diez metros de mí. El socavón doblaba dos metros más adelante. Anduve cinco pasos más y la luz de mi

lámpara iluminó a dos mineros que trabajaban “a la masa”. Uno sostenía el barreno con sus dos manos y el otro lo golpeaba con un pesado combo. Al verme ambos sonrieron con esa sonrisa benevolente, casi cariñosa, con que los trabajadores de las minas acogen a los extraños, y siguieron su tarea. Me quedé allí alumbrándolos un rato. Me resultaba agradable aquel contacto con la realidad después del miedo que había sentido. Era grato contemplar a esos dos hombres fuertes y sudorosos trabajar virilmente. Diez minutos después di media vuelta e inicié el regreso.

Caminé rápidamente. Es extraño, pero volví a sentirme nervioso justo en el lugar en que me había sentido así cuando iba en dirección contraria. Poco a poco el malestar fue cediendo.

Solamente cuando me encontraba a veinte metros de la salida me di cuenta de que los dos mineros que había encontrado en el fondo de la mina estaban trabajando sin luz.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Humo

SOY UN INTROVERTIDO. Me gusta fumar y tocar el piano. Hacer ambas cosas al mismo tiempo es algo superior al cielo que describe el pobre Dante. Así se los digo a todos. No entienden. ¡Me dan tanta pena los imbéciles!

Hace dos años me encontré sin plata. Fui al café.

—¿Qué quiere? —me preguntó el dueño.

—Soy un introvertido. Me gusta fumar y tocar el piano.

Eran las siete de la tarde. El café estaba en un sótano. Y había un piano.

El hombre me miró interrogante. Estos imbéciles nunca entienden.

—¿Está con llave el piano? —tuve que preguntarle.

—No —respondió, al mismo tiempo que su expresión interrogante desaparecía.

Fumé y toqué. Estaba en los huesos. Ojeroso. Mi traje se estaba deshilachando. A la media hora,

Marta colocó sobre el piano un emparedado de queso y un schop. Mientras tocaba "Según pasan los años" con mi mano izquierda, introduje en mi bolsillo, con la derecha, el pan con queso, y luego me tomé la cerveza.

A las dos de la mañana el café cerró. El hombre me convidó a comer. Estaba contento.

Y así quedé allí.

Con el estómago tranquilo es fácil aburrirse. Estar aburrido, tocar el piano y fumar es algo que el pobre Francisco de Asís habría envidiado si hubiera sabido cómo era.

Y me enamoré de Marta.

Me agradaba ver su sonrisa y escuchar su "ya, déjese" cuando alguno le metía la mano entre las piernas o le palmoteaba las nalgas. Me gustaba cuando la veía parada frente a la complicada máquina de café exprés sosteniendo una taza bajo un tubito que goteaba el néctar marrón, con la mirada perdida, pensando o soñando.

Le pregunté si fumaba. Me dijo que al patrón no le gustaría y que además no tenía el vicio. ¡El vicio! Compadezco a los que no tienen vicios. Pobres.

—¿Quieres hacer algo por mí?

Rió con su risa tonta y suspicaz.

—Cuando esté tocando, acércate de vez en cuando, sácame el cigarrillo de los labios, pégale una chupada y en seguida vuelve a colocarlo en mi boca. ¿Ah?

Yo hubiera reído de la misma manera si alguien me hubiese preguntado que adónde había comprado mi terno.

Pero lo hizo.

El asunto la divertía.

Cuando me sacó el cigarrillo por primera vez, el pobre patrón la miró extrañado. Pronto se acostumbró. Ella también se acostumbró.

¡Oh, Marta! Marta, Marta, Marta, mi Marta. Adorada mujer. Muchachona tonta. Querida mía.

Una vez hubo un temblor. Todos arrancaron menos el desolado patrón, que, nervioso, trataba de calmar a gritos a los clientes que se le arrancaban. Yo continué tocando "The man I love". Nadie, salvo Marta y las otras dos camareras, volvió a entrar. El hombre estaba fuera de sí. Había perdido plata. Los clientes se habían fugado con el temblor, sin pagar por supuesto. Se enfrentó con sus tres empleadas.

Les dijo "chinas de mierda" y otras cosas. Me agradaba que Marta fuera tratada de china de mierda. La amaba, la quería. Estaba, como siempre, algo chascona. Con el guardapolvo azul manchado, y los labios muy pintados. Me gustaba también su perfume barato. La amaba. Marta, ante los gritos del patrón, dejó escapar un "Chiiii" de protesta. Y el tipo le pegó una cachetada y luego un puñete. Cayó llorando al suelo. Casi dejé de tocar. El placer que me causó verla en el suelo sucio, acurrucada, llorando, con los labios hincha-

dos, hizo que aspirara con fuerza mi cigarrillo. Marta, Marta, amor mío.

Al día siguiente me pidió una cajetilla. No un cigarrillo. Una cajetilla entera. Se la di. Todos los días comenzó a pedirme una cajetilla. No los fumaba en el café. Seis días así. Al séptimo le dije que no tenía más. Me miró asustada.

—Los otros cigarrillos no sirven —me dijo.

Pobre Marta. Claro que no servían. Tenía cinco cajetillas en mi bolsillo, pero yo quería acostarme con ella.

—Llévame a tu casa y te daré un cajetilla.

—¿Por qué allá? —La estúpida no caía.

Yo estaba tocando “Adormecerme así”.

—Porque te quiero.

Se asustó más. Nadie le pedía eso así. Simplemente le dirían . . . qué sé yo cómo se lo dirían, pero yo no puedo ser así. Yo no soy como los demás. Esa noche fueron más de veinte las veces en que me sacó el cigarrillo de la boca. Marta, amorcito mío, tesoro de mi vida.

Las dos de la mañana. El patrón cerró. Nos fuimos, tomados del brazo, a su casa. Tenía un cuarto en una pensión. Sobre el cajón que le servía de velador había un espejo de cartera, una caja de polvos de arroz y una de crema, muy chica.

Estaba asustada.

—Deja desnudarte.

—¿Qué tienen esos cigarrillos?

La tomé de la cintura. Dio un salto nervioso. De pronto se había aterrado.

—Váyase, váyase.

—¿Por qué?

—Asqueroso. Si me toca, vomito.

También me gritó otras cosas.

No. Yo no podía perdonarle eso.

No fue fácil. Ella no debía gritar muy fuerte, pues había vecinos.

Mientras ella tiritaba de miedo y (¡Oh, Dios mío!) de asco, encendí un cigarrillo y se lo ofrecí. Así la atraje. Le metí el pañuelo en la boca. La tendí en la cama y le puse la almohada sobre la cara. Murió diciendo: mmmm, mmmm, mmmm. Pobre Marta.

A esa hora son pocos los lugares donde se puede tocar el piano. Las tres de la mañana. Pero encontré uno en una boite. Me conocían. Se pusieron muy contentos. Toqué toda la noche y me fumé las cinco cajetillas.

Solamente fumaba de siete de la tarde a dos de la mañana. Únicamente frente al piano. Desde varios años. Pero después de las cinco cajetillas aquellas tuve que fumar todo el día. Todo el día es todo el día y toda la noche.

Estar aburrido, con dolor de cabeza, fumando y tocando el piano, es algo que no se compara con nada.

Una noche, mientras tocaba en el café, se me aproximó Marta.

—Hola —me dijo.

—Andate —le grité. Todo el mundo me miró. Luego rieron.

Ella no se fue.

—Toca “Vereda Tropical” —me pidió.

—Cállate. Cállate y ándate de aquí —le dije a gritos, dejando de tocar y poniéndome de pie.

La gente reía a carcajadas. Todos miraban muertos de la risa. El patrón se me acercó.

—¿Qué le pasa, muchacho?

Pero Marta se había ido.

Me senté en la banqueta y de ahí caí al suelo sin conocimiento. Había fumado demasiado.

Hacía más de una semana que se había encontrado el cadáver de la pobre Marta. No se sospechaba de nadie.

Después del desmayo seguí fumando. Hubiera podido inflarse un zepelín con todo el humo que aspiré esa noche.

Al otro día la encontré en la calle.

—Déjame tranquilo —chillé— y si vuelves al café te muelo a palos.

Estábamos en la calle. Una señora gritó. Continué caminando. Marta me tomó de mi brazo.

—Estúpida —le dije sin gritar—. Ya no me gustas, ándate.

La gente me miraba extrañada y curiosa.

Marta ya no me gustaba.

Esa tarde, al llegar al café, me aproximé al mesón donde el patrón conversaba con dos hombres.

—Oiga —le advertí—. Si Marta viene a fregarme como anoche, me largo. Y no tocaré más aquí.

Uno de los hombres, que conversaba con él,

me sacó el cigarrillo que colgaba de mi labio inferior y lo aspiró.

—Marihuana —dijo.

—Está detenido —me indicó el otro.

El patrón me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué estoy detenido?

—Por asesinato.

Me tomaron amablemente del brazo. Y me llevaron preso. Después de todo había liquidado a Marta.

Me quitaron los cigarrillos y me encerraron en una pieza.

Solo. Incomunicado. Sin piano y sin cigarrillos. Encerrado en una celda.

De pronto, alguien me tocó el hombro.

Era Marta.

—Hola —me dijo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

El niño que se enamoró de la luna

HABÍA UNA VEZ un niño que se enamoró de la luna. Esta vez no se trataba de un simple capricho infantil. Amaba la luna. La quería y deseaba que ésta lo correspondiera en la misma forma. Es decir, amarlo a él y nadie más.

No le dijo a su mamá que “quería a la luna” como dicen los otros niños cuando se les antoja tener el astro blanco. Sino que le preguntó si la luna se podía enamorar. La madre sonrió y le dijo que no sabía.

En las noches abría la ventana para verla y para que su luz lo alumbrara. Tendido en su cama contemplaba a su lejana amada con sus ojos azules humedecidos, y se sentía muy triste.

Durante una clase de geografía escuchó a un profesor decir que la luna hacía moverse al mar. Y Adrianito, celoso, odió al mar.

Una tarde fue a la playa a esperar el regreso de los pescadores. Cuando llegaron les preguntó si

la luna estaba enamorada del mar. Y le dijeron que el asunto era al revés. Que él amaba a la luna y que ésta jugaba con él sin corresponderle.

—¿Y de quién está enamorada la luna?

Los pescadores se rieron. Uno de ellos le aseguró que las mujeres no se enamoraban.

Todas las tardes iba Adrianito a conversar con los pescadores. Les preguntaba de lo que el mar les decía de la luna. Y los marineros le contestaban contándole lo que el mar les decía de la luna.

—¡Pero entonces el mar no ama a la luna!

—¿No? —preguntaban los pescadores.

—No, la odia.

Y los hombres reían.

Una tarde, uno de ellos quiso saber por qué preguntaba tanto sobre la luna.

—La amo —le respondió el niño.

Y el viejo pescador no se rió.

—Sólo la quiero a ella. Deseo hablarle y quiero oírla. Así como tú y el mar.

—Es diferente.

El viejo lobo de mar encendió su pipa en silencio. Luego, mirando de reojo al niño, le preguntó:

—¿Le tienes miedo a la noche?

—No. ¿Está la luna enamorada de la noche?

—¡Ah, no! Se odian. ¿Conoces la casa del monte de los espinos?

—La casa de la bruja.

—Sí. Ella te puede ayudar. Pero tienes que ir solo y de noche.

Y esa noche, alumbrado por su amada, Adrianito fue a ver a la bruja.

—Señora bruja —exclamó cuando estuvo frente a su puerta— despierte, señora. La vengo a ver.

—¡Ji, ji, ji. Entra, rapazuelo. ¿Quién te dijo que nosotras dormíamos de noche? Ji ji ji.

Y el niño le dijo que quería conversar con la luna.

—Pero hijito, ji ji, la luna no tiene boca.

—El mar tampoco y conversa con los pescadores.

—¡Oh! Eres un niño muy listo. Ji ji ji. Pero has de saber que para conseguir una cosa hay que dar otra a cambio.

—¿Qué quieres?

—¡Ayayay! Esta gente siempre pidiendo cosas. A mi hermana, una mujer que tiene un hijo sordo y quiere que sea músico, le pidió un par de oídos. ¡No sé qué le ofrece a cambio! En fin . . . ¿Tienes buenos oídos?

—Sí, estoy estudiando violín.

—Ji ji ji. Yo tengo una hermana que toca violín. Ji ji ji. Bien, bien . . . Esta noche podrás comunicarte con ella. Pero quedarás sordo.

—Sí.

Y esa noche Adrianito y la luna charlaron. Ella no tenía boca, pero le sonrió. El le pidió que lo amara. Ella, que no tenía boca, se rió. Conversaron sobre el mar y la noche. Pero cuando él le hablaba de amor ella se reía.

Al amanecer Adrianito regresó muy apenado y más enamorado que antes a su casa.

Ya no pudo escuchar más la voz de su madre, ni conversar con los pescadores. Estaba sordo.

Soportó tres noches más. A la cuarta volvió donde la bruja

—Ji ji ji. ¿Qué quieres ahora, muchachito? ¡Oh! Perdona. Se me olvidaba que eres sordito. Ji ji ji. Bien, aquí tienes papel y pluma. Escribe. Y Adrianito escribió que quería ser correspondido por la luna.

La vieja movió asustada la cabeza. Y le explicó, escribiendo, que ese era asunto de la luna. Que se lo preguntara a ella.

Adrianito miró por la ventana a la luna. Esta le sonrió.

La bruja usaba su poder para que pudieran comunicarse.

—Luna, quiero que seas mi novia. Te amo.

—No te entiendo —respondió la luna— yo no puedo casarme contigo.

—Lo sé, pero quiero que brilles sólo para mí.

—¿Y que nadie me vea?

—Sí. Que nadie te vea. Y que tú me mires sólo a mí.

La luna pensó un instante. Luego rió con coquetería. Y le respondió:

—Bueno. Renuncio a ver a todos para verte solamente a ti durante todo el tiempo. Pero tienes que darme tus ojitos. No son tan grandes como los míos. Con ellos te miraré. Te prometo que nadie más me volverá a ver. Existiré sólo para ti. De esa manera forzosamente tendré que amarte.

Adrianito, que no sabía nada de las mujeres y sus promesas, se sacó sus ojos azules y se los dio a la luna. Desde entonces no la ha vuelto a ver. Quedó ciego, pero feliz, pues cree que la luna existe sólo para él y que lo ama.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

La vuelta

EL JOVEN Y RISUEÑO MANUEL partía de su ciudad. En el aeródromo se hallaban reunidos sus amigos. Formaban un alegre y algo bullicioso grupo. Cuando, por un parlante, se dio el aviso de subir al avión, con apretados y sinceros abrazos, el grupo despidió a su amigo.

Manuel iba alegre. A través de la ventanilla miró por última vez a su ciudad. En ella quedaban sus compañeros, sus antiguas inquietudes, sus amigas, el colegio en que había estudiado, su casa de tantos años, aquella niña rubia, su perro... en fin... algún día volvería. Ahora un brillante futuro económico era y debía ser su única preocupación. Pronto el último vestigio de la ciudad desapareció.

El avión terminó su viaje en un lugar muy lejos del que había partido. Manuel pisó esas tierras extrañas con paso firme; y miró el aspecto, que por ser nuevo le agradaba, de lo que iba a ser el

lugar donde viviría. El sol de la tarde calentaba suavemente y una tenue brisa levantaba un polvo color oro.

Pero no sólo el pueblo y las casas eran extrañas; también las personas eran distintas, y el cielo, los árboles, los niños, el frío, el calor, todo era extraño.

Aquí Manuel no tenía a nadie con quien conversar o salir. Era un forastero. Un desconocido.

Los días, las semanas, los meses pasaban y continuaban igual. Seguía siendo un intruso. La gente, incluso sus compañeros de trabajo y sus vecinos, desconfiaban de él. Lo miraban con cautela, escudriñándolo. Los niños no se le acercaban y cuando estaban lejos se reían de él o le tiraban piedras. Los perros le ladraban hostiles. Todos lo trataban como si sintieran un secreto rencor contra él.

Y Manuel soñó con su ciudad. Recordó el rostro sonriente del muchacho que allá le vendía el diario. La cara del viejo de la librería. La iglesia donde se juntaba los domingos con sus amigas. La piscina adonde se podía acudir solo, seguro de encontrar allí tres o cuatro amigos. El jardín de su casa, la vieja empleada . . .

—Volver, volver —se decía con alegría. ¡Habían pasado tantos años! ¡Cómo se sorprenderían! ¿Qué sería de Arturo? ¿Cuántos se habrían casado? ¡Ah, qué día el de la vuelta!

Había ganado mucho dinero en aquellos suelos extraños, tal como lo esperaba. Eso era lo que había querido. Ahora podía volver a su ciudad amiga. Donde quería y era querido.

Y una mañana Manuel caminó, con el boleto del avión en su bolsillo, rumbo a la cancha de aterrizaje. Hubiera podido tomar un auto, pues el camino era un tanto largo. Pero él anhelaba gustar, sorbo a sorbo, con lenta voluptuosidad, el placer de dejar aquel lugar maldito en que tanto había sufrido. Miraba dichoso las casas a las cuales nunca pudo entrar. A las mujeres engreídas, a los niños insolentes. Todos lo habían tratado muy mal.

El avión se elevó impulsado por sus seguros y potentes motores. Manuel regresaba por la misma ruta que había recorrido en sentido contrario hacía cinco años.

El sol estaba en su ocaso cuando el avión tocó la tierra de la ciudad natal de Manuel. No había tenido un solo contacto con su gente, ni una sola carta. Esto lo alegraba. La sorpresa sería mayor. Cinco años . . . Seguramente algunos estarían convencidos de no volverlo a ver más y sin duda habían dejado de pensar en él. ¡Ah, qué sorpresa!

—Calle Los Sauces, N^o 54 —le dijo al chofer del taxi. Era la dirección de Arturo.

—¿Calle Los Sauces?

—Sí.

—Señor, conozco toda la ciudad. Hace tres años que trabajo en esto. Le aseguro que esa calle no existe.

—¿Cómo? ¿Y la calle Hamburgo?

—Esa sí, señor.

Y el auto partió rumbo a la calle Hamburgo.

Manuel miraba atónito las casas y las calles, la gente. ¿Había cambiado tanto todo? ¿O él no tenía buena memoria?

—¿Conoce usted a la familia Bretones? —preguntó al chofer.

—Sí, es decir, los conocía, señor. Hace tiempo que se fueron.

—¿Y a los Saavedra?

—No, señor.

—¿Cómo no los va a conocer? Si son los dueños del teatro Imperial!

—Serían, señor. Pero el teatro Imperial fue demolido hace dos años y allí está ahora el edificio de la Cruz Roja.

—Déjeme aquí —advirtió Manuel. Estaban frente al hotel Ritz.

Se introdujo en él y pidió una pieza.

—No tenemos piezas, señor. Todo está ocupado —le respondió el empleado detrás del mesón.

—¿Está el señor Hochstein?

—No, señor. El señor Hochstein ya no es dueño de este hotel. Se fue definitivamente a Europa.

—¿Puedo telefonar?

—Como no, señor.

El teléfono ya no era de los antiguos. Ahora era de aquellos con discos. Algo nervioso. Manuel marcó el número de Arturo. No contestaron. Volvió a marcar. El empleado lo miraba con tristeza.

—Señor —le dijo— perdone mi imprudencia, pero ese número no existe. Ahora, con el sistema

automático, todos los teléfonos tienen números de cinco cifras.

Sintiéndose cansado salió del hotel. Ya era de noche. Le molestaba el tener que llevar la maleta. Caminó rumbo a la calle que en su tiempo se llamó "Los Sauces". Antes, cuando iba a ver a Arturo, encontraba la casa sin el menor contratiempo. Ahora le costó hallarla. Había sido refaccionada. Tocó el timbre.

Arturo no estaba. Allí vivía ahora la familia Hurtado. Le informó la empleada doméstica que le abrió la puerta.

Hacía frío. Recorrió varias cuadras. Se encontró frente a un hotel de segunda clase.

—No hay piezas, señor. En esta temporada viene mucha gente a tomar las aguas termales.

—¿Las aguas termales? ¿Qué aguas termales?

—La fuente de aguas que se descubrió el año pasado. Son aguas muy medicinales. En este tiempo es cuando vienen a tomarlas.

—¿Puedo dejar aquí mi maleta?

—Creo que no, señor. Perdone.

Caminó sin rumbo por esa ciudad. Hasta que sin saber cómo se encontró en las afueras de la misma. Por allí, antes, vivía "el cura", un borracho con el cual solía conversar cuando pasaba al ir de excursión. De una casucha hecha de latas viejas salió una figura. Manuel se estremeció de alegría. Era "el cura", el borracho. ¡El primer conocido que encontraba! Se le aproximó feliz.

—¡Cómo le va!

El ebrio, del cual se decía había sido sacerdote, lo miró asustado.

—¿No se acuerda de mí? Soy Manuel. ¿Recuerda? Usted me decía “el canario” por mi pelo.

—No me acuerdo de ti, mentiroso. Andate de aquí.

—¡Dios mío! ¡Cómo no se va a acordar! —le gritó Manuel, tomando su maleta y alejándose temeroso. El borracho había cogido una piedra.

Caminó un trecho y luego, dejando caer su maleta, se arrojó al suelo y comenzó a llorar con largos sollozos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

El invitado número trece

No PIENSO hacer especulaciones al respecto. Ni decir si lo creo o no. Y menos hablar de "una explicación científica". En estos casos lo mejor es relatar los hechos.

* * *

Cenábamos. Eramos doce. Cinco mujeres y siete hombres. El viejo dueño de casa y yo éramos los sin pareja. Los demás eran todos casados. Matrimonios jóvenes y maduros. Había dos que llevaban menos de cinco años de casados y los tres restantes pasaban los diez años, aunque no por mucho.

Sería largo, aparte de que confundiría (a los lectores) el nombrar y describir a cada comensal o a cada pareja. Imagínense cinco matrimonios de clase media adinerada. Ellas buenas, no muy cultas que digamos y fieles tanto al marido como a la

religión católica. Se destacaban o no se destacaban conforme a si eran buenas mozas o si vestían trajes atractivos. Ellos, fieles en el fondo (pues las aventurillas intrascendentes no cuentan) a sus respectivas cónyuges. Se destacaban o no, conforme a si eran locuaces (sin importar lo que dijeran), si llevaban más dinero que los otros o si tenían algún puesto burocrático importante. Eran, como se ve, matrimonios bien o, como también se dice, decentes.

El dueño de casa era un sesentón delgado, con todo su pelo por supuesto que blanco, y de bigotes canos de corte elegante. Vivía en una especie de castillo que seguramente vio nacer a su abuelo. Uno de esos enormes caserones de un cuarto de manzana que en un ala tienen cuatro pisos, en otra dos y en otra tres. Con torrecitas almenadas, sótanos, etc., que se conservan en los barrios residenciales entre los chalets y bungalows.

Aquella cena no era nada extraordinario. Todo el barrio se conocía y acostumbraba a convidarse mutuamente. Esa noche "el viejo del castillo" simplemente correspondía a las invitaciones que le habían hecho aquellos matrimonios.

Y yo me encontraba allí por razones extrañas. Conocí al dueño de casa en una sesión de espiritismo (a la que acudí por mera curiosidad). El viejo era un apasionado por estas cosas. Nos hicimos amigos. Poseía en su "castillo" una enorme biblioteca con las paredes llenas de libros, amoblada con sillones antiguos y confortables de enormes

respaldos, y con una licorera que contenía exclusivamente botellas de cognac. Cognac de todas las marcas y tiempos. En esa pieza el viejo se sumía en la lectura de libros de nigromancia conseguidos quizás donde.

Y una tarde en que nos encontrábamos allí, me dijo:

—Venga mañana a comer. Va a venir alguna gente del barrio.

Vio mi rostro y sonrió.

—Hombre, le garantizo que no sólo no se va a aburrir, sino que lo va a recordar toda su vida.

—¿Por qué?

—Ya verá. Voy a hacer un pequeño experimento. Como usted escribe, lo convido. Esto no debe perderselo.

—Muy bien. Vendré. Pero dígame qué es lo que va a pasar.

Los ojillos de gato del viejo brillaban. Nada le pude sonsacar, salvo que seríamos trece en la mesa.

Y así llegó el día, la noche, y la hora de la cena. Allí estábamos. El viejo me concedió el honor de sentarme a su lado. Al otro, su lado izquierdo, se encontraba un asiento vacío. El convidado número trece aún no llegaba. Sonreí con simpatía mirando la silla desocupada.

—Otro soltero —pensé.

La comida transcurría monótona y tonta como toda cena de burgueses. Las damas quedaban un tanto apartadas de la conversación, pero se las arreglaban para meter de vez en cuando su párrafo.

Se hablaba de política, único asunto que lograba apasionarlos un poco.

De pronto, haciendo que todos se callaran (ignoro cómo), entró al comedor, sin golpear, como si aquella fuera su casa, un hombrecillo de luto. Llevaba el sombrero en la mano y respiraba agitado. Los hombros de su chaqueta estaban mojados por la lluvia. Sin duda había corrido para llegar a tiempo, pues estaba acaloradísimo. Gotas de sudor le corrían por la cara confundándose con las de la lluvia. Los demás convidados lo miraron con desagrado. Era demasiado poco elegante y bastante mísero ese hombrecito moreno como para que todos se hubieran callado cuando llegó.

La conversación se reinició. El hombrecillo sonrió con ingenuidad al dueño de casa, y con cierta torpeza de tímido se sentó en la silla desocupada. Me chocó que el viejo no lo presentara. Eso lindaba en la mala educación.

El invitado número trece contemplaba sonriendo, como un niño a los juguetes de una vitrina, a sus compañeros de mesa. Me incliné hacia mi amigo y le pregunté:

—¿Quién es este señor?

—El diablo —me respondió.

Tomé la botella de vino que estaba más próxima, llené hasta el borde mi vaso y lo apuré hasta el fondo. Repetí esto tres veces.

Ignoro por qué motivo empecé a sentir, de repente, deseos de ponerme de pie e insultar a todos esos latosos burgueses. Tan ignorantes como abu-

rridos. El deseo aumentaba. Ya iba a realizarlo, cuando me di cuenta de que algo les pasaba a los demás.

Una señora comenzó a gritarle a su marido y éste la tomó de la garganta con no muy buenas intenciones. Otra se levantó y se sentó sobre las rodillas de un señor que no era su marido. Un señor tomó una botella y empezó a cantar, entre trago y trago, una canción pornográfica. Uno, el más joven, trataba de besar a la fuerza a una señora cuarentona que reía con malicia defendiéndose, mientras su propia mujer se sacaba el vestido mirando con ojos sensuales al caballero de bigotes que se echaba los cubiertos al bolsillo.

—¡Dios mío! —exclamé— y yo que los iba a tratar de aburridos.

El dueño de casa reía congestionado.

El diablo sonreía . . . bueno, sería redundancia decir que sonreía mefistofélicamente, pero así sonreía.

—Y tú —me espetó el viejo.

—Yo nada. Iba a insultar, pero ya no.

—Ajá —y riendo me explicaba—: El Diablo les espantó el ángel de la guarda, las inhibiciones (o qué sé yo) diría un psicólogo. Ahora hacen lo que desean, sin tapujos. Sin voluntad para dominarse y sin vergüenza. ¿No te parece interesante?

Esto me lo dijo tratando de dominar la risa.

El desorden aumentaba. Una pareja bailaba desnuda sobre la mesa. Eran la joven y el bigotudo ladrón de cubiertos. Sobre su silla yacía su cha-

queta repleta de tenedores y cucharas. Una señora gorda cantaba (o trataba de hacerlo) un aria de Madame Butterfly, mientras su marido la pifiaba y le tiraba con el pan y la fruta. Un tipo había tomado una botella y la vaciaba, metido el gollete en el escote, en el seno de una señora buena moza que suspiraba como una niña enamorada. Otro, sentado en el suelo, completamente borracho, hipaba y lloraba llamando a su mamá. Una dama de muchas joyas había colocado sus piernas sobre la mesa luciendo sus ligas, y animaba con gritos de carretero a la pareja que bailaba desnuda entre los platos y botellas de la mesa. Un hombre de unos cuarenta años orinaba, muerto de la risa, dentro de una botella de vino.

El viejo dueño de casa estaba colorado como un tomate y jadeaba exhausto de tanto reír.

—Váyase, váyase —le gritó, conteniendo las carcajadas, al diablo.

El convidado número trece se levantó.

—Y recuerde que no le debo nada —le previno el viejo.

—Por supuesto —dijo con voz de oficinista amable el diablo y se marchó, siempre sonriendo, por la puerta que había usado para entrar.

Inmediatamente los ángeles guardianes volvieron.

Lo que más abundó fueron las cachetadas. Los rubores estuvieron también bastante abundantes, al igual que los retos furibundos. Hubo tres des-

mayos. Los que estaban desnudos tomaron sus ropas y se las pusieron a una velocidad increíble.

Nadie se despidió.

Quedamos en el comedor el viejo, un borracho dormido y yo.

Me acompañó, el dueño de casa, a la puerta de calle. Allí nos estrechamos las manos.

—Mire —me previno— escribame esto tal cual. No quite ni agregue nada.

Y así lo he hecho.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Vírgenes sin vocación

CIERTO DÍA de marzo en que salía de la Universidad sentí que alguien me llamaba con voz que denotaba alegría apenas contenida. Era Alberto.

Mi viejo y cínico amigo Alberto.

Al rato, sentados en el casino de la facultad, frente a dos schops, conversábamos.

—Acabo de salvar a un amigo de algo peor que la muerte.

—No me digas. ¿El matrimonio? —le pregunté.

—Exacto. ¿Me vas a creer que son innumerables los jóvenes de gran porvenir que son sacados de sus estudios, mutilados mentalmete, por intrascendentes, mujercillas que los arrastran a sus mundos vulgaroides y mediocres?

—Sí. Y es tan común como trágico.

—En verdad no hay derecho. ¡Vírgenes desesperadas que podrían calmarse con un par de baños de asiento en vez de...

Dejando su exclamación inconclusa, Alberto apuró su schop. Luego golpeó la mesa con el vaso vacío y pidió otro a gritos. De repente, clavando en los míos sus ojos coléricos me espetó:

—¡Supongo que tú no pensarás casarte!

—No te preocupes. Me daría vergüenza. Soy de la opinión de que si dos seres se van a unir deben hacerlo exclusivamente mediante lazos de amor. Juntar dos personas con lazos legales significa desconfianza y suspicacia. Temor de que ella no obedezca, de que él sea infiel, de que uno deje al otro y de qué se yo. No, mi amigo. No me rebajaré a tanto. Que los mezquinos se junten de esa manera, pase. Pero no le vengan con ésas a la gente decente.

Esta vez fuí yo el que vació el vaso de cerveza para luego golpear con él la mesa y gritar por otro.

—Ahora —dijo Alberto— deja que te cuente cómo salvé a mi amigo de ser relegado a un ambiente ordinario. Imagínate que pensaba dejar la Universidad, todo su espléndido futuro, para unirse con una...

—Con una virgencita del tres al cuarto.

—Exacto. ¡Ah mi viejo! Pero este pecho noble lo salvó.

—Cuéntame.

—¡Ah! La vida es como una mujer española. Está llena de sorpresas, ninguna de ellas delicadas, pero sí todas muy estimulantes. El se llama Carlos y ella Elisa. Ambos estaban . . . ¿Cómo se llama ese repulsivo estado de ánimo?

—¿Enamorados?

—Exacto. Enamorados. Carlos me la presentó en la calle. Era rubia y lo más liviana de cascos que tú te puedas imaginar. Estaba agresivamente vestida y más agresivamente pintada aún. Apretaba entre la suya la mano del pobre Carlos y lo miraba con complicidad. A mí me contempló con desdén. Mientras yo conversaba con Carlos ella guardaba un silencio tan provoca . . .

—Bueno, cuéntame el asunto.

Algo enojado por haber interrumpido su descripción comenzó a vociferar por más cerveza.

—Días más tarde —continuó después de mirar amenazadoramente al mozo— hablé con Carlos. Estaba completamente decidido a casarse. Le pinté lo más claro que pude la burrada que iba a hacer. Pero fue inútil. No le entraban balas. ¡Si lo hubieras visto! Era un triste espectáculo. El amor le había alterado el sentido de las proporciones, la lógica. La mente entera la tenía estropeada. Qué hacer, me pregunté. Con éste no hay forma.

—Y fuiste a hablar con ella.

Exacto. Fui a ver a Elisa.

Al decir ésto, una estruendosa carcajada sacudió su cuerpo.

—Elisa . . . ¿Sabes con lo que me salió?

Repitió la carcajada.

—Al principio apenas pude articular una palabra. Me hizo pasar a una salita agr...

—Agresivamente amoblada.

—Allí comenzó a hablar. ¡La hubieras escuchado! Me dijo que su amor por Carlos no era de los

conocidos. Era de los otros. Espiritual. No de esos que infestan las novelas y la mente de las personas hasta el punto en que creen que es el único amor posible. No, el amor de ella era puro, místico, ideal.

Era terriblemente divertido ver los gestos que hacía Alberto mientras hablaba.

—Lo que ella sentía era incomprendible para los sensuales y los groseros. Ella no pedía nada. Su amor era el que Dios había querido que todos sintieran. Al escucharle todo esto fue tanta la compasión que sentí por Carlos que casi lloré. Esto me ayudó y casi no necesité fingir emoción, pues la sentía al jugarme el todo por la suerte de mi amigo. E inventé un accidente, se lo colgué a Carlos. Pero vamos por partes. ¡Me hubieras visto improvisar! Le tomé las manos, las apreté firmemente entre las mías y la miré conmovido a los ojos. Ella —le dije— no sabía lo feliz que me hacía. Antes de que me hablara no comprendía cómo podía querer a Carlos dado a que . . . bueno . . . ella sabía lo del accidente aquel tan desafortunado. Pero ahora que me había descrito la calidad del amor que ella sentía por Carlos, lo comprendía. Nunca me había imaginado, tenía que perdonarme, que fuera tan pura, tan sublime, tan separada de lo material. Casi salté de alegría cuando vi que sus ojos cambiaron de expresión. Fue por contados segundos. En seguida volvió a poner ojos de vaca espiritual. Me preguntó que de qué accidente se trataba. Ella no tenía idea. Yo volví a ensalzar la calidad de su

amor, para contarle en seguida que Carlos cuando chico había sido atropellado por un auto con tal mala suerte que había sido mutilado en una forma que le imposibilitaba para actuar como varón... desde luego sexualmente hablando.

Alberto se detuvo y apuró lentamente su schop.

—¿Y?

—Y... Carlos pasó dos semanas casi sin dormir, preguntándose porqué demonios Elisa se había arrepentido tan de repente.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

La venganza

CRISTINA ERA una jovencita antipática. Sábado por medio ofrecía una fiesta en su magnífica residencia. Se trataba de unos bailes realmente encantadores. Yo acudía a sus reuniones por derecho propio, pues soy primo de Cristina y en su casa me muevo como si estuviese en la mía. En aquellos "wonderful-parties" como los denominaban sus habitués, lo pasaba bastante bien, aunque en una forma más bien indirecta. Adoptaba, lo que llamaríamos una actitud de espectador. No me divertía en la fiesta, sino que ésta me divertía a mí.

La cantidad de invitados no bajaba casi nunca de los cuarenta. Entre éstos, unos treinta a treinta y cinco eran asistentes constantes de las manifestaciones de mi prima. Los restantes, cinco o siete, un extraño conjunto de pájaros raros que servían de blanco a bromas y frases sarcásticas. Lo formaban, por lo general, jóvenes tímidos, de poco roce social y con pretensiones de snobismo. Iban una vez

para no volver a aparecer. Estoy seguro de que estos jóvenes eran elegidos intencionalmente por Cristina y los amigos con que confeccionaban las listas de invitados. Elegían a este grupo de gente considerada ridícula, para condimentar la fiesta. Y realmente la condimentaban, pues daban tema para toda clase de frases divertidas, y eran víctimas de chanzas imposibles de aplicar a los invitados comunes.

El buffet, a pesar de su enorme variedad, no dejaba de ser siempre el mismo. Se componía de pastelillos, toda suerte de emparedados, dulces de distintos tamaños, tortas, queques, y cuanto diablo hay de bueno para comer. Las bebidas eran también muy variadas, pero la más solicitada de todas y por lo tanto la más abundante era el ponche. Todo el mundo consumía cantidades astronómicas de dicha bebida. Para mí, el ponche es una de las pocas bebidas insoportables que existen. Más de una vez ayudé a Cristina en la fabricación de uno de estos ponches, pues este vulgar y repugnante trago es de fabricación casera. Se preparaba en dos enormes vasijas de cristal que hacían más o menos treinta litros entre las dos. Dentro de cada una de ellas se malgastaban diez litros de vino blanco barsac, una botella de vermouth, veinte gotas de angostura, una perfumada piña, y, al final, cinco a seis botellas de agua mineral. Jamás se efectuó en casa de Cristina, una fiesta en que faltase esta mixtura.

Pues bien, en una de las tantas manifestaciones

de mi prima me tocó ser espectador de un hecho inolvidable.

Durante la fiesta, bien poco diferente de las otras, me encontraba con un plato de choricillos en mi mano izquierda, los cuales introducía en mi boca con la mano derecha mediante un delgado palito que cada uno tenía ensartado. Departía amablemente con un jovial y antiguo contertulio de las fiestas de Cristina. De pronto, por sobre su hombro vi un rostro que me produjo una profunda compasión. Se trataba de un antiguo ex compañero de colegio, un joven de la clase media, pero de no muchos recursos económicos. Un buen muchacho. Usaba lentes y era algo corto de genio. Había sido el mejor alumno de química en el colegio y seguramente estaría estudiando química o farmacia en la universidad. Ignoro cómo fue a parar a esa fiesta, pero desde luego, había sido convidado para servir de persona ridícula. Para que todos aquellos señoritos calaveras dijesen algo divertido a costa de él, y hacer, de este modo, reír a las damas.

Y efectivamente, Julio, pues ese era su nombre, fue la principal víctima esa noche. Una joven le pasó un platillo con un elaborado pastel, que debía ser comido mediante una fina cucharilla. Servirse uno de esos trabajados pasteles es un acto que exige una aguda destreza y una gran práctica. Desde luego Julio no contaba con ninguna de las dos cosas. De esta manera hizo de payaso en una serie de actividades. El pobre, completamente tur-

bado, se sentía desamparado, y, con la torpeza de los tímidos, accedía a cuanto se le solicitaba. Un joven convenció a su pareja de que pidiera que tocasen una mazurca y que luego sacara a bailar a Julio. Comenzaron a tocar una mazurca. La niña prácticamente se precipitó sobre mi ex compañero, y le pidió que bailara con ella. Este no se dio cuenta de lo que estaba pasando y accedió con una sonrisa forzada. Inmediatamente después descubrió lo que tocaban y que él con su compañera eran los únicos que iban a bailarlo. Por supuesto la muchacha bailaba estupendamente bien. Era alumna de no sé cuál escuela de danzas. Debo confesar que, a pesar de la lástima que me inspiraba aquel antiguo compañero que más de una vez me había ayudado en los estudios en forma completamente desinteresada, no pude dejar de sonreír al contemplar sus torpezas. El pobre miraba a todos como pidiendo auxilio. También yo recibí miradas implorantes de aquellos ojos que ya parecían derramar lágrimas detrás de sus lentes. Las chanzas se sucedieron una tras otra hasta el final mismo de la fiesta. Como de costumbre el baile fue todo un éxito. Comenzaba a aclarar cuando la gente empezó a despedirse. No faltaron las risas cuando Julio se acercó a Cristina y agradeciendo sus atenciones, se marchó a su casa. Y la fiesta terminó.

Los días se deslizaban lentamente. Nadie volvió a acordarse ni a hablar de Julio.

Pasaron trece días, y nuevamente Cristina ofreció otro baile. Pocas ganas tenía yo de ir, pero al

fin decidí dar una vuelta y regresar temprano a casa. Cuando llegué la fiesta estaba en su apogeo. Se encontraban allí casi todos los invitados, que eran, salvo dos o tres, los mismos que habían asistido a la última. La primera sorpresa la experimenté al ver allí, entre medio de todos, a Julio. Realmente no comprendí. ¿Cómo diablos se había atrevido a venir después de lo que le pasara la vez anterior? Principié a tener dudas sobre la capacidad mental de mi ex compañero.

Todo el mundo se encontraba en la terraza y en el primer salón. Nadie prestaba la menor atención a Julio. Este, calladamente, se fue deslizando por entre los comensales y poco a poco se apartó de ellos. Yo tenía mis ojos clavados en él. Lentamente, haciéndose el distraído, se acercó a la mesa donde se encontraban las dos enormes poncheras. Se ubicó frente a ellas y les dio la espalda. En seguida sacó un paquetito de uno de sus bolsillos, y se llevó ambas manos a la espalda. Disimuladamente me corrí unos cuantos metros para ver qué estaba haciendo Julio con sus manos. Y vi, no sin cierta sorpresa, que Julio vaciaba unos polvos en una de las poncheras, luego se corrió hacia la otra y echó en ella los polvos restantes. En seguida arrugó el papel vacío y se lo metió en uno de los bolsillos de su pantalón.

Una vez consumado su acto, se introdujo entre los demás. Entonces decidí abordarlo. Caminé hacia él y lo tomé de un brazo.

—¡Quiubo! Cómo te va, hombre —exclamó.

—Salud, viejo. Tengo que hablar contigo acerca de un problema de química.

Lo conduje hacia un rincón de la terraza, lejos de oídos indiscretos.

—Bueno, de qué se trata tu problema —me preguntó una vez que estuvimos solos.

—Quiero saber qué pasa cuando se echan ciertos polvillos en dos matraces o retortas conteniendo ponche.

Me miró sorprendido y luego comenzó a reír. Yo reí con él entusiasmado.

—Vamos, grandísimo pecador, qué le echaste al ponche.

Mi actitud le hacía ver bien claro que yo estaba con él en todo aquello.

—Ipecacuana.

—Ipeca . . . ¿qué?

—Ipecacuana.

—Bueno... ¿Y qué diantre es eso?

—El más formidable y poderoso vomitivo que se conoce.

Quedé paralizado. ¡Y yo que pensaba irme temprano! Contemplé a la concurrencia y sonreí. ¡Con que mi amigo Julio tiene sangre en las venas después de todo!

Sinceramente, la gente de los bailes de mi prima me era en cierto modo desagradable. Se trataba de personas, en el fondo, más bien antipáticas. No me sería fácil olvidar las burlas sangrientas que

le hicieron a Julio y a tantos otros. No me separé del lado de Julio. Juntos nos incorporamos al resto de los asistentes.

Muy pronto la gente empezó a repartirse. Se formaron pequeños grupos, se inició el baile, la conversación brotó aquí y allá, en fin, comenzaba a haber animación.

Según era su hábito, Cristina servía ponche a destajo, pasando por alto todas las normas de la decencia y de la buena educación, despreciando al mismo tiempo las bebidas adecuadas y más oportunas. Esta actitud fue asombrosamente bien recibida. La aceptación de que gozaba dicho brebaje era impresionante. También debo decir que la noche estaba algo templada y el ponche es considerado más refrescante de lo debido. Para mí en esos casos (y particularmente en aquél) no hay como un buen vaso de vino blanco bien helado.

Al poco rato, el nivel de ambas vasijas había descendido notablemente.

Julio se preparó un Gin con Gin, encendió un cigarrillo y apoyó su espalda en la pared. En esa actitud esperó el desenlace fatal. Algo desconcertado en un principio, lo imité. Me instalé a su lado, y, como él, apoyé mi espalda en la pared. Allí permanecemos en silencio, contemplando el desarrollo de la fiesta. Nada más delicioso que aquella espera. Si para mí fue delicioso, supongo que para Julio fue algo digno de Nerón.

Lo que sucedió después, ha sido clasificado por

mi amigo como “los mejores veinte minutos de mi vida”.

El efecto de aquel vomitivo fue realmente impresionante. Jamás en mi vida creí que pudiera pasar algo semejante y yo verlo. ¡Dios mío, qué espectáculo! ¡Qué cataratas del Niágara ni qué fuegos artificiales de la coronación! Ambas cosas empalidecen ante el cuadro que proporcionan cuarenta personas, mujeres y hombres, vomitando con ruidosas arcadas en un elegante salón. Era algo francamente dantesco. Julio miraba aquello con una sonrisa que denotaba honda satisfacción. En un buen número de señoritos y señoritas, la ipecacuana no sólo tuvo efectos vomitivos sino que también de violento purgante. Mi amigo estaba embelesado contemplando aquellos espectaculares acontecimientos. Yo miraba sin pensar. Lo que veía me absorbía por completo. Cristina, Ana María, María Luisa, Rosita, Raúl, Fernando, Juan Carlos. Ninguno se había escapado. Ninguno.

Poco a poco la tempestad fue amainando. Profundos suspiros y desgarradores quejidos reemplazaron a las arcadas. Un joven que se encontraba cerca mío, me miró con rostro demacrado y me dijo:

—Si no he vomitado mi alma quiere decir que no tengo.

Y, después de comunicarme tan filosófica conclusión, empezó a suspirar junto con los demás.

Al rato, Julio me dijo palmoteando mi hombro:
—Bueno viejo, espero que te hayas divertido. Yo
me voy, hasta luego.

Traté de responder a su saludo, pero sólo pude
mover la cabeza en señal afirmativa.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Mefistófeles

EN VERDAD, el odio de la clase baja hacia la nuestra es sólo aparente. Nos admiran, y no solamente eso, nos quieren. Nos quieren más que a los de ellos. Y cuando tienen que elegir nos eligen a nosotros.

* * *

Trabajaba, cuando sucedió esto que relataré, en una mina de tungsteno. Al lado de ésta había una cancha natural de aterrizaje. En ella aterrizó el pequeño "Steamson" que me llevó a ese lugar. Tenía que hacerme cargo de los ocho obreros de la mina, los que también tuvieron que ser transportados en la avioneta desde Copiapó.

Durante el primer mes, que fue de trabajo agotador, las cosas marcharon normales. Teníamos dos burros que uno de mis hombres llevaba, cada quince días, a la lejana pulpería de la mina más

próxima, para traerlos de vuelta cargados de víveres. Pero la última vez que partió no volvió. Hubo uno de esos raros y violentos temporales de la zona. Consecuencia de esto fue una enorme crecida de las quebradas, varias de las cuales quedaban entre nosotros y "El Quebrancho", la mina en cuya pulpería adquiriríamos las provisiones.

Los burros no llegaron. A los cuatro días estábamos sin alimentos. Justo entonces tuve un grave accidente. Me quebré las dos piernas al caerme mientras trepaba a un roquerío. A mis gritos llegó Francisco, mi hombre de confianza, que echándome sobre uno de sus hombros me llevó al campamento.

Mandé a seis de los ocho mineros a que fueran a campear en distintas direcciones a ver si encontraban algún cabrero. En ese mes, dos veces habían pasado cabreros con su respectivo rebaño de treinta a cuarenta cabras.

Conmigo se quedaron Francisco y Mefistófeles. Este último era un minero bajo y enjuto, pero de la fuerza de un gigante.

La esperanza de que los burros llegaran fue haciéndose cada vez más débil. Seguramente estaban en "El Quebrancho" donde tendrían que esperar por lo menos veinte días, si no más, para poder pasar las quebradas.

Pasaron dos días y ninguno de los seis que habían salido a campear llegó. Mefistófeles me pronosticó que seguramente nos habían abandonado. Se habrían juntado en alguna parte e ido a Que-

brancho de donde, si habían llegado, no intentarían volver.

Yo, físicamente imposibilitado sobre mi pequeño catre plegable, comencé a temer por nuestra suerte. Sobre todo por la mía. Mefistófeles, continuamente, desconfiado y vil, me sugestionaba que estábamos perdidos.

Al tercer día le indiqué a Francisco el lugar en que había escondido un tarro de choritos en conserva. Lo compartimos, con gran dolor de mi cuerpo, entre los tres. Los choritos, lejos de quitarnos el hambre, nos lo aumentaron. Tuvieron el efecto de un aperitivo. Esa noche, los tres dormíamos en la misma choza hecha de piedras, ramas y latas; Francisco entró solo a dormir.

—Mefistófeles se fue —gruñó tendiéndose sobre su rudimentaria cama.

Vino el cuarto día. El cuarto día de ayuno. El sol brillaba y ayudaba a la evaporación de las aguas de las quebradas. ¡Vana esperanza! Los seis barreteros ya no habían regresado. La inmovilidad me ahorraba energías y calorías, pero no las suficientes como para un día más de ayuno. Levantaba la cabeza de mi almohada y me emborrachaba.

El quinto día fue uno de los más gloriosos de mi existencia. Francisco había salido a camppear detrás del roquerío del cual me había caído, y había encontrado una choza abandonada, al parecer recientemente, en donde habían dejado un montón de tiras de charqui, o más bien, de carne aún no seca y que en cinco días más sería charqui.

Ingerimos una gran cantidad de esta carne que luego vomitamos. Acosados por el hambre volvimos a comer. Esta vez nuestro estómago resistió.

La carne es el alimento ideal. Teníamos charqui como para dos semanas. En todo ese tiempo ya habrían recibido noticias de nuestro estado en Santiago, y no tardarían en enviarnos el "Steamson". Ya el hambre, la peor tortura que puede sufrir un hombre, había pasado.

Al día siguiente, Francisco, más animado por el estómago lleno, efectuó una cura provisoria en mis piernas, guiado por mí. Me las tiró a todo lo que le daban sus fuerzas, para luego entablillármelas con las tablas de un cajón de dinamita que amarró a mis piernas con un cordel.

Pasaron los días. El tiempo era excelente. Y ni el avión, ni los burros, ni los siete que nos habían dejado, aparecían. Nuestro tema de conversación giraba siempre en torno de estos posibles salvadores.

—¿Qué les habrá pasado a los seis que mandé a excursionar?

—Esos se fueron al Quebrancho o quizás pa'onde —me respondía Francisco.

—¿Y los burros?

—Esos, o se ahogaron, o están aislados en algún lugar, o están en Quebrancho.

—¿Y Mefistófeles?

—Ese ¡quién sabe! Solo, le debe haber sido difícil llegar a alguna parte.

—Es raro —decía yo— tanto que insultaba a los demás por habernos abandonado, y después nos deja él.

—Así son los hombres —me predicaba el minero—. Al fin y al cabo se trataba de la vida.

—Pero tú no te has ido a tantear suerte como los otros, y se trata de la vida.

—¿Y cómo lo voy a dejar a usted, patrón? Con las piernas rotas ahí, no patrón. Eso sí que no sería humano.

—Pero a lo mejor si no hubieras encontrado el charqui no habrías aguantado y te habrías ido.

—Quizás, pus patrón. ¡Quién sabe!

Y así. Sólo hablábamos de los burros, de Mefistófeles, del avión y de los otros seis.

Al décimoprimer día (contando desde el que nos quedamos sin comida, el mismo en que me accidenté), llegó el avión.

Venían el piloto y el ingeniero, este último primo mío y a quien debía el estar en esa tan “magnífica pega”. Nos dieron comida fresca y cigarrillos. Comiendo y fumando les contamos todo. Ese mismo día me llevarían a Santiago, pero antes fueron a echarle un vistazo a la mina.

Quedamos solos y felices, Francisco y yo en la choza.

Mientras fumaba mi tercer cigarrillo volví, ahora con menos desgano y no como hablando de una esperanza, a conversarle a mi compañero de la suerte de los demás. Sus respuestas fueron las mismas salvo una que cambió radicalmente, pasando

del ¡quién sabe! y la respuesta interrogativa, a la verdad.

—¿Que les habrá pasado a los seis que nos dejaron fregados aquí?

—Esos gallos están en Quebrancho o qué sé yo —me respondió Francisco aspirando el humo de su cigarrillo.

—¿Y qué le habrá pasado a Mefistófeles?

—¿Mefistófeles? ¿Ve esa tira? —me dijo señalándome con su índice la delgada y última tira de charqui seco y negro.

—Sí.

—Bueno, ese es el único trozo que no nos hemos comido de Mefistófeles.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Aquello

SIN DUDA ALGUNA uno de los capítulos de mi vida de adolescente que más risueñamente recuerdo es aquella aventura que pasé junto con Alfonso Ch. durante el verano de 1950.

Alfonso era el hombre de las ideas. ¡Tenía cada idea este bárbaro! De esto hace ya bastantes años. Formábamos un grupo de muchachos cierta especie de club cuya consigna era “vivir”. En esa palabra reuníamos todos nuestros anhelos. Queríamos vivir intensamente, probarlo todo, sentir toda suerte de emociones.

No puedo dejar de sonreír al recordar todo esto. En una de nuestras reuniones, Alfonso propuso que fuésemos a cazar pumas a la cordillera. Fuimos. A pesar de que Pepe, un muchacho delgado y nervioso, al escuchar este proyecto afirmó enfáticamente que eso no era vivir sino “morir”. Luego agregó que a él particularmente no le impor-

taba morir, pero que ser devorado por un "león" era, al fin y al cabo, un destino cruel e inmerecido.

Pues bien, entremos ahora al hecho que relataré. Acababa de cursar el quinto año de humanidades. Una vez terminadas las clases y rendidos los exámenes, por supuesto, dejamos el número máximo posible para marzo, Alfonso tuvo una de sus ideas, y me la comunicó. Consistía en que yo lo acompañase a una playa a pasar un par de semanas, pero sin llevar un cobre. Nos iríamos de pavos en el tren y nos devolveríamos en igual forma. En la playa, para comer y dormir nos arreglaríamos de cualquier modo. Robaríamos gallinas, pescaríamos y hasta cogotearíamos.

Yo encontré la idea estupenda. "Justo lo que nos estaba haciendo falta". Al igual que Alfonso detestaba el burgués y aburrido veraneo familiar de todos los años.

En mi casa dije que la familia de Alfonso me había invitado a pasar unas semanas en su casa de campo. Alfonso dijo exactamente lo mismo en su hogar. Ignoro qué hubiera pasado si ambas familias se hubiesen encontrado en la calle, mientras nosotros veraneábamos.

El día de la partida nos encontramos en la estación. Esta estaba repleta de viajeros, en su mayoría veraneantes. No llevábamos maletas. Yo tenía repartido en mis bolsillos una serie de pañuelos, calcetines, y una escobilla de dientes (al parecer había encontrado completamente natural el ir a veranear con una sola camisa, la que llevaba pues-

ta). Y Alfonso, aparte de su pañuelo, iba con sus bolsillos absolutamente vacíos.

Empezamos a caminar al lado del tren mirándolo de reojo. De pronto Alfonso se detuvo e indicándome un carro de carga, me dijo:

—¿Qué te parece ese furgón cargado de paja?

—¡Pésimo, hombre! Eso está lleno de arañas.

Proseguimos el lento paseo al lado del ferrocarril.

—Y dónde diablos nos vamos a meter entonces —exclamó mi amigo, cuyo arrojo estaba flaqueando.

—En un carro de primera.

Alfonso me miró con desconfianza y me preguntó:

—¿Te estás volviendo loco?

—Comodidad ante todo, hombre de Dios.

—¿Y cuándo pase el tipo que pide los boletos?

Ese argumento era incontestable.

Alfonso volvió a detenerse tomándome de un brazo para que hiciera otro tanto. Y me indicó un vagón de carga de esos cerrados, que se encontraba vacío. Era uno de esos furgones que se usan para transportar animales. Y me dijo:

—Bueno gallo, yo me meto aquí.

Y sin agregar más, con singular audacia, abrió un poco una de las enormes puertas correderas (no sin llamar la atención de un buen número de personas) y se introdujo en el carro. Luego, desde adentro, volvió a cerrar la puerta. En la parte superior del furgón las tablas laterales estaban sepa-

radas unas de otras dejando un espacio de más o menos diez centímetros entre cada una. A través de esas ranuras vi el rostro de mi amigo.

—Bon voyage —le grité.

—Au revoir —me respondió divertido.

Yo caminé un poco más y me introduje en uno de los coches de primera.

Al rato el tren partió. Ya la suerte estaba echada.

Cómodamente sentado, con una tranquilidad de la cual hoy me asombro, miraba el incendiario cabello de una niña sentada delante mío. Seguramente la joven sintió mi punzante mirada, pues dio vuelta la cabeza y me miró, cosa que aproveché para cerrarle un ojo. Ella volvió violentamente la cabeza.

A mi lado iba instalada una mujer bastante generosa en carnes. Al parecer no se trataba de un ser comunicativo. Sentada allí fijaba la vista en un mosquito que le picaba el brazo, mientras levantaba lentamente la otra mano hasta ponerla al alcance del insecto y entonces le lanzaba un manotón que habría hecho tambalear a un buey. Luego se quedaba contemplando el cadáver con tranquila satisfacción, pues no erraba jamás a su mosquito. Su tiro era siempre mortal. Nunca retiraba los cadáveres sino que los dejaba allí como cebo. Sentado junto a aquella horrible mujer vi matar a cuarenta o cincuenta mosquitos. ¡Pobrecitos, qué destino!

De pronto, desde el fondo del carro se dejó escuchar una voz:

—Boletos, señores. Sus boletos, por favor.

Aquello me tomó desprevenido. En verdad nada tenía planeado para aquel acontecimiento fatal. Rápidamente, el que yo creía en esos tiempos macizo diamante de mi intelecto comenzó a tratar de encontrar alguna improvisación genial para sacarme de semejante situación. Así fue cómo me levanté, anduve seis pasos y me encerré en el retrete del vagón. Una vez que corrí el picaporte de la puerta me dije con firmeza: “La guardia muere, pero no se rinde”, etc... Frase que en ocasiones semejantes siempre me levantaba el ánimo.

Y allí me quedé, de pie, con las manos en los bolsillos, contemplando melancólicamente el paisaje. No pasó mucho tiempo sin que golpearan a la puerta. Un puño daba en ella de una manera que yo calificaría de enérgica. Yo guardaba silencio. Los golpes se repitieron ahora con bastante violencia, y lo que es peor, acompañados por la frase:

—Su boleto, señor.

Yo, mudo, conteniendo la respiración, trataba de no dar señales de vida.

“Aquí sí que va a arder Troya” —pensé.

A todo esto, Alfonso, sentado en un montón de paja en su furgón, admiraba el paisaje y la “pana” de que estábamos haciendo gala. (Esto y lo que sigue, según lo que me relató él).

Estaba en lo mejor, cuando el tren empezó a aminorar la marcha y se detuvo en una estación. Entonces sucedió “aquello”. De pronto escuchó la

sonajera que producían las puertas correderas de su vagón al ser abiertas violentamente. Y, ante los desmesurados ojos de mi amigo y los desmesurados ojos de las vacas, el carro se repletó de ellas.

Sí. De vacas. Tal como suena. El carro se llenó de vacas. El interior del furgón, en un instante, se convirtió en una sola nube de polvo y vacas. Reinaba un ruido atronador de mujidos y pisadas. Una verdadera vorágine. El vagón, rápidamente se llenó de animales y las puertas, también rápidamente, se cerraron detrás de ellos.

Demás está decir que Alfonso se quedó adentro.

El carro estaba apiñado de vacas y Alfonso montado en una de ellas, mejor dicho tendido, pues el furgón no era lo suficientemente alto.

Mi desdichado amigo comprendió que no resistiría mucho en semejante posición. Se caería y los animales lo aplastarían.

Llegó a la alarmante conclusión de que tenía que bajarse de ese carro antes de que el tren partiera si quería seguir viviendo. ¿Cómo? Contempló las ranuras que quedaban entre las tablas de la muralla del carro. Gritaría por una de ellas.

Fue saltando de vaca en vaca, con gran esfuerzo. Varias veces estuvo a punto de caer. Como el coche no era muy alto, al pasar de un animal a otro, se pegaba en el techo. Al fin llegó a la pared del carro, y la emprendió a grito pelado a través de una de las rendijas de las tablas.

Fue escuchado.

Las puertas se corrieron y las vacas se desplaza-

ron en tropel hacia afuera. Salieron todas corriendo. Y Alfonso montado en una de ellas, la cual salió media espantada y se lanzó al galope y corcoveando por la estación. Alfonso se equilibraba como podía sobre el lomo del animal.

Cuando yo escuché aquello de "su boleto, señor", fui presa de algo que se podría calificar de "ataque surtido". Pero me sobrepuse y me mantuve en religioso silencio. No volvieron a insistir. El tiempo transcurría y el tren continuaba su marcha. Al rato se detuvo en una estación. Me decidí. Me bajaría. Abrí la puerta. Ante mí vi a un grupo de gente que se amontonaba para bajar. Me mezclé con ellos y descendí sin novedad.

No bien anduve tres pasos cuando escuché un gran alboroto. Todos gritaban y se retiraban asustados y rápidamente de la solera de la estación. Entonces lo vi. Lo vi. Vi a Alfonso montado sobre una enorme vaca bermeja que se acercaba galopando desenfrenadamente levantando una gran polvareda y produciendo un estrépito de proporciones. Parecía un domador del Far West.

Quedé atónito. Paralizado. ¿Qué habría pasado? Ideas descabelladas desfilaron por mi mente. Pensé que Alfonso habría sentido miedo y se había bajado del carro de carga decidiendo hacer el viaje en vaca.

La bestia con el hombre encima pasó como un ciclón por mi lado. A cortos intervalos Alfonso volaba por los aires y volvía a caer sobre el duro lomo del desafortunado animal. El vacuno saltó una

alambrada que separaba la estación de un campo de zarzamora, y desapareció en el matorral. A pequeños intermedios se veía aparecer y desaparecer la figura de Alfonso, debido a los saltos que le hacía dar la bestia. Hasta que de pronto no se le vio aparecer más.

Me repuse un poco de la sorpresa, salté la alambrada y corrí en busca de mi amigo.

Allí lo encontré, sacudiéndose el polvo de la ropa mientras blasfemaba como un hereje.

—Mira gallo, mira —me decía mostrándome un siete de más de treinta centímetros que tenía en lugar menos poético de su pantalón.

Nos encaminamos lentamente a la estación. Alfonso caminaba adelante, con las piernas arqueadas y a pasos cortitos. Yo iba detrás de él, lo más cerca posible para disimular su accidentado pantalón.

—¿No tienes un alfiler?

—No.

Pasamos la alambrada y nos sentamos en uno de los bancos de la estación. Después de un silencio bastante largo fui yo el primero en hablar.

—¿Y? Cuenta. ¿Qué diantres te pasó? ¿Cómo se te fue a ocurrir montarte en una vaca salvaje?

—¿Y tú crees que me monté por mi propia voluntad?

—Me vas a decir que la vaca se te puso por abajo.

—No exactamente; pero si yo no la montaba la vaca se me ponía por arriba.

Y allí nos quedamos en silencio después de este breve cambio de ideas. Contemplábamos con ojos desolados el paisaje. Hasta que exhalando un suspiro exclamé:

—Bien, bien, bien, bien... Tú que fuiste el creador de esta brillantísima idea, tienes que ingeniártelas para que salgamos de aquí. ¿O piensas quedarte para siempre?

—No es feo el lugar.

—¿Qué te parece si llamamos un taxi y lo pagamos en casa? Claro que si prefieres volver en una vaca, allá tú, pero esta vez elige una que no esté rabiosa.

—Llamemos el taxi.

—Me alegro que optaras por lo práctico. Será muy deportivo el andar en vacas, pero el pellejo es el pellejo.

Y de este modo terminaron nuestros proyectos de vacaciones. Tuvimos que conformarnos con ir a veranear burguesamente con nuestras respectivas familias. Pero ambos estuvimos de acuerdo en que "aquello" fue inolvidable.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Nueve días con Mauricio

LA IMPORTANCIA de una carrera de cien metros es relativa. Algunos, incluso, dudan si la palabra "importancia" deba emplearse en semejante asunto. Todo depende del sujeto. Si se trata del espectador, del entrenador o del atleta.

Mientras uno se entrena, tanto en la pista como en el gimnasio, la cosa es un deporte. Pero cuando llega el día del campeonato, en el instante de la partida, cuando se está solo, clavando los tacos al lado de cinco rivales, el asunto ya no es un deporte ni nada que se le parezca. Es un combate. Una batalla en la que se está dispuesto a todo, menos a dejarse ganar. Aquí no es lo mismo que en el fútbol o en el balón-cesto. Esta vez no se está acompañado formando el equipo. En la partida de los cien metros se está solo. Se acaban las sonrisas. Las miradas son hurañas y primitivas. Son seis enemigos los que se alinean de pie, con la cabeza gacha, seis metros detrás de los tacos, esperando el

metálico y cruel “a sus marcas” del frío juez de partida. Una vez recibida la orden se camina lentamente, mirando el suelo, concentrado, hacia los tacos. Siempre con movimientos despaciosos uno, junto con los otros cinco, se coloca en ellos, hincado con la rodilla derecha en el suelo. La nerviosidad llega a su clímax. ¡Qué espera el imbécil del juez para terminar de una vez con las órdenes!

—Listos...

A esta voz se levanta la rodilla derecha del suelo al mismo tiempo que se llenan los pulmones de aire, ambas piernas semidobladas y en tensión. La cabeza levantada, los ojos en la meta. Los seis atletas semejan seis panteras agazapadas. La posición es incómoda y molesta, pero, al mismo tiempo, la ideal para salir disparado hacia adelante.

Entre el “listos” y el disparo hay cuatro segundos. Estos se calculan en forma automática, sin contarlos, y se parte. Algunos no hacen cálculo, sino que esperan el tiro y parten al escuchar este último mandato. Otros sacan mal la cuenta y parten antes. Entonces uno se siente enfermo de nervios y rabia. ¡El desgraciado! Todo de nuevo. Solamente se puede hacer una partida falsa. A la segunda el culpable queda descalificado. En esas ocasiones se siente un ligero y morboso alivio, ¡unos menos!

Después del disparo se ignora todo. La vida intelectual y la vida afectiva cesan por completo. Se acaban los pensamientos y las emociones. Sólo la acción prima y domina. Correr, correr a todo lo que se da desde el principio hasta el fin.

En la meta, a penas se cruza la blanca raya de la pista, o se corta con el pecho la lienza, uno recobra todas las cualidades. Se vuelve a ser una persona civilizada. Ha terminado la lucha. Ahora se puede seguir siendo deportista. Se sonríe. Se felicita con sinceridad. Se relajan los músculos y los nervios. Ya todo ha pasado. Fue terrible, espantoso. Pero en menos de cinco minutos se está deseando participar de nuevo. Volver a sentir todo aquello otra vez.

Es que esos estados de emoción y hasta de angustia atraen a algunas personas. ¿Por qué? Las emociones y aún el peligro son verdaderos imanes para estos seres. El que los prueba una vez seguirá viviendo para volver a pasar por aquellos momentos de inolvidable emoción, en que se vive intensamente.

Uno de esos tipos verdaderamente enamorados del peligro era Mauricio.

Lo conocí en el internado X... Cursábamos el cuarto año de Humanidades y éramos compañeros de curso y de dormitorio. En esta época del internado nos tratamos como simples camaradas, sin intimar, ni sospechar que el destino nos haría grandes amigos en el futuro.

Nuestro curso se componía de cuarenta y cinco alumnos. Todas las clases sociales tenían aquí sus representantes, siendo los de la "clase trabajadora" los que tenían mayoría, pues se trataba de un establecimiento fiscal. Casi creo que podría decir que Mauricio era el único representante de la cla-

se alta en nuestra sala. Y, por consiguiente, debido a esto no lo pasaba muy bien. Físicamente era de estatura mediana, ojos café y con un abundante cabello castaño liso que peinaba hacia atrás.

Como ya dije, Mauricio no estaba en su elemento en ese internado. Era molestado con frecuencia por los envidiosos, que a menudo se sobrepasaban. La última broma que le hicieron llegó al colmo. Estábamos en la tarde después de clases, todos en la sala, menos él. De pronto entró Mauricio, con su acostumbrada manera de caminar zapateando fuertemente el piso. Uno le dijo una pulla. Todos nos reímos, pues el chiste fue gracioso. Mauricio enojado nos espetó:

—Le saco la madre a todos los que se rieron.

Sin ponerse de acuerdo, cinco o seis se le fueron encima. Lucharon con él, mitad en serio, mitad en broma, hasta que lo inmovilizaron en el suelo.

—Los botones —exclamó uno.

Al grito de “los botones” varios sacaron cortaplumas y gilletes y procedieron (en esto consistía la broma) a cortarles todos los botones de la ropa. Pantalones, camisa, chaqueta y calzoncillos. No le quedó uno solo. En seguida lo soltaron. Mauricio estaba congestionado de rabia.

—Maricones, ésta me la pagan como que hay Dios —exclamó saliendo de la sala.

Nunca había visto a alguien tan ofendido y furioso. No bien abandonó la pieza tocaron para estudio. La habitual hora de estudio de las seis de

la tarde. Nos cuidaba durante este espacio de tiempo el inspector jefe, señor Andrade, un caballero de más de sesenta años, de modos y costumbres muy a la antigua.

El señor Andrade comenzó el estudio, como siempre, pasando lista. El único que faltaba era Mauricio. Refiriéndose a éste, nuestro inspector dijo:

—Y este joven, ¿está enfermo?

No bien preguntó esto, cuando se abrió la puerta de golpe y con estrépito y un potente chorro de agua comenzó a regar a los alumnos.

Jamás olvidaré esto. Allí estaba Mauricio, parado en el umbral de la puerta, sosteniendo en sus manos la gruesa manguera de incendios del internado, que había conectado al grifo más cercano. Nuestro viejo inspector recibió un chorro de lleno que lo hizo rodar por el suelo. Uno por uno éramos bañados. Los que trataban de saltar sobre Mauricio eran botados al suelo por el poderoso chorro de agua helada. Los cuadernos, lápices y papeles, junto con los tinteros, volaban de la cubierta de los bancos, impulsados por la fuerza del líquido. Yo que me encontraba en el fondo de la sala recibí un chisguete en el estómago que me cortó la respiración a la par que, desde luego, me empapó de pies a cabeza. Todos nos amontonamos en el rincón izquierdo del fondo de la sala. El más lejano a la puerta. Pésima maniobra. Ahí, amontonados y apretados fuimos manguereados sin compasión durante cinco largos minutos. Al vernos

retroceder hacia el rincón mentado, Mauricio avanzó y a menos de diez metros de nosotros nos mojaba con los efectos consiguientes. El agua nos daba con tanta violencia que casi no podíamos gritar. Los que más sufrían eran los que estaban delante, pues la potencia del grueso chisguete era enorme.

De pronto el agua se cortó. Sin duda alguien, uno de los mozos probablemente, se dio cuenta de lo que estaba pasando, o mejor dicho "vio" lo que sucedía en el cuarto año C, y cortó el agua.

El intenso e inesperado baño nos había agotado en tal forma que nadie persiguió a Mauricio cuando, no bien se cortó el agua, soltó la manguera y arrancó a toda la velocidad de sus piernas.

No volví a ver a Mauricio en el internado, pues lo expulsaron.

Recuerdo el espectáculo que presentamos al salir de la sala. Afuera, en el patio, estaba casi medio colegio mirando y riéndose de nuestras fachas. Todos, desde el inspector hasta el último alumno, completamente empapados. Con las ropas negras de tanta agua. Los rostros pálidos de frío, y el pelo chorreando y lacio sobre las caras.

* * *

Tres años más tarde nos encontramos en una casa de deportes. Ambos preguntábamos por una carpa. El me vio primero. Sentí que alguien golpeaba suavemente mi hombro.

—Hola, hombre —dijo ofreciéndome su diestra.

Aparte de verse más ancho de espaldas y tostado por el sol, no había cambiado mucho.

—Mauricio, ¿cómo te va?

—Aquí estamos.

—¿Siempre tan bueno para el agua?

Nos reímos.

Le conté que andaba buscando una carpa, pues pensaba realizar con otros dos amigos una excursión de largo aliento.

—Ya veo. Yo también ando tras una carpa. Voy a ir a cazar.

—¿A qué?

—Me voy de caza. Caza mayor. Pumas. En el norte. En la cordillera. Son más grandes que los del sur y más agresivos. Ven a mi casa. Te voy a mostrar mi rifle. Mira telescópica. Lo más formidable que hay.

De la misma manera como un degenerado corrompe a un joven sano, pero con predisposición al vicio, me convenció Mauricio. En ningún instante me dijo: ¿no te gustaría? o... en fin. No. Fue mucho más sutil. Aunque hablando con franqueza lo que me perdió fue la vista del rifle. Un Winchester semiautomático de repetición, con una espléndida mira telescópica.

La carpa la compró él. Yo adquirí un rifle del mismo tipo y calibre que el de Mauricio. El precio del arma era bajo debido a su poca demanda, pues el calibre es grande y solamente sirve para caza mayor, deporte que casi no se practica. Y en

verdad los pumas con que me amenazaba Mauricio no estaban precisamente al alcance de la mano.

Un tercero compltearía la partida. Se trataba de un estudiante de pedagogía en biología que Mauricio me presentó como Pepe.

Nos trasladamos en avión hasta Copiapó. De allí en un camión minero a un pueblo cordillerano, de donde continuamos a pie internándonos cordillera adentro.

El único contratiempo lo tuvimos en Copiapó. Había allí un circo. Uno de esos circos pobres cuyos componentes son por lo general una familia y dos o tres allegados. Fuimos, la noche que pasamos en esa ciudad, al dicho espectáculo. Todo iba bien. La representación era aburrida, aunque no dejaba de ser pintoresca. Después de un número que pretendía ser acrobático anunciaron a "El Toro". Y salió a la pista un gigantón enmascarado con el pecho desnudo. El empresario y dueño del circo habló desafiando a cualquiera persona del público que quisiera batirse, ya fuera en lucha libre ó box, con "El Toro". Antes de que Pepe y yo pudiéramos hacer algo se levantó Mauricio con un brazo estirado hacia arriba. Lo acompañamos a la pista tratando de hacerlo desistir, pero no hubo caso. La pelea era un hecho. Mauricio, visiblemente nervioso, se sacó la chaqueta y la camisa y nos las entregó. En seguida, mirando al cirquero, le gritó:

—Lucha libre.

El "ya" del empresario reemplazó al gong.

—Adiós —le dije mentalmente a Mauricio.

A pesar de tratarse de una lucha libre en la cual, como su nombre lo indica, todo está permitido, ambos contendores se enfrentaron con las manos empuñadas y los brazos dispuestos en la clásica “guardia” con que se sale a boxear. Al principio la pelea no fue muy espectacular. Ambos boxeaban mal, pero “El Toro”, por lo menos quince kilos más pesado que nuestro pobre Mauricio, llevaba la mejor parte. Los dos se propinaban golpes cortos que poco afectaban al representante del circo, pero bastante a Mauricio, el cual al minuto estaba ya algo mareado. Aquí no había round ni nada que se le parezca. Se peleaba y “el que ganaba, ganaba” y la pelea “duraba lo que duraba” ¡Y no hay más!

De repente se produjo un clinch que nadie, por supuesto, separó. Ambos estaban abrazados. Mientras “El Toro” con golpes seguidos y cortitos castigaba la espalda de Mauricio, éste, desesperado, tomó con sus manos la máscara de su rival, que era una especie de saco negro que le llegaba al cuello, con dos pequeñas aberturas a la altura de los ojos, y se la dio vuelta. Los orificios que permitían la visión quedaron sobre la nuca. “El Toro” se soltó terminando el clinch, y se llevó las manos a la máscara para sacársela o darla vuelta a su lugar primitivo. Pero Mauricio la emprendió a patadas con él. Era una verdadera lluvia de patadas y puñetes los que descargaba nuestro amigo sobre su rival que cegado se tambaleaba sin poder sacarse el capu-

chón que le cubría la cabeza y le tapaba los ojos. A pesar de que Mauricio ponía toda su fuerza —toda su alma como relata él mismo— en las patadas, no lograba abatir al Toro, que le hacía honor a su nombre.

El dueño del circo, siendo por esto muy pifiado, contuvo a Mauricio y, mientras “El Toro” seguía tambaleándose como un borracho, levantó la mano de nuestro compañero.

* * *

Al día siguiente nos subíamos a la carrocerría de un camión semicargado, con rumbo a la cordillera, hacia un pueblo cuyo nombre ya no recuerdo, pero que Pepe denominó “Pacha Pulai”.

* * *

Después de dos jornadas de caminar sin novedad, llegamos, según los datos que nos habían dado en el pueblo, al lugar que rondaban los leones. Allí decidimos quedarnos. Ese sería nuestro último campamento.

El dato era exacto, pues esa noche —y debo confesar que espantado— escuché los primeros rugidos. Mauricio se incorporó.

—¿Oyeron? —preguntó.

—¡Buena! —exclamó Pepe— ¿Oyeron? Casi me dejó sordo. Ese bicho anda cerca.

—Lo mejor es hacer una fogata —propuse yo asustado.

Pepe se levantó. Salió de la carpa exclamando:

—¡Una hoguera!

Al rato las llamas iluminaron nuestros rostros. Los rugidos se hicieron más frecuentes aunque no más cercanos.

—Parece que son dos —dijo Mauricio.

—Mañana mismo nos vamos —soltó Pepe en forma terminante, recogiendo leña para el fuego.

—Te vas solo —le replicó Mauricio.

—Figúrate si nos asaltan mientras dormimos —dije.

—Con la fogata no creo.

—Duerman —nos propuso Pepe—. Yo me quedo alimentando el fuego.

Y dicho esto se acercó a las mochilas, tomó su rifle y le sacó la funda. Luego lo cargó y pasó una bala al cañón. El metálico sonido de esta manobra despertó mi entusiasmo de cazador.

—También podríamos salir a campearlos —propuse.

—No —dijo Mauricio— durmamos. Acuérdate que estos animales ven de noche mucho mejor que nosotros. Además tienen mucho mejor olfato y oído que el hombre. La caza nocturna sin luna llena no es posible, sobre todo tratándose de gatos.

—¡De gatos! —exclamó Pepe—. ¿Crees que estaría aquí parado, muerto de frío y fusil en mano si fueran gatos?

No volvimos a conversar. Antes de quedarme dormido vi a Pepe colocar nuestros fusiles al alcance de nuestras respectivas manos.

Al amanecer fuimos despertados por nuestro vigilante compañero que, con una mano ahuecada delante de la boca imitaba el toque del clarín militar. Encendimos el anafe. Los rugidos ya no se escuchaban. Después de desayunarse, Pepe, ante nuestra contrariedad, se metió a la carpa y antes de un minuto comenzó a roncar ruidosamente.

Después de medio día —cuando nuestro compañero despertó— salimos a camppear sin alejarnos mucho de la carpa. No sentíamos asomo de intranquilidad mientras caminábamos en silencio, saboreando a fondo aquel placer, uno al lado del otro. Fusil al hombro. Con los oídos y los ojos alertos. El día estaba fresco, estimulante. Nos sentíamos llenos de energía y entusiasmo. Es que presentíamos que el peligro estaba aún lejos. Era el mismo entusiasmo deportivo de los entrenamientos. Pero cuando llegaba la prueba...

A eso de las seis de la tarde, estando en el campamento tomando café alrededor del anafe, escuchamos, con los pelos de punta, los rugidos. Los mismos de la noche pasada, pero ahora mucho más cercanos.

—¡Ayayay! —exclamó Pepe sin el menor asomo de humor.

—Ahora sí —dijo Mauricio poniéndose de pie y tomando su fusil.

Apagué el anafe. Tomé mi rifle, lo cargué, y puse en uno de los bolsillos de mi chaqueta de cuero dos cargadores de reserva.

Pepe, sumamente pálido, hacía otro tanto.

—Si no los pillamos —nos advirtió Mauricio, supongo que para animarnos— esta noche los tendremos en el campamento.

Ante la perspectiva de ser despedazados a media noche, Pepe exclamó:

—¡Andando!

Comenzamos a caminar, lentamente, pues el cansancio altera el pulso, dirigiéndonos al lugar de donde, suponíamos, venían los rugidos. La emoción era mayor ahora que escuchábamos los gruñidos de las alimañas. Ya no se trataba de esa ligera agitación del ánimo que entusiasma, sino de algo mucho más violento, que estaba bien lejos de producir fogosidad.

“¿Qué diantre estamos haciendo aquí?” —me preguntaba furioso conmigo mismo. Los rugidos parecían cada vez más cercanos. Una vez que me metí a boxear, estando en mi rincón esperando la campana que anunciaba el primer round, me hice, asustado y nervioso, la misma pregunta. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Qué miércoles estoy haciendo aquí! ¡Por qué no estoy sentado cómodamente en mi casa escuchando música de Chopin!

Es muy diferente oír un rugido en el zoológico que entre los cerros, en medio del silencio, con la noche a pocas horas, y, lo que es peor aún, acercándose a ellos. Aproximándose voluntaria y deliberadamente. Violentando la terrible fuerza del instinto, que, ciego, incita a correr.

“Nunca más” —pensaba— recordando que lo mismo me había dicho al boxear, y sin embargo, había

vuelto a las andadas, pues tres veces más subí al ring. Pero ahora —me repetía a mí mismo—. “grábate bien lo que estás sintiendo en estos instantes. Jamás te vas a volver a encontrar en algo semejante. Jamás”.

—Miren —gritó Pepe con sordina, mostrando una bandada de aves de rapiña que volaban en círculos sobre, seguramente, un animal muerto que nosotros no veíamos.

—Vamos para allá —propuso Mauricio.

El lugar no estaba tan cerca como parecía. Antes había que escalar una pequeña loma semicubierta de rocas. Pepe, que marchaba adelante, no bien llegó a la cumbre se agachó y nos hizo señas para que avanzáramos en silencio, mientras se quitaba el fusil de la espalda. Cuatro pasos más y me encontré arriba, mirando ansioso. Tragué penosamente saliva ante el espectáculo. Tres leones devoraban un guanaco o algo parecido a menos de cien metros de nosotros. Nos encontrábamos sobre la loma de un cerro y las alimañas en una especie de explanada, al pie del mismo, veinte metros más abajo y a unos ochenta metros de distancia de nuestra ubicación. Sentí en lo más profundo deseos de irme de allí inmediatamente y lo más silencioso posible para que los pumas no se dieran cuenta.

Quedé tendido entre dos piedras con el fusil a la cara, listo para disparar. La vista de mi arma me tranquilizaba un poco. Su frío metal negro, la longitud del cañón, el suave olor a grasa y todos sus otros detalles, me daban una sensación de segu-

ridad. Al lado mío, a unos cuatro metros, Pepe yacía en igual actitud. Y más allá, quedando Pepe en el medio, se tendió Mauricio.

—En el mismo orden —murmuró este último con voz ligeramente afónica debido a la emoción.—Yo el de la izquierda, Pepe el del medio y tú el otro.

La única protección entre nosotros y las fieras eran los Winchesters. Hubiera deseado que mi rifle tuviera el porte de un cañón de artillería.

Le quité el seguro al fusil y apunté a mi león. Ubiqué la cruz de la mira en el pecho del animal, tras sus patas delanteras. Respiré profundamente varias veces, pues la mira tiritaba. En eso sentí un estampido a mi lado. Inmediatamente apreté el gatillo. Recibí un fuerte culatazo. El león se estremeció. Le disparé otra bala. Echó a correr. Le vuelvo a disparar. Se alejaba. A pesar de estar concentrado en lo que hacía, escuchaba los disparos de mis compañeros, aunque no veía nada, salvo mi animal al que seguía con la mira en su carrera. Le disparé las dos últimas balas, una tras la otra. Cayó al suelo. Se revolcó cortamente y quedó quieto.

—¡Guarda! —escucho que grita Pepe. Levanto la vista de la mira y veo a Pepe saltar sobre mí (que me encontraba tendido, como ya dije, entre dos piedras grandes) y correr cerro abajo como un gamo, por el mismo lado en que habíamos subido. ¡Dios mío! Traté de incorporarme y vi, al hacerlo, a un puma enorme con el lomo ensangrentado, a menos de cinco metros, que corría hecho un celaje hacia mí. Quedé paralizado. Traté de co-

rrer el cargador, pero estaba agarrotado. El león saltó por encima mío —pues no me vio a tiempo— en persecución de Pepe, dejando gotas de sangre sobre mi chaqueta. De un salto estuve de pie dispuesto a correr. En ese mismo segundo Mauricio, de pie, disparaba tres balazos corriendo el pasador con una rapidez tal que las tres detonaciones se distanciaron por fracciones de segundo. El león cayó dando vueltas con las patas totalmente estiradas y tiesas. Diez metros más abajo Pepe, que había caído, también rodaba.

Cuando el animal me saltó corrió seis metros y frenó, vacilando entre Pepe y yo. Aún no se detenía por completo en el instante que recibió las tres balas de Mauricio.

Los tres leones estaban muertos. Mauricio apenas contenía su sonrisa de euforia mientras corría, ahora lentamente, el pasador de balas de su Winchester. Un suave y agradable olorcillo a pólvora flotaba en el aire. Recogí el fusil de Pepe. Lo había abandonado en su precipitada huida. Mauricio se colocó a mi lado y juntos miramos sonriendo a Pepe que subía apurado, y mascullando toda clase de maldiciones. Cuando estuvo a nuestro lado pregunté:

—¿Bueno, qué fue lo que pasó?

—No tengo idea —me informó Mauricio—. Yo fui el primero en disparar. De dos balazos liquidé al que me tocaba. Levanté la cabeza y veo pasar un puma, el más grande de todos parece, hecho un rayo por mi lado.

—Mira —dijo Pepe— yo no podía apuntarle bien al mío. Sentí los disparos de ustedes y más nervioso me puse. Le disparé al que me tocaba y en menos de dos segundos estaba, furioso y herido (pues le di), casi encima mío. Aquí fue cuando arranqué.

—Yo —continuó Mauricio— al ver pasar el puma ése por mi lado me levanté, apunté y disparé los tres tiros que me quedaban en el fusil. Menos mal que le di, pues apunté sumamente rápido.

Pepe, tiritando, encendió un cigarrillo. A ratos se escuchaban lejanos rugidos. Seguramente ellos percibían con sus aguzados olfatos, olores del guanaco muerto. Comenzaba a hacerse de noche, y el frío se dejaba sentir. Ante nuestra admiración Mauricio decidió ir a buscar los dos animales muertos de abajo. Pepe y yo cargamos nuestras armas y nos tendimos en los lugares anteriores para cubrir a nuestro amigo. Ya casi la penumbra era completa, y nuestro intrépido compañero se confundía a veces con las matas y montículos.

Una vez en el campamento colocamos los tres animales en un montón al lado de la carpa. Encendimos una fogata, y nos acostamos. Dormimos como lirones.

A la mañana siguiente descueramos los pumas. Pepe, estudiante de biología, entendía en la materia. Dijo que de buena gana se llevaría un animal entero para embalsamarlo, pero no se decidió. El cuero mío tenía cuatro agujeros. O sea, que había errado un tiro. Seguramente el tercero. Sin du-

da uno de los dos últimos le dio en un órgano vital.

Empacamos e iniciamos el regreso, a pesar de los reclamos de Mauricio que pretendía quedarse “por lo menos una semana” en aquel hervidero de ali-mañas.

Nada más agradable cuando ya lejos de leones, en nuestro último campamento de vuelta, encen-día mi pipa y conversábamos sobre nuestras aven-turas.

Ya viajando a Santiago, en el avión, Mauricio me propuso volver en un par de meses, en las va-caciones de invierno.

—Formidable —le dije entusiasmado— además las pieles están mejor en invierno. ¿Qué te parece? —le pregunté a Pepe.

—En las vacaciones mentadas —dijo con flema— pienso comprarme una buena colección de novelas y “leerlas”. También iré al cine. ¡Sabe que está buena!

Pero un mes después Pepe llegó de visita a mi casa.

—Oye —me dijo— tengo el rifle listo. Me com-pré una caja de balas inglesas estupendas. ¡Lo más formidable!

Es fatal. El que prueba estas cosas está condena-do. Condenado para toda la vida.

Bien vivito

—¡Dios mío —exclamó horrorizado—, me han enterrado vivo!

El sonido de su voz que exteriorizaba pavor, tuvo un efecto devastador. Se volvió loco durante un instante. Pateó, gritó, se arañó. Poco a poco se fue calmando. ¡El aire! El aire era escaso. La obscuridad absoluta. Afortunadamente, su ataúd no era de los con vidrio en la parte superior. De ocurrir así, seguramente lo habría roto hiriéndose de gravedad.

—Debo rezar —dijo en voz alta, tratando de modular calmadamente. Su voz tenía efecto en su ánimo—. Debo rezar, rezar. Casi sin que se diera cuenta (como a los epilépticos) le sobrevino otro ataque. Ataque de desesperación. Se revolcaba y manoteaba profiriendo alaridos espantosos. No supo cuánto le duró el acceso, pero nuevamente se encontró a sí mismo y volvió a repetirse que tenía que rezar.

—Debo rezar, rezar, rezar...

Tenía los ojos cerrados, apretados con fuerza.

—Si quiero salir de aquí —pensó— es necesario que sea pronto. —Y luego gritó. Tiene que ser pronto, tiene que ser pronto...

Se dio cuenta de que volvería a ser presa de otro ataque desenfrenado y alcanzó a dominarse.

—Debo patear la punta del ataúd —se explicó en voz alta— debo patear hasta desprender la tabla. En seguida arrastrarme y patear la lápida.

Comenzó a dar patadas con ambos pies al mismo tiempo. Recogía sus piernas y luego las estiraba violentamente. Estaba boca arriba y a cada golpe le parecía que le caía polvo en la cara. Apretó los ojos.

—No tiene que entrarme ninguna mugre a los ojos. Eso sería terrible. Tengo que patear, patear, patear como caballo.

El esfuerzo lo desahogaba y le hacía evitar otra crisis de furia y desesperación que a nada le podían conducir. De pronto la tabla cedió.

Llorando, presa de una febril alegría, se arrastró, siempre de espaldas, hasta que sus pies volvieron a chocar contra algo.

“¡Dios Santo! —pensó—. ¿Y si la lápida estuviera en la otra punta, al lado de mi cabeza?”

Apretó sus puños y comenzó a patear desesperado para abortar de ese modo el ataque.

Al principio, cuando sus pies, de pronto, no alcanzaron la parte dura que estaba pateando, no le dio importancia. Y se arrastró un poco hacia ade-

lante hasta que sus pies nuevamente chocaron con la materia sólida. Y reanudó las patadas.

La segunda vez que sus extremidades, de improviso, no alcanzaron su objetivo, comprendió. Su cuerpo se relajó por completo así como su mente. Ahora quería dormir. El guardián del cementerio estaba tirando el ataúd con sumo cuidado hacia afuera. Sí, se había equivocado. La lápida estaba en el otro extremo. En el de su cabeza.

El hombre lo ayudó a salir del sarcófago, mientras lo miraba sonriendo, participando de su alegría.

Respiró profundamente el aire impregnado de mil olores agradables y nutritivos para el alma y el cuerpo. Respiraba por la nariz y la boca, goloso de aquel manjar. El guardián lo contemplaba extasiado, como un niño a un juguete tras alguna vitrina.

—¿Cómo se siente, señor? —le preguntó después de un rato con la voz temblorosa por la emoción.

—Estoy muerto de hambre.

—Pues yo lo veo bien vivito, señor —dijo el buen hombre con los ojos llenos de lágrimas de alegría.

Ambos se miraron y luego estallaron en carcajadas.

—Sí, bien vivito.

Se retorció de la risa, de loca felicidad.

Se encaminaron, siempre riendo, en dirección a la salida. Allí, en la puerta, entre risas y suspiros profundos por las carcajadas constantes, se abraza-

ron, se palmotearon las espaldas, y trataron de darse las buenas noches, pero la risa se los impidió. Sólo, como última señal de despedida, se estrecharon las manos. No podían hablar. No podían.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Las ocho vacas

UN JOVEN médico muy elegante, muy bonito y muy petulante había llegado al pueblo. Miraba a todos con desprecio y cuando no miraba también lo hacía con desprecio. Las mujeres, todas, quedaron prendadas de él. Esto sucede siempre así. Y los hombres del pueblo se indigestaban con él sólo pasar frente a su consultorio.

Una tarde el señor Campos, un campesino algo rudo, apretó el timbre de la casa del doctor. El antipático profesional abrió la puerta y lo miró interrogante y burlón.

—Buenas tardes doctor —dijo el señor Campos— vengo por las vacas.

—¿Por las qué?

—Por las vacas.

—¿Y qué tengo que ver yo con vacas? ¿Qué vacas?

—Comprendo que trate de disimular, pero sabe muy bien a qué me refiero. Le estoy hablando de las ocho vacas que robó o sacó de mi fundo. No sé

si pensará pagármelas. Si no me las devuelve esto va a ir a la justicia. El campesino moduló cuidadosamente la última frase mirándose los zapatos y moviendo la cabeza hacia los lados.

—Váyase al demonio —le espetó el joven santiaguino— yo no soy ladrón. Y claro que esto va a ir a la justicia. No, no va a quedar así este insulto, se lo aseguro.

Dos días más tarde los litigantes, con sus respectivos abogados, comparecían ante un grueso y acalorado juez.

El médico discutió con su abogado. Este quería inventarle una coartada más o menos inteligente, pero el doctor prefería la verdad. El, el día del robo, había permanecido en su consultorio. Nadie había ido, nadie le había visto, pero ¡qué diablos! era la verdad. Y eso fue lo que declaró su abogado. La verdad.

La parte acusadora alegó que varios vecinos (tres hombres sucios y harapientos de expresión atontada allí presentes en el banco de los testigos) habían visto al doctor arriando ocho vacas. Y si el acusado no podía probar su coartada, las cosas, bueno, eran claras, ¡clarísimas!

En seguida los tres harapientos se acercaron para reconocer al acusado. Se le arrimaron tanto que daban la clara impresión de querer olerlo o de ser terriblemente miopes. Uno de ellos le levantó el labio superior para verle los dientes. Ante este gesto grosero el abogado reclamó con un furioso “protesto señor juez”. Los tres gañanes volvieron a su

lugar y declararon que ese era el “guaina” que arriaba las vacas.

Y el pobre médico no pudo comprobar su coartada.

Entonces tomó la palabra el juez. Habló mirando severamente al elegante y joven acusado.

—Esto es muy grave. Esto se llama abigeato. Esto es penado, fíjese bien, pe-na-do por la ley. Esto es un delito, fíjese bien, un de-li-to...

Mientras el señor juez lo amonestaba levantando su índice cuando repetía las palabras de mayor efecto, el doctor con los ojos casi fuera de las órbitas, como si estuviera a punto de volverse loco, miraba a todas partes para convencerse de que no soñaba.

—...a pedido de su víctima —continuaba el magistrado— seré clemente, fíjese bien, muy clemente. Está usted obligado a devolver las ocho vacas o su valor en moneda contante y sonante. ¡Esta es la ley!

Apenas el juez terminó de hablar, el señor Campos, la víctima, se levantó, miró con compasión al acusado y pidió la palabra. Le fue concedido. Se volvió hacia el médico y le dijo:

—Si no tiene plata, no importa. A mí... en el fondo las vacas no me importan, tengo muchas. Pero sí a mi mujer. Ella cree que las vendí sin consultarla y que, por lo tanto, la he engañado. De modo que me conformo con que usted publique en el diario del pueblo que tomó los ocho animales por equivocación. Yo...

—Se ha vuelto loco —exclamó el acusado en el colmo de la indignación—. Se imagina que...

—Bueno —le interrumpió el campesino— entonces devuélvamelas o páguemelas. No es por mí, sino por mi mujer. Ella cree que... en fin. Si publica en el diario lo que le dije no tiene necesidad de pagarme. Las ocho vacas valen, por ser para usted, \$ 600.000. El señor juez y la policía —indicó al único y robusto carabinero que se encontraba en la sala— se encargarán de hacer justicia.

El director, editor, propietario y redactor del pequeño diario se sorprendió al ver llegar al doctor y quedó paralizado cuando éste le pidió que publicara aquella declaración.

Así fue como al día siguiente causó conmoción en el pueblo la aparición del diario. En él el doctor dejaba constancia de que por equivocación había tomado ocho vacas del fundo del señor Campos y pedía disculpas por su descuido.

Casi junto con la salida del diario, el doctor, conteniendo sus furiosos deseos de prenderle fuego al pueblo, con camas y petacas tomaba el tren rumbo a Santiago.

Sólo dos meses después comenzó a sospechar que le habían estado tomando el pelo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

El grito

ME ENCONTRABA en Punta Arenas. Un día de temporal fui, con un amigo de la ciudad a la playa, para contemplar el mar embravecido. Siempre me ha gustado mirar los temporales marinos de cerca. Ver las olas encrespadas y oír el rugido terrible del mar. Al lado de unos cascos mohosos de barcos que habían sido, nos refugiamos del viento y pudimos observar sin mucha molestia la furia de los elementos.

Sin que yo viera de dónde venía, se allegó a nosotros un vagabundo vestido con un raído abrigo verde. Estaba completamente borracho.

—Andate de aquí —le gritó mi amigo duramente.

—Déjalo, hombre —le pedí— quizás se moriría de frío esta noche si se queda tirado por ahí.

El ebrio me miró bovinamente.

—Si es por eso ya se habría muerto hace mucho tiempo. —Me explicó mi compañero. —Este duerme bajo los pontones y pasa todo el día vagando

por la playa. A veces presta alguna ayuda a los trabajadores de los astilleros. Con el poco dinero que le dan se emborracha bestialmente. Bebe constantemente. Tú debes saber lo generosos que son nuestros obreros cuando van a beber. Si no tiene plata, este vagabundo se embriaga a costa de otros.

Días después, en una mañana de sol en que no tenía nada que hacer, fui a caminar un poco por la playa. En ella vi al hombre del abrigo verde. La playa estaba solitaria, y la figura escuálida del vagabundo parecía un fantasma. En verdad, poca diferencia había. Me miró ávidamente. Se trataba de mi cigarrillo. Se me acercó. La expresión de su rostro semejaba la de los cristos crucificados. Daba miedo y lástima.

Fui varias veces a la playa durante mi estada en esa ciudad. Le daba cigarrillos y le dirigía una que otra frase banal. Poco a poco fue perdiéndome el miedo. La última vez que lo encontré le dije que había estado de vacaciones y que pronto me iría.

—Usted se va y yo me quedo —dijo. Era la primera frase que le escuchaba. —Yo me quedo en la playa. Y sin cigarrillos.

—Qué le parece si vamos a tomar un trago para celebrar mi despedida. — Convidé.

Me llevó a un boliche sucio y chico que se encontraba cerca de los restos de barcos. Nos sentamos en dos desvencijadas sillas alrededor de una pequeña mesa. Pedimos vino con aguardiente. Estábamos solos. Nadie bebe tan temprano. Eran cerca de las diez de la mañana. La gorda y fea muje-

rota que nos atendió me miró con desprecio, y después de dejarnos lo pedido sobre la endeble mesa desapareció.

Relataré la historia que me contó el vagabundo de la playa tal cual, pero saltándome mis preguntas, y algunas frases superfluas.

—Hace más de cinco años —comenzó, apretando en su mano el vaso de vino— tenía un amigo llamado Juan. Mi nombre es Ramón, Ramón Osorio. Ambos trabajábamos como oficiales de contador en una oficina. No era mucho el dinero que ganábamos. Vivíamos en una pensión, y el único lujo que nos permitía nuestro sueldo era ir al biógrafo los sábados y domingos. Eramos dos empleaditos mal vestidos y con no poco de infelices.

Un día uno de nuestros compañeros de trabajo murió de un ataque al corazón. Casi junto con este hecho se descubrió el robo de una crecida suma de dinero en nuestra firma. La caja de fondos había sido vaciada. Se trataba de varios millones. Para qué le voy a contar lo que vino en seguida. Todos éramos sospechosos. La policía no nos dejaba en paz.

Mi amigo veló junto con otros compañeros el cadáver del difunto. Las noches de acá son heladas. Juan dijo que iba a ver si encontraba alguna botella de algo fuerte en la cocina o en el dormitorio del departamento del finado. No encontró alcohol, pero sobre el velador vio un cuaderno, y preso de una de esas corazonadas extrañas se lo guardó. Era el diario de vida del difunto.

La policía había estrechado su círculo. El último sospechoso y al parecer culpable del robo era el muerto. Se registró su departamento, pero no se encontró nada.

Una noche, cuando ya me disponía a apagar mi lámpara de velador para dormir, Juan irrumpió en mi dormitorio, sin golpear, con la cara congestionada por la emoción. En su mano traía el diario del ladrón muerto.

“En fin . . . el dinero estaba dentro de unos tarros enterrados cerca de la laguna Lynch, al pie de un árbol quemado que tenía dos piedras grandes a su lado.

Nos fue relativamente fácil dar con ellos.

Habíamos llevado dos palas chicas y con ellas sacamos los tarros con el dinero. Acalorado por el trabajo del desentierre me aproximé a la orilla de la laguna. Al llegar a su borde estuve a punto de caer. Pisé sobre una champa de pasto que sólo tenía su raíz enterrada en la orilla. La mata misma estaba al aire. Yo pisé sobre ella creyendo que tenía tierra firme debajo. Perdí pie, pero alcancé a afirmarme de unas ramas de arbusto. Con horror miré. Un metro más abajo estaba la laguna, aunque su borde no era agua sino fango. De ese fango blando de varios metros de profundidad. Repuesto del susto concebí la maldita idea de matar en ese lugar a Juan. Quebré las ramas del arbusto que me había salvado. En seguida miré a mi amigo que me daba la espalda sentado. Le grité para que viera el lugar:

—Se me olvidó la cantimplora.

Y caminé lentamente para que se fijara en el camino exacto. Eran apenas diez metros los que había que andar. Cuando estuve a su lado me eché al suelo y me quejé:

—Estoy fatigado. Tráeme un poco de agua.

Me miró cariñosamente.

—¡Grandísimo flojo! —exclamó, poniéndose de pie y tomando la vacía cantimplora. Hizo el mismo camino mío. Conté ansioso sus pasos, fueron catorce. Al número quince pisó sobre la champa de pasto del borde, perdió el pie, trató de asirse de las ramas que yo había quebrado, gritó y cayó al pantano. Comenzó a gritar desesperado. Parecía un loco.

Llegué al borde y lo miré angustiado. Me saqué el cinturón y le tiré un extremo.

—Sácame, sácame —gritaba.

Tomó con sus manos el extremo de la correa y yo tiré. Tiré con todas mis fuerzas aumentadas por la desesperación. Estaba hundido hasta la cintura. Poco a poco se enterraba más. Pronto nos dimos cuenta de que todo era imposible. Cuando el fango le llegó al cuello dejó de gritar y comenzó a llorar. Y de repente, viendo que ya todo estaba perdido para él, me gritó con una voz desgarradora que salía del fondo de su alma:

—Buena suerte, Ramón, buena suerte.

Con su rostro bañado en lágrimas trató de sonreírme. Su boca fue tapada por el barro al igual que sus ojos que me dedicaron su última mirada.

ellos me decían: “no importa, Ramón, buena suerte”.

Al terminar el relato apuró nerviosamente su vaso con vino tinto y aguardiente. Luego sumergió su cara en sus brazos doblados sobre la mesa como si fuera a llorar. Sin levantar su rostro me murmuró con una voz terriblemente afónica:

—Si usted asesina a su único y mejor amigo, y éste mientras agoniza le grita lo que me gritó a mí Juan. ¿Qué otra cosa le queda sino emborracharse por el resto de sus días?

Al salir de la cantina lo miré por última vez. Continuaba con la cara enterrada en sus brazos, como si fuera a llorar.

Debut social

EL AUTO de la familia Marín se dirigía a casa de los Velasco. Había llegado el día y la hora de la fiesta. Osvaldo, sentado solo en el asiento trasero, se restregaba nerviosamente los dedos pensando en la próxima velada. Toda una tortura para él. Deseaba de corazón que el coche se descompusiera o que los chocaran.

“¿Qué voy a hacer yo ahí? ¡Dios mío!” —pensaba.

A medida que se acercaban el suplicio aumentaba. Su imaginación excitada le hacía representarse por adelantado episodios de la fiesta. Se imaginaba rodeado de hombres y mujeres que reían de él mostrándole con el índice. Su mente febril le hacía ver a su primo Dick (hijo del dueño de casa) que exclamaba entre risas: ¡Cómo un tipo de veinte años puede ser tan ignorante!

El auto se detuvo. Habían llegado. Osvaldo transpiraba levemente y su respiración era profunda y nerviosa. Ya en la calle, al bajarse del co-

che, llegaron a sus oídos, deprimiéndolo aún más, los rumores de la fiesta. Su madre tocó el timbre. La puerta de casa se abrió. La mansión estaba separada de la calle por seis metros de jardín.

—¡Pasen, pasen! —exclamó una voz.

Mientras avanzaban por el jardín, varias personas de la casa se juntaron en la puerta.

Oswaldo, después que sus padres hubieron saludado y abrazado a la gente del umbral, entre ellos a sus parientes, les tendió a todos, vacilante, la mano. Sin mirar la cara a nadie. Cuando saludó a su tía Matilde, la dueña de casa y por lo tanto a quien debió saludar primero, ésta le dijo:

—Venga para acá.

Y lo condujo a un salón donde había doce jóvenes de ambos sexos, más o menos de la misma edad de Oswaldo, separados de la gente madura.

El suplicio de nuestro joven comenzó allí concretamente, puesto que abstractamente ya había principiado en las horas antes de llegar.

El primo Dick y sus amigas y amigos, a pesar de todo el roce social que les atribuía doña Matilde, estaban en silencio. Aún más, reinaba en el ambiente algo de tensión.

Oswaldo se sentó después de dar la mano a uno por uno de los doce, clavando la mirada en sus zapatos. El molesto silencio continuaba. De pronto el rostro de Dick se iluminó. Miró a Oswaldo y le espetó:

—¡Ya pues, Oswaldo, deja hablar a los demás!

“Los demás” rieron con nerviosidad.

A Osvaldo se le llenaron de lágrimas los ojos. Los más silenciosos fueron los que más se rieron.

—¿Qué cosas hace Osvaldo? —preguntó una jovencita rubia de cara cariñosa, mirando a éste, que seguía estudiando detenidamente los cordones de sus zapatos, y luego, desviando su mirada hacia Dick:

—No fuma, no toma, no juega, no practica deportes, no va al cine, no pololea y se queja de insomnios. —Esto lo dijo Dick hablando lento, con voz aburrida, la que le dio cierta gracia. Sus visitas rieron, esta vez con más desenvoltura.

La entrada al salón de los dueños de casa con la demás “gente mayor” alivió un poco a Osvaldo.

—Aquí están los jóvenes —dijo sonriendo una señora bajita.

Todos contemplaban con visible agrado al grupo de muchachos.

—¿Qué dice la juventud? —preguntó sonriendo un caballero.

—Aquí estamos —respondió Dick. Y luego, indicando con el dedo, uno por uno, a los aludidos:

—Un futuro médico, un futuro militar, un bachiller, un deportista, un músico y —mostrando a Osvaldo— un tonto.

Esta vez Osvaldo no se sintió herido. Lo que pasó a su persona fue algo muy distinto. Como si su cerebro dejara de funcionar abandonando el cuerpo a merced de sus impulsos e instintos.

Semejante a un resorte contenido y soltado de pronto, se puso de pie. La boca apretada en tal forma que se le veían los bordes blancos de los dientes. Los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes. Su pelo presentaba el fenómeno de la pelambre de un gato furioso: se había erizado.

Instantáneamente la gente dejó de sonreír. Varios se pusieron de pie asustados. Un extraño sonido, mezcla de llanto y rugido, salió de la garganta por la crispada boca de Osvaldo. Se abalanzó sobre su primo que, también presa de la turbación, se había puesto de pie. Evidentemente nada cultural quedaba en Osvaldo, pues de haber sido así, habría golpeado con sus puños a su enemigo. Saltó sobre él violentamente, elevándose un tanto en el aire, y cayendo sobre Dick con sus manos sobre la garganta de éste. Las manos se cerraron fuertemente en el cuello de la víctima. Ambos rodaron por el suelo.

—¡Tírenles agua! —gritó una delgada e histérica voz femenina.

Pero la lucha fue tan breve como furiosa. Cesó de pronto, al ponerse Osvaldo de pie, tambaleándose ligeramente. Su rostro había dejado de ser aquella espantosa expresión de primitivismo. Ahora se reflejaba en él el estupor. Dick yacía semiinconsciente en el suelo. La gente lo rodeo, solícita, al parecer con intenciones de llevarlo a su dormitorio.

Osvaldo, a pesar de su aturdimiento, supo apro-

vechar aquellos segundos y se escabulló de la mansión.

Una vez en la calle, echándose el pelo hacia atrás con ambas manos, aspiró profundamente el aire fresco de la noche.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Gretchen

GRETCHEN es el nombre de la niña más bonita, más delicada y femenina que he conocido. Me enamoré perdidamente de ella. Tenía ocho años y yo nueve. Sus ojos eran azules y su pelo castaño peinado en bucles más bien largos. Parecía una muñeca antigua. Mentiría si dijera que fue mi primer amor, pues el primero fue Juanita. Jamás he estado enamorado con mayor intensidad que en aquellos años de la infancia. Juanita, Gretchen, Cecilia . . . a todas las quise con la misma pasión. Soñaba con ellas. Perdía el apetito, adelgazaba y me ponía ojeroso a causa de estas mujercitas.

Estaba interno en un colegio alemán que se encontraba en el campo a dos o tres kilómetros de Villa Alemana, un pueblito de unos cinco mil habitantes. Cursaba tercera preparatoria y Gretchen, segunda. A mi lado, como compañero de banco, tenía a Carlitos Alessandrini que también estaba perdidamente enamorado de Gretchen. Am-

bos intimábamos y nos contábamos todo lo que sentíamos por ella. Los dos sentíamos exactamente lo mismo. Estábamos muy lejos de tener celos uno por el otro. Era todo lo contrario. Cuando veía a Carlitos conversando con nuestra amada me sentía feliz y corría, una vez que el coloquio había terminado, a pedirle a mi amigo que me contara todo lo que habían hablado. Lo mismo le pasaba a Carlitos. Supongo que si yo le hubiera contado que acababa de besar a Gretchen habría saltado de dicha. Pero las conversaciones que sosteníamos con ella trataban de todo menos (¡Ay!) de amor.

Los días domingo, si la conducta había sido buena, se nos daba plata y se nos permitía ir al teatro del pueblo. Esto, desde luego, no sucedía muy seguido.

Un domingo, estábamos ya a mitad de año, se nos anunció que por ser el cumpleaños del director, todos podíamos ir al teatro. En la mañana de ese día Carlitos me dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Pienso tomarle la mano a Gretchen durante la película.

—No te creo —le dije estremeciéndome de emoción.

—Ya verás. Claro que vas a tener que sentarte conmigo, porque solo no me atrevo.

—Por supuesto, a ella la sentamos en el medio, entre nosotros dos.

—No. No seas bruto. Tú te sientas a mi lado de modo que yo quede en el medio. No ves que ella se sentiría mal sentada entre nosotros dos.

—De veras. Tienes razón. —Ignoro por qué le respondí que tenía razón, pues hasta el día de hoy no sé por qué Gretchen se iba a sentir mal sentada en el medio.

Apenas salimos del colegio, éramos unos cuarenta, Gretchen, Carlitos y yo nos separamos de los otros grupos y nos fuimos juntos. En el teatro nos sentamos tal como lo había dispuesto mi amigo. Y allí, los tres muy serios y circunspectos, entre la gritería habitual de los asistentes a las matinés, esperamos que comenzara la función. Lo hacíamos con una compostura mucho mayor que la observada en clase. Al fin apagaron las luces.

Empezó el espectáculo.

La obscuridad al principio fue completa. Sospeché que en ese instante Carlitos había consumado su acto. Al rato, cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, me volví hacia él y le pregunté:

—¿Se la tomaste?

—No. Todavía no —fue la respuesta.

Volví a mirar la película. Estaban pasando un noticiario de la guerra, cosa que me lateaba soberanamente. Jamás aparecía una batalla ni nada interesante en ellos, salvo vistas tomadas de muy lejos, en que se veían formas confusas de las cuales no comprendía absolutamente nada. Al rato volví a interrogar:

—¿Se la tomaste?

—No . . . todavía no.

—¿Por qué?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—No me atrevo. Tómasela tú.

—Tendríamos que cambiar de asiento y la gente reclamaría.

Nuevamente nuestros ojos se dirigieron a la pantalla. Pero fue por poco rato.

—No seas tonto —le dije— tómasela de una vez.

—No me atrevo. Tengo miedo.

—¿A qué le tienes miedo? No te puede pasar nada.

—Suponte —me explicó con voz nerviosa y grave— suponte que yo le tomo la mano, y ella, furiosa, saca unas tijeras de la cartera y me las entierra en el estómago.

Nuestros ojos, agrandados y humedecidos por el miedo, se contemplaron un rato y luego, lentamente, se fijaron en el film. Estaba paralizado. Tan asustado como Carlitos. Y, al parecer, nuestra amiga estaba tan asustada como nosotros. Ignoro si habrá sospechado lo que tramábamos, el asunto es que ella tampoco reía con los chistes de la película, sino que, muy quietecita, miraba al telón. Me habría gustado y me gustaría saber qué era lo que pasaba por su mente en esos instantes. Los tres permanecimos inmóviles y en silencio. La película debe haber sido muy divertida, pues todos los demás reían a gritos.

Suspiramos muy aliviados cuando terminó la función. Pasaron los días y todo continuaba sin novedad, hasta que surgió la idea de escaparnos del colegio. Yo ya lo había intentado. Me había fugado a Valparaíso a la casa de un tío, de donde me mandaron "retobado" al internado. Carlitos también había hecho algo semejante el año anterior. ¡Ah! Pero ahora la cosa sería para siempre. Y, además, llevaríamos a Gretchen.

Cuando tuvimos todo planeado (nos fugaríamos después de once, caminaríamos por la línea del tren hasta Limache, esa sería la primera etapa) le comunicamos nuestros planes a ella.

—¿Y para dónde nos vamos a arrancar? —preguntó.

—A la casa de mi abuelita, en Ovalle —le respondió Carlitos.

Nos sonrió de una manera que llegaba al alma.

—Y allí viviremos felices los tres, sin tareas, sin sopa de quaker y sin tener que lavarnos todos los días —le expliqué entusiasmándola.

—¡Claro! —exclamó Carlitos—, y nos casaremos.

Ella volvió a sonreírnos y nos miró con una complicidad que nos hizo sacudir de emoción.

—¿Y cuándo lo vamos a hacer?

—Hoy día, después de once. No te comas el pan para tener algo para el camino. Ahora separémonos para que no nos vean a los tres juntos.

Durante las once introduje en uno de mis bolsillos el pan con mermelada. Carlitos y Gretchen hicieron otro tanto.

No bien salimos del comedor nos juntamos. Y nos escapamos del colegio, no por la puerta, sino por entre medio de las murallas de pinos que estaban a ambos lados.

Nos lanzamos a correr rumbo a la vía férrea. Gretchen corría detrás de nosotros gritando afligida: —¡espérenme, espérenme!

Caminábamos por la línea del tren para evitar que nos persiguieran en bicicleta, tarea que se encomendaba a Tengelin, un antipático alumno de los cursos superiores.

Poco antes de llegar a la estación de Peñablanca propuse a mis compañeros el subirnos a algún vagón de carga y viajar escondidos en él. Gretchen no quiso y asustada nos pidió que por favor siguiéramos a pie.

Y pasamos Peñablanca. Caminábamos llevando a Gretchen entre nosotros. De vez en cuando le preguntábamos si estaba cansada o si sentía miedo.

Estábamos en invierno, bien pronto las tinieblas de la noche comenzaron a desplazar la claridad del día.

—Tomémonos de la mano— propuso ella —así no sentiremos miedo.

Carlitos tomó su mano izquierda y yo su derecha.

Caminábamos en silencio pisando sobre los durmientes. Gretchen nos contó que los caminantes se mareaban al andar sobre los durmientes. Afortunadamente eso no nos pasó a nosotros.

No sé si fueron cuatro o cinco los trenes que nos pasaron. Cuando los divisábamos nos apartábamos de la vía y nos acurrucábamos abrazados unos con otros para protegernos de la ventolera. Yo pensaba en la gente que iba en el tren, calentitos, cómodamente sentados y mirando por la ventana; y recordaba mis viejos viajes en ferrocarril. El tren pasaba y se perdía con su sonajera. Nosotros, un tanto asustados, volvíamos a la línea y continuábamos la marcha.

La noche había caído hacía rato. Varias veces pasaron murciélagos sobre nuestras cabezas. Gretchen sentía miedo y lo exteriorizaba con débiles gemidos. Nosotros le decíamos que eran golondrinas y que éstas eran los pajaritos de la Virgen. Al pasar los puentes nos poníamos nerviosos y sin decirnos nada apurábamos el paso: no había refugios en los puentes para el caso de que apareciera un tren de imprevisto.

Cómo recuerdo todo esto. En estos instantes me veo al lado de mis amiguitos. Tomados de la mano, caminando de noche por la línea del tren. Carlitos y yo con nuestros rubios cabellos despeinados, con nuestros pantalones cortos, ambos con la cara un poco sucia y las rodillas también. Y Gretchen, con sus bucles castaños como de muñecas, caminando asustada y con frío entre sus dos conquistas.

Poco a poco fueron apareciendo las luces de Lima. Carlitos nos había dicho que tenía unos tíos en la ciudad y que allí nos alojaríamos.

Caminamos dos o tres cuabras por el pueblo y llegamos a la casa de los mentados tíos. Tocamos el timbre. Salieron a abrir tres señoritas y dos jóvenes, uno de ellos de bigotes. Estuvimos un buen rato en el umbral. Al principio no reconocieron a Carlitos (por la estupenda razón de que no eran tíos; apenas conocidos). Al fin una de las jovencitas exclamó:

—¡Ah, Carlitos! El hijo de la... Aquí pronunció el diminutivo de un nombre femenino.

Entonces Carlitos les dijo que nos habíamos “arrancado” y varias otras cosas. Siempre estábamos en el umbral. Gretchen y yo permanecíamos callados e inmóviles.

—¿Y estos niñitos?

—Me acompañaron —respondió nuestro amigo.

Luego le preguntaron si no sabíamos hablar castellano. Carlitos les respondió que sólo hablábamos alemán. Ignoro por qué dijo esa mentira. Desde luego el grupo se divertía bastante a costa nuestra. Pronto salió a relucir el número de teléfono del colegio, creo que era el 28, y el joven de bigotes partió a llamar. Nos hicieron pasar. Nos dieron de comer. Y nos acostamos los tres en una cama.

Al día siguiente, después de desayunarnos, la dueña de casa nos encerró en la pieza en que habíamos pasado la noche.

A las diez de la mañana, más o menos, llegó Herr Murer, el director del colegio.

Pocos minutos después caminábamos por las calles soleadas de Limache rumbo a la estación. Nosotros marchábamos adelante en completo silencio, seguidos por Herr Murer.

Durante el viaje contemplé el paisaje por la ventanilla y lo encontré absolutamente distinto. El director no nos permitió conversar. Cada vez que paso por esos lugares, ya sea en auto o en tren, recuerdo esta aventura.

Cuando entramos al colegio, el alumnado estaba formado para entrar al comedor a almorzar. Todos nos miraban sonriendo y admirados de la desenvoltura con que entramos. Herr Murer nos llevó directamente a la oficina. La temida oficina. Y comenzó el interrogatorio.

—¿Por qué se fugaron?

Los tres guardamos silencio.

Herr Murer repitió la pregunta en tono amenazador.

—Porque teníamos ganas de caminar —le respondió Gretchen.

—¿Hasta dónde iban a llegar?

—Los tres taimados y cortados mirábamos al suelo.

—Hasta Ovalle —dije sin levantar la mirada.

—¿Qué iban a hacer ahí?

—Mi abuelita vive en ese lugar —contestó Carlitos.

—¿Y por qué se arrancaron con Gretchen?

Silencio.

—¿Por qué se fueron con Gretchen?

Después de otro silencio, Carlitos, bajando más los ojos aún, respondió:

—Pensábamos casarnos.

—¿Quién pensaba casarse? —rugió el director.

—Nosotros dos —contesté afligido.

—¿Quiénes dos? ¿Tú y la Gretchen?

—No —repliqué— Carlitos y yo con Gretchen.

—¡Cómo! ¿Los dos se iban a casar con ella?

—Los dos —respondió Carlitos.

Y allí mismo Herr Murer nos aplacó a correazos nuestras ganas de caminar y nuestros precoces fueros matrimoniales.

El ángel de Nepomuceno

SUCEDIÓ EN UN PUEBLO. En uno como todos. Tenía una calle principal que se convertía en paseo después de las seis de la tarde, una plaza, una iglesia, una peluquería, un hotel, en fin. Todo aquello que mencionan los que hacen un cuadro de un pueblo de provincia. Además, estas pequeñas ciudades poseen otras cosas que los que describen un pueblo de provincia no nombran porque les da vergüenza, pero en verdad no es para tanto.

La población se componía de un cura, dos médicos, un contador libertino, cuatro borrachos, tres feos, doce viejas intrigantes muy adictas a la religión, ocho turcos con sus respectivos almacenes y paqueterías, el peluquero, una mujer gorda que regentaba la cantina del pueblo, y muchos de menor monta.

Uno de los borrachos se llamaba Nepomuceno. Las malas lenguas decían que aquel nombre era la causa de su vicio. ¿Qué otra cosa podía hacer

uno con semejante apelativo? y ¿qué pensar de una madre que le pone Nepomuceno a su hijo? Nepomuceno tenía treinta y dos años. Vivía en un cuchitril. Se acostaba sobre un colchón de paja y se cubría, en verano, con sacos, y en invierno, con sacos y diarios viejos. En ningún caso merecía esto, pero la vida es injusta y castiga desproporcionadamente. No trabajaba, no tenía ocupación fija, mejor dicho. De vez en cuando alguien lo ocupaba para trabajos ocasionales. Había pertenecido a una buena familia y alcanzó a estudiar dos años en la Universidad. Un año estudió pedagogía, y en el otro cursó el primer año de leyes. Esa fue su cumbre. La cima de la cual comenzó a rodar hasta el cuchitril de aquel pueblo. Hacía más de cinco años que estaba allí. Los dos doctores, el viejo y el joven, le habían ofrecido tratarlo mediante ciertos sistemas más o menos a la moda. El cura le había hablado muchas veces de seres perdidos que la gracia de Dios había vuelto al camino de la virtud. El contador y uno de los turcos le habían propuesto sendos puestos estables si se transformaba en una persona responsable. Pero todos, poco a poco, fueron desistiendo. Era inútil. Aquel vicio formaba parte de Nepomuceno con su alma y su feo nombre.

En el verano la gente del pueblo decía, afectando molestia para disimular su satisfacción, que la ciudad se llenaba de estudiantes. En verdad nunca pasaban de seis, pero como estaban de vacaciones se les encontraba en todas partes. Eran la atrac-

ción. Traían frases y modismos en boga en la capital. Entonaban canciones nuevas y sonreían constantemente. Dos eran mujeres. Una estudiaba leyes y la otra no estudiaba nada, pero tenía convencidos a sus padres de que lo hacía. En verdad, lo que hacía era otra cosa. Se llamaba Sara y era una perdida. Había ahorrado dinero y, como en los dos años anteriores, iba a pasar dos meses de "vacaciones" a su pueblo.

Cuando Nepomuceno vio por primera vez a Sara se encontraba sobrio, y ella sola. Ella lo miró especulativamente, profesionalmente (la fuerza de la costumbre, pues Sara no se habría atrevido a arriesgar su reputación en su pueblo), y continuó su camino. Hacía mucho tiempo que Nepomuceno no era mirado en la calle por nadie, ni mucho menos por una jovencita. Sintió que sus rodillas se doblaban. La vidriera de una librería reflejaba sus rasgos, sus ojos hundidos y rojos, su cabello sucio, sus harapos, su figura encorvada. Sintió vergüenza. Nunca, o por lo menos ya lo había olvidado, se había sentido así.

Al día siguiente volvió a verla, afortunadamente, justo a tiempo para meterse en otra calle a impedir que ella lo viese. Escondido tras un poste la vio pasar con sus cabellos largos, sus ojos pensativos y su suave boca rosada. Esa noche, como en la anterior, no bebió. Lloró sobre su cama. No con sollozos de borracho sino que con sollozos de hombre desgraciado.

Sara se convirtió en su sol y su luna. Tendido en su cama le hablaba suspirando y derramando lágrimas. Entre lo que decía figuraban con énfasis las palabras hermosa, pura, buena, casta . . .

El doctor fue el más sorprendido de los tres. El cura le dio a entender que lo estaba esperando. Y el contador libertino sonrió maliciosamente, incrédulo por completo. Los tres cumplieron su palabra. Le ayudaron. El método del médico fue el más cruel, pero el más absoluto. El del sacerdote fue suave y tranquilo. El del contador fue simpático y desconfiado.

Nadie supo el porqué de la regeneración de Nepomuceno.

Pasaron las vacaciones y los estudiantes y Sara partieron.

Nepomuceno trabajó al principio en un trabajo de prueba y luego como ayudante del contador. El doctor le brindó, junto con el cura, un apoyo que poco a poco Nepomuceno no fue necesitando, produciendo la consiguiente alegría del primero y la pena del segundo.

—Sara —decía en sus ratos de soledad— eres lo contrario de mí, pero me aproximaré a ti, a tu altura. Te amo, Sara. Todo esto lo he podido hacer solamente por amor. Por ti, Sara, me estoy regenerando. Por tu amor, por tu corazón, por tu pureza.

Pronto tuvo una casita. Todo lo que conseguía y hacía era por y para ese ser hermoso, bueno y casto llamado Sara.

Con el tiempo el vestirse bien, el dormir en cama limpia, el tener flores en su casa y el ir a la iglesia se convirtieron en hábitos.

Los meses pasaban y Sara no volvía. Nepomuceno la esperó mucho tiempo. Pasaron muchos años y Sara no regresó.

Cuando Nepomuceno piensa en ella, lo hace como evocando un perfume. En la iglesia, arrodillado, reza por ella oraciones de gratitud, de desinterés, de amor.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



INDICE

✓ AMABLE COMPAÑIA	7
✓ UNA NOCHE INOLVIDABLE	21 ✓
✓ ELLA, ESA BESTIA	31 ✓
✓ LOS ERRORES SE PAGAN	35
✓ HOY POR TI...	37
✓ UN TRIANGULO SOLUCIONADO	43 ✓
✓ YO NO	53
✓ SOSPECHO QUE YA NO ME QUIERE	59
✓ VERANEO	69
✓ EL NIVEL NUMERO CUATRO	79 ✓
✓ HUMO	85
✓ EL NIÑO QUE SE ENAMORO DE LA LUNA	93
✓ LA VUELTA	99
✓ EL INVITADO NUMERO TRECE	105 ✓
✓ VIRGENES SIN VOCACION	113 ✓
✓ LA VENGANZA	119 ✓
✓ MEFISTOFELES	129
AQUELLO	135
NUEVE DIAS CON MAURICIO	145
BIEN VIVITO	163 ✓
✓ LAS OCHO VACAS	167 ✗
EL GRITO	171 ✗
✓ DEBUT SOCIAL	177 ✓
GRETCHEN	183 ✗
✓ EL ANGEL DE NEPOMUCENO	193 ✗

CUENTOS BARBAROS Y DELICADOS

por *Jaime Hagel Echenique*

se terminó de imprimir el 16 de julio de
1959, en las prensas de la Editorial Del
Pacífico, S. A., San Francisco 116,
Santiago de Chile.

